Sola en el castillo

Cécile Coulon

DESTINO

Sola en el castillo

Cécile Coulon

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín

Contenido

La iglesia de Saints-Frères

El corazón

La lengua

El vientre

Bajo la tierra y las zarzas

Acerca del autor

Créditos

A mi madre,
que leyó miles de mis palabras
antes de que me publicaran una sola frase,
y a mi padre,
que me animó a contar la verdad
incluso en la ficción.

Bosques apacibles,
nunca un vano deseo turbó aquí nuestros
corazones.
Si ellos tienen alma,
la suerte no es una de las razones.

Las indias galantes,
JEAN-PHILIPPE RAMEAU
Y LOUIS FUZELIER

La iglesia de Saints-Frères

Un hermoso domingo de marzo, mientras el sol echaba suavemente el invierno fuera de los bosques oscuros, Jeanne Marchère moriría en la nave principal de la pequeña iglesia de Saints-Frères.

Avanzó delante de su hijo y su esposo con la espalda recta, tres trenzas de cabello rubio en un chongo sobre la nuca. Por encima de las estatuas de ojos blancos, los vitrales dominaban la nave. En uno, Salomón perdonaba a un niño frente a las madres suplicantes. En otro, san Miguel arrojaba al monstruo infernal y en su caída arrastraba a ángeles que llovían como estrellas sobre el reino de los hombres. Noé construía su arca. Mil colores, encendidos por el sol, salpicaban la primera fila de bancas donde los fieles, adecuadamente alineados, esperaban que el cuerpo de Cristo fuera colocado en sus lenguas. Jeanne Marchère era siempre la primera. Unos años atrás, los abetos de su familia habían sido utilizados para restaurar el retablo de la iglesia.

Su hijo, Candre, protegido por la alta silueta materna, miraba el rojo del infierno de san Miguel proyectado en el cráneo del sacerdote. El intenso azul del cielo de cristal daba en los ojos cerrados de los monaguillos. Toda la iglesia miraba a Candre: levantándose antes que los demás, yendo por aquel pasillo tan estrecho que podía sentir en el dorso de la mano el aliento de los pobres reclinados. Menos de un centenar de personas asistían a la misa pero la pequeña iglesia estaba llena, las puertas habían quedado entreabiertas y a uno y otro de sus costados los sirvientes de la familia Marchère, Henria y Léonce, esperaban la indicación para salir. Tenían un ojo en la buena gente y otro en sus amos.

Los pinos del Bosque Dorado, al pie de una ladera de tierra seca, llevaban su fragancia hasta las puertas de la capilla. El aire fresco, cargado de agujas de pino, daba vuelta a las columnas de

piedra blanca donde Cristo volvía su dolorido rostro hacia los fieles. El invierno se había alargado. Candre se estremecía con su chaqueta de lana. Cada domingo, Henria lo vestía para ir a la iglesia y, cuando le peinaba el pelo y alisaba su jubón, lo hacía entrar en calor frotándole la nuca y los hombros, besándolo como a un hijo, y después depositaba detrás de sus orejas dos gotas de resina para, tal como ella solía decir, «alejar la enfermedad y a la gente mala».

Los altos árboles del Bosque Dorado, propiedad de los Marchère, protegían al hijo único, sostenían el techo de la iglesia por encima de sus culpables almas e insuflaban sobre el pueblo de Saints-Frères y sus habitantes sus cantos de gracia y de frías estaciones.

Aquel domingo, Jeanne Marchère se apagó en silencio. No había tenido ni tiempo de arrodillarse para recibir el cuerpo de Cristo, cuando se le encogió el corazón al punto que la hizo tambalearse y caer sobre la losa gris a los pies del sacerdote. En ese momento los colores de los vitrales inundaban la nave, el azul intenso y el rojo sangre atravesado por la luz violenta y primaveral se desplazaban por las caras aterrorizadas. El cuerpo de Jeanne Marchère, donde se había roto aquel corazón, yacía bajo la mirada de todos, empapado por el resplandor.

Sorprendido, Candre observó por unos minutos a su madre, tendida en aquella losa; luego alzó los ojos hacia los infiernos antes de acercarse, como suele hacerse con los viejos al encontrarlos en su lecho de muerte, a cerrar los párpados de Jeanne para cubrir sus ojos vacíos. Entonces sintió que un brazo fuerte lo sujetaba por la cintura y Henria susurró: «Pobre pequeño, vamos. Pobre, pobre pequeño. Haré lo que sea necesario por ti. No hay nada que temer». Y cuando volvió su mirada llorosa hacia ella, lo ocultó en su vestido: ahí enterró su cabeza de gorrión de cinco años en tanto que, alrededor, el cuerpo de Jeanne Marchère era trasladado mientras los colores lo teñían violentamente, como si el mismo Dios arrojara la pintura de sus pinceles sucios y gastados sobre ella.

El corazón

—No te voy a obligar a casarte con ese hombre, Aimée. Él vino y tú lo acogiste a tu lado, sin dudar ni cerrarte. No te obligaré a casarte con él, pero sí a que te cases con un buen hombre y él es el mejor entre todos.

»No apartes la vista cuando te hablo.

»Candre Marchère es un alma rica y piadosa. Hace tiempo estuvo casado y su joven esposa murió. No me alegra que sea en segundas nupcias, créeme, pero aquí, mi pequeña Aimée, los hombres son soldados o mendigos, hombres de hierro u hombres del bosque, y Candre no es como ellos. No siente odio alguno hacia sus semejantes. Aimée, quiero para ti un hombre que no muera en un campo de batalla lejos de su esposa, o en un pleito en una ciudad lejana. Candre ama a Dios. No lo abruma ningún pasado, excepto el que ya conoces: la muerte de su madre en la iglesia de Saints-Frères, la muerte de su esposa pocos meses después del matrimonio. Eres joven y él es casi tan joven como tú.

»Aimée, un padre no elige un marido para su hija, pero la aleja de las almas oscuras de este mundo. Candre Marchère es un hombre de apellido, de fe y de trabajo. Y si es mejor hombre que sus semejantes, entonces creo en él».

Aimée pensaba que su padre tenía algo más que decir, pero él se quedó repentinamente en silencio.

Candre había conocido a Amand y a Aimée Deville en la feria ecuestre. La joven miraba con severidad las manos que se solían pasear por los hombros de su padre. Él no, Candre Marchère no había siquiera acercado la mano a la chaqueta de Amand, ni tampoco había llamado al antiguo comandante *Viejo Capitán* como solían hacer los demás, que saludaban con desprecio a este anciano de pie apoyado en sus bastones. Candre había avanzado después que pasó la caballería de guerra y se había dirigido a Amand llamándolo sencillamente *señor Deville*, preguntándole si podía mostrarle los tres caballos de su propia cuadra, los cuales había entrenado para el último evento de la feria. El padre y la hija habían seguido obedientemente al extraño joven, vestido con traje de lana y botas cafés, hasta la cuadra de los Marchère, y allí se acercó a los animales como acostumbraba hacerlo con los hombres, con la misma sencillez y elegancia. Aquella noche, en casa, Amand anunció la visita del hijo de los Marchère para el jueves siguiente. Su hija no se sorprendió.

Le hizo mil preguntas a su padre, a su madre, a su prima, y todos le dijeron lo que ya sabía: Candre era un joven rico, huérfano y viudo. A los veintiséis años tenía la vida de un anciano, los rasgos de su rostro seguían el curso de su historia familiar, marcándole la boca y los párpados, como si quisiera volver, tan rápido como su madre y su primera esposa, bajo tierra, allá donde la familia Marchère, así como todos aquellos que la frecuentaban, terminaban más rápido que los demás.

Le contaron que la madre del chico se había desplomado en la iglesia de Saints-Frères, que Candre había sido criado después por Henria, la criada, mientras su padre, enloquecido por la pena

y convencido de que la mala suerte se había apoderado de su familia, se mataba trabajando, siempre encerrado en su despacho, acumulando propiedades y riquezas mientras descuidaba a su hijo. Le contaron que a los veinticinco años Candre se casó con Aleth, una joven de Saints-Frères, quien contrajo una grave neumonía y murió apenas seis meses después de su matrimonio. Le hablaron de sus hábitos conocidos, miércoles y domingo en el cementerio, lunes y jueves en el mercado con Henria.

Le repitieron que trabajaba arduamente. Le contaron sobre el Bosque Dorado, donde los trabajadores de la empresa Marchère transformaban abetos y pinos en tablones para ser enviados a Francia, Suiza y Bélgica. Visitaba todas las tardes los sitios de poda y corte, y conocía tan bien a sus empleados como su árbol genealógico. Le insistieron: era muy pálido y delgado. Su rostro respiraba dolor, pero eso no lo hacía ver feo, solo triste. Y aquella tristeza inquietaba a Aimée desde que lo vio atravesar la alta puerta de hierro oxidado de la finca de los Deville.

Candre Marchère almorzó con Aimée, con su padre Amand, con su madre Josèphe, y con Claude, su primo. Pasada la una, fueron a la pequeña sala.

Candre solo bebía agua, casi helada. Nada de café ni vino, cerveza o licor; agua muy fría, un vaso grande al comienzo de la comida y un vaso grande al final, después de lo cual las mejillas, la nariz y la frente se le ponían rojas.

Quizá por eso Aimée comenzó a interesarse en él. No bebía ni comía más de lo que le permitía su apetito. Su primo, Claude, había comido por cuatro, como de costumbre. Para los hombres de su edad, atiborrarse demostraba que poseían músculos que nutrir, un cuerpo que llenar, un estómago que saturar. Era común la idea de «hacer lo que fuera necesario» —como decía Amand— por su casa y su familia.

Candre no era como ellos: comía poco y con sumo cuidado, como una niña pequeña. No colocaba la servilleta en la rodilla sino en su muñeca. Claude alzó una ceja y lanzó una sonrisa burlona a su prima, ante lo cual fue inmediatamente reprendido por el padre de Aimée, quien se dirigía a Candre como un maestro se dirige a un buen alumno, aunque un tanto tímido, al instarlo a resolver una fórmula difícil. El hijo de los Marchère se tomó un tiempo para dar su respuesta, se podría decir que sus pensamientos daban dos vueltas en su cabeza antes de ser

expresados en palabras. Su voz, menos débil que su cuerpo, menos transparente que su piel, se aseguraba, con precisión quirúrgica, de que cuando hablaba no se le hiciera la misma pregunta por segunda vez.

—Habla usted con sus caballos como lo hace con mi padre, eso me parece de lo más extraño.

Candre tomó una magdalena y la partió en dos sin que se le cayera ni una migaja. Mojó la primera mitad en una taza de café que no bebió. Ninguno de sus gestos escapaba a la chica Deville: seguía sus dedos, sus manos; inspeccionaba su cabello, sus labios, su abrigo. Aimée se comportaba con Candre como lo hacía cuando era niña, en el jardín, con los insectos que pululaban al pie de los tilos y manzanos.

—Dios creó al hombre y a los animales terrestres el mismo día —respondió él—. No hay razón alguna por la que deba tratarlos de manera diferente. Sin mencionar que un caballo, un cerdo o una abeja nunca te traicionará.

—¿Lo han traicionado los hombres, Candre? ¿O las mujeres, quizá?

—¡Claude! ¡Te lo ruego! —gritó Josèphe, la madre de Aimée.

El primo intentaba provocar a Candre. El hombre de armas desafiaba al hombre de fe. Amand lo dejaba hacer; su sobrino lo divertía. Había tomado, como él a la misma edad, el atuendo militar, y era fanfarrón y orgulloso de ser el digno heredero del comandante Deville, su querido tío, quien lo había criado en su casa como si fuera su propio hijo y hermano de Aimée.

—No sabría qué decir de las mujeres —respondió Candre con calma—. Mi madre se fue muy temprano y mi esposa era feliz en mi casa antes de enfermar. Henria es devota. En este mundo las mujeres son mejores que los mejores hombres.

Claude infló las mejillas, a punto de estallar en carcajadas, pero se cruzó con la mirada de su prima y se detuvo de

inmediato.

—¿Y a usted, Claude? ¿Las mujeres lo han traicionado?

Candre dio una mordida a la mitad de la magdalena, la cabeza en alto. Amand ya no ocultaba más su sonrisa y su esposa, por su parte, se sonrojaba cada vez más mientras la conversación tomaba un giro extraño.

—Mi prima me gana con frecuencia en las cartas.

—Siempre y cuando no le gane a los golpes.

Aimée le lanzó a Claude una sonrisa irónica, como queriendo decir «te lo buscaste», y Josephè, francamente molesta, dejó la mesa.

Después del café, Aimée invitó a Candre a hacer un recorrido por la casa: pasaron frente a las perreras, recorrieron el borde del pequeño estanque y continuaron por un camino bordeado de suculentas que atrapaban los bajos de los vestidos.

—Mi primo es un ave extraña —confesó Aimée.

—Las aves extrañas no suelen ser chicos malos.

Caminaba sin mirarla. Su rostro, pacífico y blanco, parecía atrapado en los colores de los árboles y musgos, de las cortezas y los pastos. Regulaba su paso al de Aimée, teniendo cuidado de no ir adelante o quedarse atrás, pero una parte de él se escapaba continuamente de la conversación y se precipitaba hacia el follaje como una ardilla. Salieron a un huerto abandonado. Aimée se avergonzó de los andadores mal cuidados y de las hojas muertas, quería decir algo para distraer la atención de Candre, pero él no parecía perturbado en lo más mínimo por aquellas negligencias.

—La tierra hace lo que quiere con nosotros y con todo aquello que ponemos en su vientre —resopló.

Su voz no titubeaba. Las palabras parecían listas, pensadas de antemano, como si hubiera preparado sus frases semanas antes y, sin embargo, Aimée podía ver, por la forma en que sus párpados se movían sobre esos ojos cafés, que se sentía un completo extraño en esa casa. La descubriría a medida que pasaran las semanas; la curiosidad de Aimée y —esperaba él— su amor naciente le permitirían estar en esos lugares como algo más que un mero visitante.

Y de pronto eran ya tres veces que habían paseado juntos por las tierras de la finca Deville, que entraban y salían del comedor, de la salita, que caminaban por el sendero que iba hasta el portón, y también ya tres veces que Aimée notaba que Candre no dejaba rastro de su paso por aquel hogar. Sus zapatos no alteraban la tierra, la arena ni las losas. Su mano no arrugaba los manteles, las cortinas ni las telas. Sus caballos aguardaban a la entrada, sus cascos no se hundían en el camino ni estropeaban las sendas interiores. Las ruedas de su calesa descubierta, incluso en el tiempo de vientos fuertes, dejaban sobre el camino una tenue línea que se desvanecía en instantes.

Todo en él y de él se desvanecía. Candre parecía ser de este mundo como lo son los animales salvajes. Vivía en la memoria de los demás, en sus conversaciones y sus palabras. Había heredado de su familia una historia dramática y vivía cada día según los mandatos de su Dios y los horarios de sus trabajadores. Perspicaz, empleando con mesura sus respuestas no a manera de ataque, sino como un escudo contra los atrevidos como el primo de Aimée, Candre se protegía, y aquello le gustaba a Aimée. Ella había crecido con hombres de guerra, hombres valientes y fuertes como sus voces, y Candre parecía tan diferente, tan femenino. No tenía los modales ni el tono de una mujer o una joven, pero su manera de ser, que incluía nunca compararse con sus semejantes y vivir acatando la ley, por encima de ellos, lo hacía cada vez más cercano a Aimée.

Así que sí, le agradaba. Ella lo comprendió la tercera vez que los

caballos desaparecieron más allá del portón, cuando le rogó secamente a su primo que la próxima vez se callara.

—Vaya, qué cosa.

—Te lo estoy pidiendo. Si sigues hablándole así, ya no podrás sentarte a la mesa con nosotros.

Claude se encogió de hombros y siguió a su prima. Ella caminaba deprisa, su sombra jugando con la de los altos pinos, y él se apretó a su lado como un niño. Cuando llegaron a los escalones Josèphe aguardaba su regreso, encorvada con su vestido gris de enormes enaguas. Claude le susurró a su prima:

—Josèphe no corre riesgo de enfriarse los pies.

Aimée sonrió, negó con la cabeza y pasó junto a su madre, quien lanzó a su sobrino, a quien amaba como a un hijo, una mirada de desaprobación.

Amand todavía se encontraba en la sala. Leía el periódico, que anunciaba la apertura de una nueva escuela real de caballería.

—Claude, mira, este podría ser un buen lugar para ti.

—Me gustan mucho los caballos, los reyes no tanto.

Su tío suspiró: Aimée adivinaba en el temblor fino de sus dedos, en la flacidez de su bigote, que su padre envejecía con demasiada rapidez. Su pierna lesionada veinte años antes le recordaba todos los días que estaba lisiado. No podía imaginar un castigo peor para un hombre de armas.

—¡No le gustan los reyes y tampoco Candre! —espetó ella.

—Yo no he dicho tal cosa.

Amand se puso en pie con dificultad. La vena de su sien se contraía como una serpiente atrapada por el cuello.

—Por supuesto que no te agrada, sabe cómo responder a tus groserías. Has encontrado un oponente al que no puedes vencer peleando.

Candre volvería, eso era cosa segura. Cuando Claude quiso responder, Josèphe lo envió a los establos para sacar a las dos yeguas. Protestó, para no perder la costumbre, y se fue feliz, un niño con un cuerpo largo y alto, todo músculos. Aimée y su padre estuvieron solos un rato, al cabo del cual Amand dobló el periódico como una servilleta, sin arrugarlo. Cuando terminó, Aimée sintió a su madre acercarse a la sala, bañada de rojo y azul por el crepúsculo. Apretó el hombro de su hija y retiró el periódico sin decir una palabra. Amand le dio las gracias asintiendo con la cabeza.

—Usted sabe por qué estoy aquí, Aimée.

De pie, en el borde de un promontorio abierto a los pinos, Candre escudriñaba sus tierras con la mirada, más allá del camino que serpenteaba entre los árboles. El Bosque Dorado, dominio de los Marchère, comenzaba a aparecer a treinta kilómetros en línea recta. Desde donde estaba, en un día despejado, el heredero podía ver la línea de picos elevados, de un verde tan oscuro que parecían negros. A su lado, Aimée le apretaba apenas el brazo. Sintió cómo el joven se tensaba y retiró la mano con la misma dulzura con que la había puesto.

—Sería una tonta de no saberlo —dijo.

Candre abandonó el horizonte.

Ya hacía dos meses que visitaba la finca y almorzaba, caminaba y hablaba con Aimée, con su padre e incluso con su primo.

Cuando salían a pasear, Candre no decía nada, ni una palabra, y sin embargo su silencio no resultaba pesado; Aimée sentía en él una distancia que mantenía naturalmente con todos los seres vivos y eso le agradaba. Pero ahora ella le pedía que acortara esa distancia, que la mirara detenidamente sin que se encontrasen separados por una mesa o una broma de Claude.

—Si quiere casarse conmigo tendrá que mirarme a la cara, al menos en la iglesia.

Algo de la niñez surgió, algo sumamente vivo, a la vez alegre y grave, como suelen ser los niños melancólicos. De repente, Candre tenía quince años menos: su rostro se abrió, pero sus ojos se oscurecieron.

—Mi padre está de acuerdo.

—Y usted, ¿está de acuerdo con su padre?

La sonrisa persistía en su voz. Sin embargo, sus palabras

eran mesuradas. Aimée a veces se encontraba estupefacta, incapaz de responder como Claude le había enseñado, rápidamente, al ataque. Candre no se dejaba enganchar, iba entre las sombras, eligiendo sus palabras como se elige un atuendo para un funeral que nunca termina.

—Mi padre cree en usted.

Amand había dicho que sí. Quería que se casara con Candre. Estaba envejeciendo. Además, su madre envejecía aún más rápidamente, aun cuando Aimée siempre la había encontrado igual de silenciosa, marchita y obediente. Solo la presencia de Claude le devolvía a veces una expresión de alegría, pero incluso con su hija Josèphe se comportaba como la esposa de su marido: si acaso tenía alguna opinión propia, Aimée jamás la había escuchado.

—No quiero casarme con una mujer que no quiera casarse conmigo. Es así de sencillo.

Aimée, incómoda, apartó la mirada. Las palabras de Candre la tranquilizaron, pero su mirada la inquietaba. Percibía en él fuerzas opuestas. Se casaría con un hombre serio, muy serio.

—Yo ya he decidido —dijo levantando la cabeza.

Luego olfateó el aire, como una bestia, y aceleró el paso.

—Debemos irnos a casa ahora. Se acerca la lluvia.

Una tormenta en ciernes cubrió el pueblo: Candre abandonó con premura la finca Deville.

Mientras los caballos avanzaban por el camino que pronto se inundaría, dejando tras de sí un olor a paja y tierra fangosa, Claude, cerrando la puerta tras la partida del pretendiente, se tragó un vergonzoso sollozo, una lágrima de arena que brotaba de un ojo seco, como suelen ser los agobios de los hombres de armas. Caminó por el pasillo, sabiendo que aquel día las cosas se habían decidido sin su participación. Pronto, cuando su prima tuviera el nombre de Aimée Marchère, él partiría también, sin tener ya a nadie a quien proteger, salvo a su país y su caballo, lejos de quienes lo habían criado como un hijo y amado como un hermano.

Cuando Aimée llegó a la finca Marchère, en el corazón del Jura, descubrió, a mitad de la pendiente, el negro techo de su nuevo hogar, la maciza y oscura procesión de árboles que señalaba la ruta. Bordeado por dos acequias paralelas, decoradas con altos troncos del color de las entrañas, el camino, en tanto se alejaba del valle, se perfilaba como un garfio, redondo y afilado.

Muy pronto, Aimée reconocería los caballos de Candre, sujetos a un solo trayecto: para cada nueva salida, las bestias eran elegidas según el lugar al que se dirigía el amo. En su cuadra los caballos ocupaban, por parejas, grandes establos divididos por una barrera de tablones espaciados. En la puerta de los recintos, el amo había grabado no los nombres de los animales, sino su destino. Iglesia. Mercado. Finca Deville. Ciudad. Una decena de parejas ecuestres compartían el patio, una fuente escupía sus heladas aguas para los caballos que regresaban de sus rutas, escurriendo lluvia o sudor, hermosos como dioses caídos del cielo.

Antes de pasar por delante del establo, Aimée sentiría el viento cortante en el cuello, incluso en medio de los veranos más fuertes, a veces secos y abrasadores, a veces duros y helados; divisaría, antes de la última curva, la gran cruz de una madera oscura y nacarada que marcaba la entrada al Bosque Dorado. La señora Marchère se estremeció, como cada vez que un extraño entraba en las tierras de Candre en su compañía. Aimée supo que este bosque se convertiría en su imperio; su oscuridad y sus secretos lo habían educado, formado, protegido desde la infancia. Su marido no trabajaba la madera como sus aserradores, sus taladores y sus vendedores, no, sino como un hombre que amaba el bosque más que a sus semejantes. Aimée tendría tiempo para adivinar —acercándose a la última curva— las largas «M» rojas

que decoraban, en el borde, las cortezas más claras.

Entonces el coche dio un giro súbito, Aimée quedó impactada, y cuando volvió a abrir los ojos y se recomponía el encaje del cuello presenció, emergiendo de aquel amasijo de árboles negros, agujas de pino y largos gorjeos de pájaros invisibles, el más extranno de los espectáculos.

La finca de los Marchère aparecería con nitidez, como un paisaje detrás de la niebla. Cuando el rocío de los pinos se levantó sobre la colina, Aimée no tuvo más remedio que contener en la garganta un grito de sorpresa: nunca había visto un lugar así, nunca habría pensado en vivir allí.

Una construcción de piedra y madera, tan grande como un convento y tan alta como una iglesia, dominaba el centro del paisaje. El techo era de tejas rojas y negras que caían sobre ventanas redondas en el piso superior, luego sobre otras rectangulares y alargadas. Los postigos, de madera aceitada, devoraban la fachada donde la hiedra corría de arriba abajo, enrollando en los ventanales largos y nudosos dedos verdes. El camino subía hacia la casa y luego se dividía en dos rutas: una conducía a la cuadra, la otra al cuarto de los sirvientes, en la parte trasera de la finca, bajo la sombra aplastante del castillo —sí, es la palabra que le vino a la mente—, una arquitectura diferente de la que Aimée conocía en la región, de granjas y fincas usualmente bajas, alargadas, escondidas y sólidas. Al ver la casa elevándose sobre la hierba recortada, Aimée no habría sabido describir el color de los muros ni la cantidad de habitaciones que un lugar así podría albergar. El castillo se fundía con la vegetación como si hubiera nacido del bosque, protegido por él sin ser devorado, vestido de hojas y enredaderas, lleno de zumbidos de abejas, pero resplandeciente y limpio como los trajes y los caballos de Candre. Cuando el coche se detuvo frente a la gastada escalera, vestigio de los caprichos de Jeanne Marchère, le pareció estar viendo un ojo gigante de luz y verdor. Un ojo enorme posado sobre ella, con pestañas de postigos planos, pupilas de cristales impecables. Adivinaría detrás de esa mirada la vida que se respiraba dulcemente en el interior, la luz amarilla en la gran sala, su dormitorio en el primer piso; sabía que estaría allí su dormitorio, ya que era la única ventana abierta en toda la fachada y Aimée sabía que Candre había dado instrucciones a Henria, la criada. Además, Henria apareció por detrás de la casa, su gran cuerpo atrapado en un delantal negro,

sus sienes hinchadas por el trabajo, sus ojos grises y serios; ella recogería los baúles, guiaría a Aimée, diría un par de palabras en un escalón tembloroso de la escalera donde la señora debería tener mucho cuidado. Aimée la seguiría sin decir nada, arrebatada por la nueva vida, consumida por el estupor y la timidez.

Ella no sabría, en aquel lugar, qué responder a los silencios del bosque.

Se preparó el matrimonio y la partida de Aimée con entusiasmo. La finca Deville siempre había parecido suspendida en su pasado esplendor: ahora que le quedaba un mes para vivir con sus padres, la hija de Josèphe y Amand intentaba retener para sí el grosor de las telas de los sillones de la sala, los dobleces de las servilletas sobre la mesa, el olor de las sábanas perfumadas con sacos de hierbas aromáticas. Súbitamente, Aimée se encontraba oliendo cada rincón y grieta como un animal, aunque había crecido allí sin que los cuadros en las paredes, las instrucciones del palafrenero o las armas de su padre exhibidas en el pasillo le hubieran interesado nunca. Se preparaba para dejar la tranquilizadora carpintería, la terraza abierta y el tosco camino que había tomado con Candre aquella primera vez: la casa nunca le había parecido tan viva.

Cuando cruzó el vestíbulo, recordó a su madre diez años antes, corriendo detrás de Claude mientras Amand, todavía frágil sobre sus bastones, suspiraba al pie de las escaleras que luchaba por subir, recuperando tres veces el aliento antes de llegar a su habitación.

Amand Deville había sido nombrado general de caballería treinta años atrás. Por la flexibilidad con la que empuñaba las riendas y el arma, lo asignaron al 56º regimiento de caballería ligera, al mando de los fusileros, y cuando estalló la guerra y los prusianos marcharon en masa sobre Francia, Amand, orgulloso de ser llamado, guio a sus tropas a través de las líneas bajas de la llanura. Dejó sus dominios bajo los vítores de los aldeanos y cuando volvió, un mes después, a cuatro patas, al joven general lisiado se le permitió regresar a sus aposentos sin pregunta alguna. Aprendió lentamente a erguirse sobre su cuerpo de madera, levantando sus bastones. El tiempo pasó sobre él como

un baño helado: se volvió delgado y tenso, sin sentir el sufrimiento en las piernas sino en el alma. Cuando Josèphe cayó embarazada, *sí, cayó* embarazada, como se cae uno de una silla, un niño significó reavivar la llama en ese vasto dominio donde el eco de caballos y pájaros no encontraba respuesta en la boca de los hombres.

Repentinamente, una esperanza.

Josèphe quiso que él viera en ese nacimiento el comienzo de otra vida, una vida que nunca pudiera dejar por la guerra, las guarniciones o los honores del uniforme. Amand recuperó el gusto por las sonrisas discretas y por las caminatas sumamente cortas que iban de un extremo a otro de la terraza; pidió que le cocinaran, como antes, carne grasosa con manzanas, y a medida que Aimée crecía, que sumaba años, sonidos y gestos, él rejuvenecía, otorgándose el perdón que lo mantenía atrincherado en sus silencios y su inmovilidad.

Poco después del primer cumpleaños de Aimée, Claude, sobrino de la pareja Deville, fue enviado con su tío y su tía, lejos de las disputas de sus padres. El niño quedó bajo la protección de Amand y Josèphe a fin de «arreglar las cosas sin tener al pequeño de por medio». Claude iba por dos meses, pero se quedó veinte años, hasta la boda de su prima.

De una niña tranquila y dulce, pasaron a tener dos diablos que reían hasta antes de irse a dormir. Claude, regordete, giraba en torno a su tío como una abeja, zumbando, y aquel día que abrió la vitrina para tomar la espada, su tío vio en sus grandes ojos negros la llama terrible y salvaje de los que aman el combate. Resultaba una expresión extraña en los ojos de un niño, pero Amand la reconoció de inmediato. Su cuerpo tan pequeño y sus dedos tan torpes alrededor de la hoja en su vaina, lo decía todo. Claude desafió a su tío y juntos, por primera vez desde que regresó de la guerra, hicieron un balance de su arsenal.

Cada mañana se daban cita en el pasillo; sentados en el suelo miraban en detalle cada hebilla, cada arabesco grabado; inspeccionaban la vaina y repasaban las diferentes partes del fusil, las formas de llevarlo al hombro, a la espalda, al frente. Claude, por lo general muy inquieto, solía quedarse contemplando las reliquias militares con tanta concentración como si se tratara de un ave de presa. El tío señalaba cada cosa con el dedo:

—Esta es una insignia, debes saber coserla tú mismo, con hilo triple para que no se caiga.

Cuando los vio así en el pasillo, Josèphe abrazó a su hija, aterrorizada al saber, tan pronto, que Claude se encontraba ya envuelto en la misma oscuridad. Mantuvo a Aimée alejada de ese extraño reencuentro donde el tío, en traje de negocios, alisaba la chaqueta de su atuendo militar con una ternura que Josèphe nunca le había conocido: cuando pasaba su mano por el cuerpo de su esposa era menos gentil, menos tierno.

A Amand lo salvó esa lección cotidiana que exigía su sobrino. Claude no hablaba de otra cosa que no fueran las armas, los ataques, las victorias del general, quería montar a caballo; decía, con los ojos llenos de lágrimas de rabia y desafío: «No se lo diremos a Josèphe, este será nuestro secreto, por favor, tío», y Amand suspiraba. No, el niño no iba a montar a caballo antes de los ocho años; no, no iba a jugar con la espada ni con el fusil; no, la fuerza no se ganaba gritando, sino con paciencia y sangre fría. Claude, enojado, refunfuñaba: no había imaginado nunca que pudiesen negarle algo. Josèphe pensó que eso se lo debía a sus padres, lo habían dejado ahí como se deja a un niño cuando se va de compras. Nadie había venido a recuperarlo.

Una mañana en que se encontraba más inquieto que de costumbre, su tío le susurró:

—Claude, si te cuento un secreto, un secreto de guerra, ¿sabrás guardarlo? ¿Sabes?, nada es más importante que la confianza entre dos soldados.

Claude se calló al instante.

—Sí, creo que sí, tío.

Amand se puso en pie, el pequeño lo imitó.

—Creo que puedes hacerlo, Claude. Pero para estar seguros, te ofrezco un trato: te contaré un secreto y tú me contarás otro. Quedará todo entre nosotros. Entre dos soldados.

Claude se enojó de nuevo. Dentro de él luchaban el capricho y el honor, así que bajó la cabeza. Cuando no estaba de acuerdo con algo, privaba a Amand de sus ojos, de su palabra.

—Piensa con cuidado, Claude.

—¡Pero no tengo secretos, tío! —dijo, acariciando los botones del uniforme extendidos frente a él.

Amand sonrió.

—Tienes razón. Entonces te haré una sola pregunta, me respondes y te cuento mi secreto. ¿Trato hecho, soldado?

La nuca desapareció, el cabello cayó hacia atrás y el rostro de Claude, aún atado a la infancia, apareció sin dos dientes.

—Trato hecho, mi general.

—¿Había ruido en tu casa por la noche? Cuando estabas en tu habitación, al lado de la de tus padres.

Claude sacudió la cabeza.

—No.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Detrás de la puerta, Josephè suspiró.

—Está bien. Entonces es mi turno.

Amand aspiró hondo.

—No fui herido en la guerra, Claude. Fui a la guerra, pero no tuve tiempo de participar en ella.

Su sobrino palideció.

—Tío, no entiendo.

—Mi caballo se cayó.

La voz quedó atrapada en un suspiro. Josèphe hubiera querido interrumpir la conversación, pero Amand miró a su sobrino como a Cristo en oración.

—Los caballos no se caen —se burló el sobrino—. Es imposible, son demasiado fuertes para hacerlo.

La boca de Amand tembló.

—¿Crees que lo fuerte no se cae?

—Si algo es fuerte, no se cae —concluyó el niño, muy orgulloso de sí mismo.

Amand suspiró, dobló las mangas de la chaqueta sobre los botones dorados y se puso en pie. Sorprendido, Claude, sin saber qué decir ni qué hacer, se entretuvo frotando la vaina de la espada con los ojos clavados en su tío, que caminaba arriba y abajo por el corredor con una mano sobre la nuca.

—Claude. Tienes que entender algo. Es muy importante.

El niño prestó atención.

—Si te caes mientras corres en el jardín y te lastimas, ¿es tu culpa?

—¿Si estoy solo, quieres decir? Si me haces tropezar, es tu culpa.

Amand sonrió.

—Sí, sería mi culpa. Pero ¿y si estás solo?

—Quizá no sea mi culpa.

—Muy bien. Imaginemos que tropiezas, te caes y te haces un raspón. Esto ha sucedido antes, ¿no es así?

—¡Sí! ¡Pero no lloré! Puedes preguntarle a Josèphe, ¡no lloré!

Amand sentía la ira creciendo en las mejillas sonrosadas de su sobrino.

—No lo dudo, pequeño. ¿Y te levantaste?

—Sí.

—¿Solo?

Claude estaba de pie con su traje; sus pantalones de lana, azul marino, le daban la apariencia de un marinero. El botón de su chaleco le colgaba del cuello. «Un soldadito desaliñado», pensó Amand.

—Josèphe me ayudó a levantarme —suspiró.

—¡Pero eres fuerte como un león!

—No lo sé, nunca he visto un león.

—Lo que quiero decir es que mi caballo, como tú en el jardín, tropezó.

Claude desplegó sus diminutas piernas, apretó los dientes mientras se levantaba y se sentó junto a su tío. De esa forma Amand no podía verlo a los ojos, fijos en el uniforme.

—¿Los caballos pueden caer, entonces?

—Sí.

—¿Y tú también te caíste?

—Sí.

Claude miró los bastones apoyados contra la pared.

—¿Las patas de madera te ayudaron a levantarte?

—Se puede decir que sí.

En su habitación, Josèphe temblaba. No reconocía la voz de su marido; hablaba tan bajo, con tanta dureza.

—¿Volvías de la guerra cuando sucedió?

—No, Claude. Ese es mi secreto.

Sujetó entonces al niño por debajo de los brazos, lo levantó por encima de sus rodillas y lo sentó frente a él.

—No tuve tiempo de ir a la guerra. Este uniforme nunca enfrentó al enemigo.

Sostuvo a Claude entre sus manos huesudas durante un largo tiempo. El niño no lo miraba. Hasta las aves guardaban silencio en el tejado. Amand echó hacia adelante la cabeza y apoyó la frente contra la espalda de Claude. Parecía un monje.

—Tío, no había ruido en casa por la noche porque mi padre no estaba. Y mi mamá dormía todo el tiempo.

Amand abrió los ojos.

—¿Te sientes a gusto aquí, Claude?

—Sí.

—¿Te molestaría quedarte un poco más?

—No lo creo.

Entonces Amand lo abrazó, estrechándolo contra su pecho, su cabello en el del chico; por unos segundos formaron un solo cuerpo extraño, anciano y niño, herida y secreto revelados en un pasillo frío.

Así pues, el comandante no había tenido tiempo de mandar. Su gloria había sido aplastada por el peso del caballo. Al caer, el animal lo había lastimado dos veces: en las piernas y en el corazón.

Claude y Aimée crecieron bajo la atenta mirada de un soldado destrozado y una madre devota que mantenía la casa y a sus habitantes como a criaturas en una hamaca atada para que nunca se cayeran. La infancia de los primos no acababa, vivían a sus anchas, pues Amand no era un hombre severo. Mientras recuperaba poco a poco su sonrisa y sus exiguas fuerzas, su propiedad se sumergía en la inmovilidad: pronto habría que casar a la pequeña y preparar a Claude. Aimée era inteligente, su primo le había enseñado a dirigir una réplica, pero una joven de su rango que fuera capaz de tales palabras asustaba a los hombres. Un padre militar, un primo demasiado presente, el peso de la finca Deville: solo un militar o un propietario podían probar suerte.

Antes de Candre, otros dos jóvenes se habían presentado en la finca deseando hablar con el padre, ante el que desplegaron la lista de sus bienes, tierras, animales, granjas, posadas, almacenes, prensas; eran hombres de fortuna, y frente a los ojos negros de los chicos del bosque, su poder brillaba ferozmente. Amand sintió en ellos la violencia de los que tienen dinero como se siente en un perro joven el mordisco que se aproxima. Los dos conocieron a Aimée, que apenas tenía dieciocho años. De una belleza modesta, seguía el consejo de su primo, prolongando la infancia fácil, sabiendo que pronto debería dejarla por otra casa donde tendría marido, sirvientes y, por supuesto, hijos. Antes de renunciar a su propia inocencia se había escondido detrás de los altos muros de la casa familiar, protegida por su primo, futuro

soldado, quien escamoteaba a las mujeres lo que otorgaba a su prima: su apostura y su alegre y tierno respeto.

Aimée y Candre se casarían en dos semanas. Todo estaba listo.

—Creo que hay preguntas que desea hacer y no se atreve.

—¿Qué le hace decir eso? —respondió ella, mosqueada.

Candre se enderezó y, sin verla —muy a su manera—, clavó la mirada en algún punto en el horizonte.

—Hoy estamos sentados en esta banca. En dos semanas compartiremos la misma cama. Si es necesario hacer preguntas, hay que hacerlas ahora.

Aimée se sobresaltó. Durante días había imaginado cómo sería acostarse con un hombre por la noche. Candre le gustaba, pero no había verdadero amor. Aquello no la inquietaba: Claude, entre risas, repetía que los hombres, por una vez, eran más listos que las mujeres en cierto terreno, y que era bueno que la mujer no fuera tan lista en ello. Cuando adolescentes, la prima y el primo se escabullían detrás del establo si llevaban a los sementales para preñar a las yeguas, y miraban la montada desde atrás. Una vez, Claude se había divertido pellizcando a su prima mientras ella miraba boquiabierta el enorme miembro del macho, de un rosa del color de su vestido, desapareciendo en la hendidura de la yegua, sosteniéndose en alto a mordidas durante varios minutos antes de caer pesadamente, abatido y vacío. Aquel espectáculo la hundió en una gran confusión: su primo, fuerte y orgulloso de su efecto, se apresuró a acosarla riendo, repitiendo que pronto sería su turno pero, por suerte, no se solía sostener a las jovencitas a mordidas, hasta que Aimée se echó a llorar. Claude se apresuró a consolarla, disculpándose por sus tontas palabras, y mientras regresaban para la cena, Aimée no dijo nada durante todo el trayecto, la cabeza saturada con esa pobre yegua con la grupa lastrada por el peso del macho. Las semanas siguientes, Claude no había dejado de poner el tema

sobre la mesa, reconociendo que los hombres eran diferentes, que era algo natural y a veces muy agradable, pero Aimée cerraba cada vez más su vientre, haciéndolo un nudo, bloqueándolo. Él terminó por no decir nada ante el aterrorizado silencio de su prima, que se alejó, durante unas semanas, de sus juegos y sus secretos.

Tras el espectáculo de los caballos, Aimée cultivó en su interior mil imágenes en las que su cuerpo se metamorfoseaba, volviéndose monstruoso. Se imaginaba que le crecían cascos en lugar de pies que una ancha grupa de yegua ocupaba el lugar de sus nalgas aún planas y un vello café recubría su piel en lugares que nunca había explorado, y en sus pesadillas nocturnas este cuerpo, mitad niña, mitad yegua, era presa de un semental de ojos llameantes que hablaba el idioma de los hombres y la estrujaba con las manos de un granjero. Su propio sexo era territorio salvaje, escondido entre sus muslos poderosos por los juegos al aire libre; su sexo era una línea recta trazada debajo de su vientre y nunca se imaginó que fuera necesario pronto separar esa línea para construir un niño. Candre pronto sería ese hombre, ese obrero del cuerpo. Tendría que abrirle su cama, sus brazos, sus piernas, la línea se convertiría en una hendidura caliente hasta que el futuro tomara forma en la superficie de su ombligo.

—¿Entonces? —volvió a preguntar Candre.

—¿Qué le ocurrió exactamente a su esposa? —preguntó bruscamente Aimée, volviéndose con franqueza hacia él.

En los ojos de Candre se estremeció un párpado.

—Nos casamos en la iglesia de Saints-Frères, hace poco menos de dos años. El clima se parecía al que tenemos hoy.

Su mano acarició a un animal invisible en su regazo.

—Aleth era una joven muy hermosa, muy coqueta. Tres meses después de la ceremonia, le dio una tos que no terminaba. Llamamos al médico, quien aconsejó enviarla a Suiza para ser tratada en un sanatorio al aire libre. —Hizo una pausa—. Volvió muerta diez días después de su partida. La enterramos en el cementerio de Saints-Frères.

«Muerta». Aimée sintió que el corazón se le encogía en el pecho. Esa mujer estaba «muerta». No «había partido» ni «se fue al cielo», estaba «muerta». Él tenía solo una palabra, dura y terrenal, que se usaba habitualmente para animales y flores. *Muerta.*

—Ha hecho bien en hacer la pregunta.

A Aimée le hubiera gustado desandar el camino, retractarse de sus propias palabras.

—Y usted —prosiguió ella, para acabar con el hechizo que cayó sobre ambos—, ¿tiene alguna pregunta para mí?

Una leve sonrisa, apenas perceptible, deshizo la expresión de dolor que tensaba el rostro de Candre.

—¿Alguna vez estuvo con un hombre?

Aimée abrió los ojos de par en par. ¿Cómo se atrevía? Inmóvil, su rostro impasible, su cabello negro echado hacia atrás, envolvió con su silencio el cuerpo virgen de Aimée. Ella intentó ponerse de pie, pero él la sujetó por el brazo. Entonces ella negó con la cabeza, como un caballo que desea dejar el camino por donde lo lleva su amo, y en esta humillante respuesta sintió que se producía un cambio: ya no había secretos entre ellos. Así comenzó la vida que la aterraba, con este hombre del que no sabía nada.

No se casaron en la iglesia de Saints-Frères. Jeanne Marchère había muerto bajo sus vitrales y años más tarde Candre se había casado con Aleth bajo aquellos mismos colores. La ceremonia tuvo lugar en la pequeña capilla donde eran asiduos los Deville.

Decoraron la puerta con coronas de flores blancas, las bancas estaban forradas con tela y remendaron las biblias. Las flores y los cojines fueron los únicos adornos que Candre aceptó: no habría gritos de alegría ni se arrojaría un ramo, ni habría adorno alguno en la grupa de los caballos. El cochero no usaría un jubón rojo. Mientras se preparaba para la boda, Aimée comprendió que a su futuro marido no le gustaba la música, salvo la del órgano, los salmos y los cantos sacros. Le tenía miedo a las voces fuertes, la multitud lo angustiaba: aparte del día de la misa, no aceptaba estar en un evento popular. La feria de caballos era la excepción; una vez casado, dejaría que el palafrenero se ocupara de ello.

Una veintena de personas asistieron a la ceremonia: del lado de Candre ningún miembro de la familia de sangre estaba presente. Henria, la criada y nana, acompañada de su hijo Angelin, sirviente de la finca Marchère, ocupaba la primera fila, normalmente reservada para padres y madres, hermanos y hermanas.

Candre recorrió el pasillo solo y ofreció su frente a Henria, quien le dio un largo beso. Se escucharon las primeras notas del órgano y después Aimée, del brazo de su padre, apareció en el arco de la puerta. Amand había renunciado a su bastón y se apoyaba en el antebrazo de su hija. El vestido, muy sencillo, sin velo, ceñido en el talle, envolvía a Aimée en encaje de dos

puntos. Su cabello estaba recogido, sostenido por broches de madera que Candre le había regalado. Los hizo tallar en sus talleres, y ahora, insertados en el pelo de Aimée, eran un trozo del bosque deslizándose en el cuerpo de la joven novia.

Con la cabeza inclinada y las manos en los muslos, el hijo de Henria le ofrecía a la nueva patrona una cabeza cubierta por cabellos claros y cortos. Su nuca parecía muy larga sobre sus hombros, y desde donde ella estaba adivinó su amplitud y fuerza; vio que el comienzo del cuello se ensanchaba entre los omóplatos como el lecho de un río debajo de la camisa planchada. La presencia de este joven en la primera fila le parecía extraña, casi fuera de lugar: tenía muy cerca a un chico de su edad, con un cuerpo tan ágil y musculoso como el de su primo. Antes de que el sacerdote abriera el camino, el muchacho lanzó una mirada a la pareja: sus ojos se encontraron, muy brevemente, con los de Aimée, luego se perdieron en las baldosas de la capilla. Su mirada huyó de la esposa de Candre. Aimée presintió el peso del amo, pero también algo más, algo que no podía explicar. No era un niño ni un idiota: sus pómulos estaban ajados por el frío; su frente, delgada y tersa en el entrecejo, revoloteaba como el ala de un ave; sus ojos, grandes y castaños, llegaban hasta el nacimiento de sus cabellos, más claros, y su nariz, ligeramente respingada, otorgaba una especie de calma a este rostro de hombre de viento y de bosque. En su apariencia había un rastro de inocencia, la cual era retenida por su boca cerrada, de labios carnosos, casi demasiado para un hombre. Mientras se casaba con Candre, Aimée pensaba que el mozo de la finca era hermoso, más que cualquiera de los hombres que la rodeaban. Revestía de tal manera la primera fila con ese cuerpo vivo y silencioso que se podía imaginar, con poco esfuerzo y sin palabras, la energía contenida en aquel pasillo, los músculos debajo de su camisa. Angelin poseía una belleza singular y evidente, pero Aimée parecía ser la única que la veía.

Henria admiraba a Candre. El espectáculo de este matrimonio la llenaba de visible alegría, incluso parecía más conmovida que el futuro esposo; sus manos entrelazadas sobre las rodillas frotaban la gruesa falda, se regocijaba bajo los vitrales.

Se recitó el *Cantar de los Cantares*. El cura, el mismo que había oficiado la primera comunión de Aimée, esbozó una pobre

sonrisa en la que Claude leyó la enfermedad de la vejez. ¿Cuántas jóvenes mujeres se habían casado bajo sus palabras y cuántas de ellas eran felices ahora? ¿A cuántos niños había bautizado? ¿Quiénes se habían convertido en hombres devorados por la madera, el dinero, la metralla? El cura estaba cansado. Desposó a los jóvenes con voz gastada, echando una mirada benévola a la chica Deville que abandonaba, con un cálido beso, su apellido por el de alguien más. Hubo más cánticos, y después el señor y la señora Marchère dejaron la iglesia, subieron a la calesa y se dirigieron a la finca Deville. Allí permanecieron antes de ir definitivamente a los dominios de Candre, un lugar escondido entre sus bosques cubiertos de niebla, sus raíces frondosas y sus caminos hundidos en la tierra como heridas.

Mientras Aimée, saludando a unos y otros, paseaba por las tierras de su infancia por última vez, se cargó el equipaje en la parte trasera de un segundo carruaje tirado por tres magníficos percherones, y antes de que las campanas sonaran cinco veces, la nueva pareja se desvaneció en el crepúsculo, entre el sonido de cascos y de una nueva vida, lejos, en otra parte.

Aimée recibió un golpe al corazón.

Frente al muro bajo de piedras negras que las hormigas rojas rastrillaban por millares, Henria esperaba que el cochero bajara el equipaje, y cuando el segundo carruaje se hubo vaciado, Candre tomó a su esposa del brazo y la condujo, como a un caballo, a un recorrido por el pequeño parque.

Para acceder a la puerta principal, la escalera serpenteaba entre los parches de césped salpicados de rosales, macizos de tulipanes y jacintos. Un estanque octagonal ocupaba el centro del parque. Candre prefirió, para la entrada de Aimée en su casa, tomar un camino más largo pero menos irregular. Tomaron, uno al lado del otro, la prolongación de aquel andador que se convertía en una gran *C* invertida alrededor del parque, a la sombra de dos robles bajo la cual Aimée imaginó que descansaría durante el verano, cuando el calor impondría su cubierta de hierro fundido sobre el Bosque Dorado. Mientras bordeaban el jardín, Henria cargaba las maletas, fuertemente sujetas por sus afiladas manos. Parecía gorda y torpe, pero en su paso Aimée reconoció la fuerza de los caballos de tiro y de los burros del mercado: la sirvienta bajó las escaleras con una gracia bastante singular para una mujer de su rango. Aimée pensó entonces que ella sabía esos gestos de memoria, que este era su territorio y el lugar de todas sus fuerzas. Desde el jardín nada impidió su paso a pesar del peso del equipaje; ella pertenecía a estos muros, a esta casa, se mimetizaba con las piedras.

Un paisaje de colores oscuros se extendía hasta el portón. Alrededor de la finca, solamente bosque. A lo lejos, apenas se podía oír el murmullo de los talleres. La joven se sujetaba del

brazo de su marido como a la barandilla de un navío: el bosque la ahogaba, las flores la agredían. Todo la oprimía. La piel debajo de su vestido se hinchaba. Le parecía que la vida humana había abandonado estas tierras, que las grandes extensiones de su infancia en la finca Deville se iban alejando. Desde donde se encontraba solo podía ver bosques, tupidos, verdes y negros hasta el horizonte, incluso el camino devorado a grandes trancos parecía invisible. No quedaba en este terrible paisaje rastro alguno de humanidad, salvo la respiración constante de ese marido al que apenas conocía.

—Candre, me gustaría recostarme unos minutos. El viaje me ha fatigado.

Inquieto, la abrazó. Su mano, que Aimée había creído frágil y ligera, parecía fuerte sobre sus hombros. Candre se adentró en la sala que daba a la terraza; ella lo siguió dócilmente con la vista borrosa, el vestido pesándole sobre el vientre.

—¿Puede subir sola las escaleras o desea que la cargue?

No tuvo tiempo de responder cuando sus pies dejaron el suelo y su cabeza se inclinó hacia atrás. De repente se encontró entre los brazos de su marido como un perro de caza recogido por su amo. Su esposo, a quien creía tan frágil, de repente parecía dotado de una fuerza inédita. Llevada así, con sus enaguas abullonadas, los detalles de carpintería de la escalera, los tapices del primer piso y los techos aparecieron ante su vista con claridad. Su vista desenfocada acentuaba las flores talladas, los rostros enmarcados en oro, las vetas se revelaban mientras la luz del día se desvanecía a través de los vitrales asediados por la hiedra.

En el primer piso, un soplo de aire refrescó el rostro pálido de Aimée. Candre la depositó con suavidad sobre un diván adornado con un cojín largo de lana azul. Una cama, alta y ancha, ocupaba el centro de la habitación; ventanas a cada lado, redondas, daban al bosque, por lo que el Bosque Dorado entraba en la habitación como un gato por una puertecilla.

—¿Cómo se encuentra usted?

Candre se inclinó sobre ella y examinó su rostro, le tomó la mano para sentir su pulso en la muñeca.

—Estoy muy cansada.

Tumbada con su vestido, Aimée se estremeció con el caer de la noche. Candre extendió una gruesa manta sobre ella, le dio un rápido beso en la frente y susurró:

—Descanse. Henria le traerá algo de beber.

Después desapareció.

Aimée hubiera querido descansar, pero no lo conseguía. Sus ojos permanecían abiertos, buscando en la decoración de su nueva habitación un detalle familiar, un fresco que le pareciera hermoso. Todo estaba limpio, el parqué relucía, los ojos de buey arrojaban sombras vagas, un gran espejo se apoyaba en el borde de la repisa de una chimenea apagada, y sobre las mesas de noche dos jarrones contenían racimos con grandes hojas. El edredón beige, cosido con hilos dorados, abultaba el lecho. Aimée se puso de pie con dificultad, caminó con cuidado hasta su cama y cayó sobre ella como una piedra en el agua. Se hundió lentamente en la tela fresca, el olor a resina que atravesaba la ventana le causaba un poco de mareo; sintió que se desvanecía, luego la puerta crujió y apareció una figura.

—Ah, es usted… —suspiró, tratando de levantarse.

—No se levante —ordenó Henria.

Su voz era a la vez clara y áspera. Un ligero acento matizaba las palabras, Aimée entendió «no se mate». Henria sostenía una bandeja en una mano mientras que con la otra hacía beber a la joven como si fuera un potrillo enfermo.

—He mezclado un poco de menta y albahaca, para darle fuerzas.

El agua estaba helada. Parecía una cuchilla sobre la lengua. Henria se retiró tan rápido como apareció. Aimée pensó que todo lo había soñado, pero el sabor a menta, casi a corteza de árbol, persistía en su garganta.

En la iglesia, no se había tomado el tiempo de mirar a la criada. Angelin, su hijo, a su lado, atrajo toda su atención. Aquí, en esta habitación, Henria le pareció más alta, más ancha de lo que recordaba. Aimée rememoró su silueta en las escaleras frente a la casa, con las maletas. Había subido aquella pendiente,

cargada como una mula, a toda prisa.

En ese momento Aimée comprendió lo que unía a Candre con su criada: ella lo había protegido, amado y criado como una madre. Incluso ella, sin conocerla, se sentía reconfortada por su presencia. De repente el lugar se volvió menos silencioso, menos oscuro. Henria estaba allí. Ella la ayudaría, respondería a sus preguntas. Y luego este extraño hijo, de la misma edad que ella, o casi, le mostraría los establos y los caminos.

Aimée retiró de su cuerpo el edredón, sintiendo aún frágiles las piernas. El crepúsculo huía. Vio una puerta estrecha a la izquierda de la chimenea y adivinó fácilmente que se abría a otra habitación: la de Candre. Por lo tanto, no compartirían la cama todas las noches. Al otro lado de la habitación, frente a la chimenea, sus maletas estaban apiladas una al lado de la otra y, para su sorpresa, se encontraban abiertas. Parecían tres bocas grandes con lenguas blancas. Sin embargo, nada había sido tocado, desplegado o registrado. Aimée se arrodilló ante sus corpiños y la ropa blanca, metió las manos en el encaje y la lana cuyos brillantes colores contrastaban con los de la habitación. En el fondo de cada maleta, Josèphe había colocado pequeñas bolsitas de pétalos y almendras: el olor la regresó a la cama de su infancia, en el primer piso de la finca Deville, lo que hizo que se preguntara si volvería, algún día, a ver aquella habitación.

Un leve ruido la sacó de su reflexión: se puso de pie rápidamente y vio, a través de la ventana, bajo el inmenso roble, a Angelin regresando de los establos. Por un momento se quedó helada; Aimée retrocedió de inmediato, avergonzada, regresando a sus maletas donde el olor a almendras y flores moría con lentitud, mientras que en su garganta la poción de Henria persistía aún. Su paladar estaba asediado, sentía el sabor y el olor a menta y albahaca correr por su mandíbula, sus sienes y sus senos nasales. La cabeza le daba vueltas: quería estar lista para su marido, quien vendría en unas horas para esa primera noche después del matrimonio; sabía que vendría porque la ceremonia lo autorizaba e incluso lo obligaba a tomar su cuerpo de joven mujer.

Pensó, mientras se recostaba de nuevo, que todas las novias debían sentir, en sus cabezas y sus cuerpos, que flotaban de esta manera al adentrarse en nuevos lugares donde, por la noche, se unirían a sus esposos como a nadie jamás antes. Aquello tenía que hacerse y se haría.

Al día siguiente, cuando despertó con la cabeza pesada y el cuerpo cansado, el sol brillaba a través del ventanal.

En la sala, Candre esperaba leyendo el periódico; una leve sonrisa sobre sus labios emocionó a Aimée. Sobre la mesa, rebanadas de pan levemente untadas con mantequilla, tostadas en las orillas y cubiertas de miel, despertaron su apetito. El café humeaba. Su olor impregnaba la habitación desde la cocina. Una naranja descansaba sobre un plato de porcelana y una crema espesa, batida, decorada con una delgada galleta de limón, espumaba en un tazón de cerámica.

—Es exactamente el desayuno de mi infancia —murmuró Aimée.

Candre dobló su periódico, victorioso.

—Su madre me hizo una lista con lo que le gusta. Si desea algo más, Henria se encargará de ello.

Aimée se sentía hambrienta. Devoró el desayuno bajo la mirada divertida de su marido, quien, como de costumbre, comió poco. Un gran vaso de agua en el que nadaban pequeñas ramas de albahaca, y dos rebanadas de pan negro muy ligeramente tostadas.

—Me siento como si fuera una ogra —dijo ella con un bufido una vez que terminó su plato.

—Recupere sus fuerzas, las necesitará.

Candre se volvió un poco hacia la ventana. La luz lo salpicaba, sus párpados temblaban levemente, su cuello estirado le daba la apariencia de tener una cabeza desproporcionadamente larga y tranquila, como la de un pájaro a la orilla de un río, una garza atenta, al acecho.

—No vino usted anoche —susurró ella.

El silencio se instaló sobre la mesa, del otro lado se podía

escuchar a Henria en la cocina, mas nunca apareció.

—Usted estaba cansada. No habría sido conveniente. Ni para usted ni para mí.

En el reloj sonaron las nueve. Candre estiró los brazos, se frotó las sienes y abandonó la mesa, su mano se demoró dulcemente en los hombros de su esposa.

—Hasta luego, Aimée.

Cada semana, Candre reunía en la sala al leñador más viejo de su tropa y al más joven, así como a los guardabosques, al jefe de distribución, a su notario, al maestro aserrador del taller y al médico de Saints-Frères. Henria también participaba: servía, acomodaba todo después, guardando su distancia; escuchaba sin decir palabra alguna, a veces asentía con la cabeza, y miraba con atención y severidad cuando el amo le preguntaba, sin palabras, con una señal de la cabeza, su consejo.

La pequeña asamblea, muy tosca, contaba sus maderas, sus exportaciones, sus tablones, sus hectáreas, y estimaba compras tanto para la semana que terminaba como para la que recién comenzaba; también designaba las guardias, juzgaba a los nuevos trabajadores y las balsas empleadas en los arroyos para el transporte de los troncos. Además se aconsejaba reducir el ritmo de trabajo, pues el otoño sería rudo y los hombres necesitaban descanso.

En la primera reunión después de la boda, el más joven de los trabajadores explicó que a cincuenta kilómetros de distancia se podría instalar un campamento maderero para albergar a los reclutas en el lugar mientras duraba la tala. Candre lo escuchó con paciencia, interrogándolo después varias veces; lo que quería saber, particularmente, era cómo sería ese campamento, si las enfermedades afectaban a los jóvenes sin experiencia, si era probable que llegaran hasta su castillo hombres buscados por las autoridades; Candre insistía en que cada alma que se dedicara a su bosque no trajera consigo la «mala vida».

—Lo pensaremos —concluyó volviéndose hacia Henria.

La criada asintió. Giró sobre sus talones y, con aquel gesto, la reunión terminó.

Aimée nunca había visto tantos hombres de condiciones y cuerpos tan distintos. Hasta ahora se había codeado con la fragilidad de su padre y el ímpetu de su primo. Por lo general se hablaba a sus espaldas, pero Amand y Claude la protegían de todo, ella era la hija y la prima, la heredera y la amiga de sangre. La llegada de Candre a ese restringido mundo le produjo un delicado temblor. Era tan fino de cuerpo y de habla, tan femenino en el cuidado que ponía en su atuendo. Tan poderoso con la herencia que manejaba, con los hombres que dirigía, en los bosques que talaba con el hacha de su apellido. Amand tenía razón: el heredero no era un hombre del bosque ni de la guerra. Aimée tampoco lo habría descrito como un hombre de negocios: se movía entre sus trabajadores y su criada con una naturalidad que todos respetaban.

De vez en cuando Angelin, que nunca entraba a la casa, cruzaba el jardín por la izquierda y se deslizaba detrás de la casa: ella no podía distinguir su rostro, no escuchaba ni su voz ni sus pasos; él habitaba allí sin ser visto, como un animal. Henria no pronunciaba su nombre y Candre no hablaba del joven que vivía en sus dominios, ambos criados por la misma mujer. Eran hermanos de lugar: Angelin, hijo biológico de Henria y Léonce, había nacido en el pabellón de caza tras la muerte de Jeanne Marchère. Henria había criado a los dos niños, al huérfano y a su propio hijo, pero no de la misma manera. Uno dormía en el castillo, el otro en casa. Uno recibía clases de un tutor, el otro rastrillaba los establos. Nunca jugaron juntos. Cuando Candre le hablaba, Angelin bajaba los ojos; el amo buscaba su mirada pero el hijo de Henria se encerraba en sí mismo. La madre lo llamaba con presteza, lo reprendía, lo empujaba. Tenía gestos con su hijo que se prohibía con el heredero.

En las raras ocasiones en que Aimée había visto al chico, Angelin vagaba entre los macizos de plantas, se escondía, invisible, inaudible; su presencia en la iglesia había sido su único momento juntos. El hijo de Henria pertenecía a un mundo subterráneo y su cuerpo se parecía a la noche. Podía sentirlo pesando sobre la finca entera, pero aun así se apartaba de su toque.

Aimée recibía a los hombres de Candre cada semana y, a medida que pasaba el tiempo, ellos le manifestaban algunos gestos sencillos y honestos: la saludaban con un gesto de la mano, los

más valientes lo hacían tocando sus gorras. Una joven así era toda una novedad tras la muerte de la señora Aleth. Así que tenían cuidado de no molestarla, pero nadie, aparte de Candre y Henria, le dirigía jamás la palabra. Esos hombres, reunidos al centro del verde prado donde campeaban tormentas y heladas, esos hombres, a pesar de la novedad de sus voces, de sus miradas, no le causaban ninguna emoción: le parecían entretenidos, pero no la perturbaban. No ocurría nada en ella: su cuerpo, tan hermoso con sus vestidos, no respondía a las tentaciones del deseo. No sentía el ardor, no comprendía las señales. Escapaba de las redes que le arrojaban; pronto la procesión de varones bajo su ventana se convirtió en una mera distracción. Al cabo de un mes el cuerpo de los hombres era para ella algo tan irrelevante como un rosal, un insecto o un color del cielo. Una costumbre alegre, un espectáculo continuo en la superficie de sus emociones como un gran nenúfar con hojas planas, cuya flor luchaba por florecer.

Candre llegó a su habitación cuatro días después de que ella llegara a la finca.

Aimée se preguntaba cuándo sucedería por fin: su ausencia después de la primera noche la había sorprendido. Hasta que empujó la puerta, ella había imaginado que no la deseaba, que había cometido alguna equivocación durante aquellos primeros días, sin saber cuál era.

Cuatro noches sola, en esa enorme cama cubierta por cálidas mantas. La ventana permanecía abierta: al anochecer, el viento soplaba sobre el parqué, removía el edredón, envolvía a Aimée cuando leía, recostada en su diván. A veces imaginaba que los árboles aguardaban a que cayera dormida para refugiarse en el interior y huir al amanecer. Aimée se había acostumbrado a los aromas del bosque y ahora los encontraba incluso tranquilizantes; como uno se acostumbra al perfume de una madre o de una nana, la colmaba aquel invisible río. El aire parecía haber reposado desde siempre en ese macerado de hierba y corteza. En los días de tormenta el olor le provocaba mareos, fatigaba los músculos, confundía las ideas. Las noches pasaban rápido y Aimée se quedaba con la sensación de no haber conocido nunca otro aroma que aquel de los pinos, y todo su cuerpo se estremecía con lo que el bosque dejaba tras de sí. Estaba embarazada del bosque. Pero Candre no llegaba.

Apareció la víspera del cuarto día. Vestido con una bata de color rojo oscuro —el mismo de las grandes «M» marcadas en los troncos de los árboles—, cerró la puerta tras de sí. En su cama, Aimée se enderezó con las piernas apretadas contra el cuerpo. Candre esperó frente a la chimenea a que le dijera alguna palabra

para acercarse. Junto a ella, desató la tela púrpura que le ceñía la cintura: vestía debajo una camisola muy fina de manga larga, como las que usaban las gimnastas en la feria, debajo de la carpa, y un pantalón largo que le llegaba hasta los tobillos. Aimée veía de su cuerpo solo los tobillos, los pies estrechos, las clavículas. Bajo aquella blanca ropa para dormir, su piel se veía más oscura, como si el sol le hubiera pasado por encima. Él se deslizó contra ella.

—No quiero que se asuste —susurró sin tocarla.

Tumbado de costado, con la cara vuelta hacia ella y el brazo por debajo de la almohada, la miraba como aquel primer día en la finca Deville.

—¿Por qué no vino ayer? ¿O anteayer?

—Pensé que necesitaba acostumbrarse a su nueva casa y a su nuevo lecho.

—Aún necesitaré algo de tiempo —dijo—. Todo aquí es muy diferente.

Candre suspiró. Aimée pensó que se iba a levantar de la cama, pero para su sorpresa, pasó la mano por debajo de la manta y acarició la camisola: desde el abdomen subió hasta el pecho, con la punta de los dedos, hasta los hombros. Recorría el cuerpo de su esposa observando el trayecto de su propia mano, sin insistir, pero sin retirarse. Aimée no se movió: estaba petrificada, no sentía placer ni disgusto; al igual que él, miraba la palma que se deslizaba sobre la tela como un barco fantasma. Entonces Candre se acercó con brutalidad: Aimée sintió contra ella su vientre plano, el torso que chocaba contra sus brazos, obligándola a girar. Contra su espalda, los hombros de su marido parecían más musculosos. Abriendo los brazos, envolvió el pecho y cuello de su esposa, sin violencia pero con firmeza, y su mano, que seguía corriendo sobre Aimée, atrapó la camisola y la jaló por encima del ombligo como si fuera una cortina.

Así que eso era todo, un hombre con una mujer. Aimée recordó al caballo y la yegua, recordó el aliento del primo en su cuello. Candre no era en absoluto un animal violento. La sostenía, pero se tomaba su tiempo: no podía verlo a los ojos, podía sentir en su cuello que abandonaba a la boca de su marido sus cabellos, sus labios, su nariz. Las piernas de Candre se habían enredado entre las suyas, luego separó sus muslos, tratando de enterrar su sexo en el de su esposa, cerrado. Un jadeo de dolor sacudió a la joven pero él no se detuvo, su mano libre seguía rodeando el pecho de Aimée. La acicateó sin decir una palabra. Cuanto más daba contra ella, más sentía ella su sexo cerrarse

como un molusco ante la violencia de las olas. Pronto, Candre soltó los senos de su mujer, se subió el pantalón hasta el sexo y se volvió de costado, con las mejillas ligeramente enrojecidas por el esfuerzo. Derrotado y con el rostro deshecho. Aimée no se atrevió a moverse. La habitación estaba tan silenciosa, la luz era tan tenue, nada se movía excepto el pecho de Candre debajo de su camisola.

—Lo intentaremos de nuevo mañana —dijo mientras dejaba en el cuello de Aimée un beso rápido y seco—. Duerma bien.

Luego se deslizó fuera de la cama y se puso la bata. La puerta que conectaba ambas habitaciones crujió suavemente y, sin embargo, Aimée aguardó a que su sexo se relajara en torno a su vientre, a que la silueta de Candre, impresa en las sábanas arrugadas, desapareciera. Después de un largo rato, se permitió retomar finalmente su lugar en el centro de la gran cama, la cual compartía con su esposo solo para ser penetrada y darle un hijo.

Dos emociones la mantuvieron despierta toda la noche: el alivio de tener un lugar para sí que podía ocupar sola, y la angustia por no querer que ese hombre, ni ningún otro, la tomara de nuevo, y por tener, muy pronto, que sufrir por la obligación de hacer el amor, sin deseo y sin pasión.

Después de su primera tentativa, él regresó a «intentarlo de nuevo», en la misma posición, vistiendo esa ropa que ocultaba su piel, con el mismo olor. Fracasaron de nuevo y él volvió a salir de la habitación sin violencia ni vergüenza, sin decir nada esta vez. En el desayuno siempre se mostraba cordial. La joven pareja compartía el café y las rebanadas de pan, y todas las veces sus ojos se perdían en los arbustos del jardín. Cuando se levantaba para ir a su despacho, Candre besaba a su esposa en la frente, apretándole el hombro o la nuca. Todos los días tenía para ella un gesto sincero y cariñoso que la sorprendía, puesto que parecía muy distante y lejano el resto de la jornada. Por la tarde, rara vez se encontraban. Candre no tenía preocupación alguna: en este lugar ella no escaparía. Henria, a la hora de las comidas, servía; por la mañana limpiaba las habitaciones, por la tarde se quedaba en la casa si el jardín no requería su cuidado. Aimée no hablaba con ella. Curiosamente, desde su llegada las cosas se hacían con naturalidad, no tenía que buscar, indagar, pedir. Todo permanecía en su lugar natural y, si la distancia del mundo de su infancia a veces le provocaba sueños oscuros, cada mañana se sentía orgullosa de sí misma, en el centro de un nuevo universo, protegida por un marido que no bebía, que no maldecía. De vez en vez, cuando se asomaba por la ventana de su dormitorio antes de cenar, podía ver a Angelin al pie del roble; él nunca volvía la cabeza hacia el primer piso, pero estaba allí, sumido en sus pensamientos, con el pelo rizado atado detrás de las orejas, su silueta de frente al jardín. El resto del tiempo, ella no veía a nadie. Ni en la casa ni en el pasillo, ni siquiera en las caballerizas, a donde iba muy poco, aterrorizada por el tamaño de los caballos y por el vapor que exudaban sus cobertores, como si fuera humo, por el esfuerzo. Aimée no hablaba con nadie más

que con Candre.

Aquel domingo, después de veinte días de intentos nocturnos, su esposo estaba preocupado. Su cabello limpio brillaba, una vena en su frente palpitaba con fuerza.

—No se encuentra a gusto aquí —dijo mientras ella lo miraba, estupefacta.

—Candre, se equivoca.

—No creo estar equivocado.

Quiso levantarse, pero se conformó con volverse hacia ella. La expresión de tristeza que Aimée pudo leer en sus ojos la sorprendió. Lo que había tomado por ira no era más que un dolor oculto que sin duda alguna sentía desde hace días.

—Candre, le aseguro que me encuentro de lo más a gusto aquí. Se lo dije antes de casarnos, nunca conocí a hombre alguno.

Estas palabras parecieron aliviarlo. Respiró hondo, como si descendiera a las profundidades de un lago oscuro. Su frente se volvió tersa de nuevo. La boca inmóvil. Cuando volvió a la realidad, Aimée le suplicaba con los ojos.

—Deme un poco de tiempo, lo conseguiremos.

—¿No le agrado?

Ella se sonrojó.

Su primo Claude, de dieciocho años, usaba ese tipo de frase cuando Aimée se negaba a acompañarlo al estanque, cuando sacudía las sábanas de su cama; Claude adoptaba un aire tonto, torcía levemente la boca y decía con voz de chiquilla: «¿Entonces no te agrado?». Su prima se echaba a reír. En boca de Candre, esas mismas palabras parecían muy vulgares. Aimée nunca hubiera pensado que un hombre piadoso, un hombre que no ensucia la servilleta, que jamás insulta y que no monta a caballo, podría preguntarle a una mujer si le agradaba. Justo en domingo, antes de la misa. Sin embargo, él esperaba una respuesta, muy digno frente a su desayuno, aseado y ya vestido mientras Aimée todavía estaba en bata.

—No sé cómo explicarle eso —dijo ella finalmente, sonrojándose.

—Inténtelo de todas formas.

No podía explicárselo porque no sabía nada al respecto. En verdad, cuando él llegaba a su habitación, ella le suplicaba a su cuerpo que se abriera, que lo dejara deslizarse dentro, aceptando de antemano el dolor que vendría, aquel dolor que no la impresionaba ni la asustaba. ¿Entonces qué era? Bajo los dedos,

el vientre y el sexo de Candre, el vientre y el sexo de Aimée se ponían tensos. Sin importar que le rezara a un dios sin rostro para que finalmente pudiera sentirlo dentro, sin importar que pusiera todo su corazón en ello, repitiéndose mil veces que lo quería, a ese marido, por el que se sentía atraída desde sus primeros encuentros, que le había «agradado», sin importar que hubiera aceptado todo, la posibilidad del dolor y quizá, menos probable, la del placer, los asaltos de un cuerpo que no era el de un enemigo, el aroma a pino en aquel momento en que debiera percibir el perfume de su marido, todo era en vano.

—No lo consigo.

Sus labios se crisparon.

—Quiero decir, hay algo, en mí —señaló con el mentón hacia su vientre, colocando sus dos puños sobre la bata— que no puede. La culpa no es de usted.

Candre tomó la servilleta que descansaba en su rodilla y se limpió la boca. Afuera, la luz se elevaba sobre el bosque: los halcones daban vueltas sobre el jardín y desaparecían, daban una vuelta y volvían a desaparecer, perdiendo la mirada de aquel o aquella que los admiraba.

—Aimée, en casa de sus padres, ¿era feliz?

—Sí, creo.

—¿Qué era lo que la hacía feliz allá? Aparte de la presencia de sus padres y de su primo, ¿qué la tranquilizaba?

Un sonido de cristales rotos sobresaltó a Aimée. Desde la cocina, Henria gritó un «lo siento, señora; lo siento, señor». Se había roto una taza. Su voz sacó a Candre de sus pensamientos, haciendo que emergiera como un pez jalado por un pescador.

—¿Qué hacía de niña para entretenerse?

Aimée se sumergió en sí misma. Vio a sus padres en la sala, en la terraza, en el jardín. Sintió el perfume de su padre, recordó que Claude había intentado, una vez, rociarse con él y aquello había resultado en amplias marcas rojas en su cuello, las cuales quiso ocultar con un pañuelo de flores. Amand se había reído tanto aquel día. Extrañaba a su familia. Desde su llegada pensaba en ellos, les escribía, se preguntaba cuándo vendrían a almorzar. Candre no parecía oponerse a su visita, mas ella nunca se lo había pedido, pero aquí, en esta hermosa y fresca mañana, las querellas de su primo, los silencios de su madre y la silueta encorvada de su padre le parecían sumamente distantes, de otro mundo.

—¿Aimée?

—Hasta los catorce años solía tocar la flauta.

—Oh.

Una sonrisa, casi imperceptible, cambió los rasgos de Candre.

—Mi madre tocaba el piano cuando yo era chico —dijo, señalando con la mano el espacio detrás de él.

Aimée comprendió que su padre, o él mismo años más tarde, había decidido deshacerse del instrumento que estorbaba en su memoria y en la habitación.

—Haré venir a una profesora —declaró él, poniendo la servilleta sobre la mesa—. Es momento de que se prepare, Aimée, saldremos para la misa en treinta minutos. —Luego se volvió hacia el jardín—. El clima es hermoso. Podríamos llevar la calesa. Los caballos están listos, Angelin los conducirá a la entrada para que nos esperen.

Era la primera vez que decía aquel nombre en presencia de su esposa.

—¿Él vendrá con nosotros? —preguntó ella, un poco sorprendida.

Candre negó con la cabeza. De nuevo estaba en otra parte, con la nariz contra el cristal, su bello rostro bañado por la luz. Aimée se puso de pie y cruzó la sala para subir a vestirse, pero antes de salir de la habitación dijo:

—¿Podrían venir mis padres a almorzar uno de estos días? Los extraño.

Él asintió suavemente, sin expresión de molestia o severidad. Aimée sintió que se abría su corazón: subió ágilmente los escalones, los rayos del sol ahora se derramaban por el pasillo como si alguien hubiera soltado sobre el parqué una cortina en llamas.

En su dormitorio, sobre el diván, Henria había dejado un largo vestido azul, dos enaguas de encaje. Un chaleco de lana gris y un cuello alto con solapas doradas completaban su atuendo para la iglesia.

—¿Necesita ayuda?

Henria abrió la puerta, los brazos ocupados con los blancos. Bajo el montón de sábanas y mantas, su cuerpo desaparecía, solo asomaba su cabeza.

—Lo siento, no quise asustarla. Puedo ayudarla a vestirse, aún le falta bastante —la reprendió.

Aimée aceptó su ayuda. El vestido era demasiado pesado.

Josèphe y Amand la habían acostumbrado, desde muy pequeña, a vestirse con ropa abrigadora pero liviana, lo que le permitía libertad de movimientos, correr, hacer caminatas interminables. Hasta que cumplió los veinte, nunca se había sentido sofocada por sus vestidos. Josèphe no le exigía que doblase las faldas y los cuellos, en el invierno se encendía la chimenea, en el verano se abrían las ventanas. Aimée no había conocido el dolor de un corsé, sus manos no usaban guantes, su cuello no tenía estola alguna y su cabello, recogido de manera muy sencilla, flotaba suavemente alrededor de su rostro. En la propiedad de los Marchère la casa era más fresca, el guardarropa más grande, y su esposo, si bien no le pedía ni le imponía nada más que el bosque, prefería que usara, para la iglesia, aquel vestido caliente y largo, que arrastraba tras de sí como si fuera un obispo. La capilla, incluso en verano, era helada. Así que los domingos el arreglo era más prolongado, la ropa sofocaba su cuerpo que no se abría, aun cuando ella le pedía a Dios que le concediera un hijo, al menos uno, para que las cosas fueran como debían ser: simples y acordes al curso natural de los hombres y

las estaciones.

Henria la vistió rápidamente. Desnuda frente a su amplio cuerpo, Aimée se sentía como una niña pequeña a la que se bañaba por vez primera. La criada pasaba las telas, alisaba las faldas, ajustaba el vestido con ademanes seguros.

—Qué bueno que está usted aquí —dijo Aimée sonriendo mientras se miraba de frente en el espejo.

Se encontró diez años más vieja.

—Está usted lista —murmuró Henria.

Recogió la ropa sucia a los pies de Aimée. La joven esposa, mirándola hacer las cosas sin dificultad, sin quejarse, recordó que dos años antes habría ayudado, vestido y preparado a otra joven para la misa dominical. Aquel pensamiento la aterrorizó. Sin embargo, Aimée no tenía nada que temer de Aleth ni de su fantasma. Desde su última conversación antes de la boda, Candre no había mencionado su nombre ni su presencia, pero allí, tan erguida y hermosa con su vestido para la iglesia, Aimée sintió que el peso de acontecimientos lejanos, a pesar de todo, la alcanzaba.

—Henria, ¿acaso Aleth usaba un vestido como este?

La criada se quedó inmóvil frente al espejo con los brazos llenos. Recorrió con los ojos el cuerpo de Aimée como se evalúa el valor de una yegua, su peso, su aspecto, su capacidad para parir. Lo que costó y lo que valdría. Sus ojos calculaban más que admiraban. Un cuerpo más para alimentar.

—Es una pregunta extraña, señora.

Aimée se sonrojó.

—Lo lamento.

—No importa. Todo aquí es nuevo para usted. Aleth solía usar un vestido del mismo color, pero no tan acinturado. —Luego se alejó, llevándose su bagaje—. Es hora de partir, señora.

Abandonando la habitación y su reflejo, Aimée puso ambas manos sobre su cintura y no la soltó hasta que regresaron de misa.

El martes siguiente, Candre anunció que la primera lección de música se llevaría a cabo dos días más tarde.

El señor de la casa encontró rápidamente una profesora de flauta: Émeline Lhéritier había sido admitida hacía dos años en el personal de enseñanza del conservatorio de Ginebra. Recomendada por los mejores, no enseñaba fuera de su aula, pero para la familia Marchère podía hacer una excepción. Pertenecía a una buena familia, su padre era músico también, un pianista reconocido en toda Europa, establecido en Suiza desde el nacimiento de su hija. Ella había escogido la flauta traversa y muy pronto, a los doce años, tomó además lecciones de solfeo, de teoría musical y de rítmica con su padre, y se integró en el Conservatorio como profesora diez años después. Un éxito. Desde entonces solo había enseñado a niñas y mujeres jóvenes. Vivía por la música, para la música, no se le conocía marido y tenía buena reputación. Se perfilaba como una alma gemela a largo plazo.

Había sido recomendada por el notario de Candre, cuya sobrina asistía a los cursos de la señorita Lhéritier. Las lecciones comenzarían pronto. Eran necesarias dos horas en carruaje para llegar al lugar. Por lo tanto, viajaría cuatro horas todos los jueves, llegaría por la mañana y se iría al comienzo de la tarde, después de una hora y media de práctica en la pequeña sala de música que Henria había limpiado desde que supo la noticia. Aimée no sería instruida en la sala principal: el paisaje, las idas y venidas de la criada, la reunión semanal de los hombres de Candre impedirían la buena realización del curso, así que él hizo que se acondicionara esa sala de música donde su propio padre había recibido lecciones durante toda su infancia y adolescencia. Era una habitación que parecía adosada a la casa, los muros tan

blancos que lo hacían a uno parpadear, pobremente amueblada con dos pupitres, un pequeño escritorio de madera y un pizarrón negro. Dos ventanas daban al pequeño andador detrás de la casa. Hacía más calor allí que en el primer piso. Abrumado por la mansión, con techos más bajos y paredes más gruesas, el lugar se calentaba rápidamente.

Aimée escuchó a su marido explicárselo todo con su voz tranquila y firme, el cuello erguido, las manos sobre las rodillas donde su impecable servilleta permanecía alisada sobre los igualmente impecables pantalones. En cuarenta y ocho horas Candre había hecho los arreglos necesarios, todo estaba acordado, entendido, pagado; Aimée no podía creer lo que escuchaba. Él tomaba decisiones como uno toma un tazón de un armario, con la misma facilidad y energía. Aquel día, su esposo le pareció un hombre tanto de hechos como de palabras. Mejor aún, había comprado un instrumento allí mismo, en Ginebra. Émeline lo traería consigo, Aimée tendría tiempo, entre una semana y otra, para familiarizarse con él.

Al fin esperaba el encuentro. Algo iba a ocurrir. Una novedad bien delimitada y consentida por su marido. La promesa de esa lección de música era un regalo. Aimée se sentía llena de alegría tanto por la amabilidad de Candre —quien había desembolsado, sospechaba, una buena suma para que una persona de esa categoría fuera hasta ahí— como por lo que imaginaba acerca de esa hora y media. La estaba recompensando: traía a esta casa, a este lugar ocupado por seres que no salían o lo hacían muy poco, un alma nueva, si bien temporal y remunerada, pero Aimée percibía en esa decisión el amor que sentía por ella. Habría querido darle las gracias, pero él parecía apenado, sus manos entrelazadas como las de una niña frente a un regalo de Navidad. Candre se puso de pie, depositó dos besos muy suaves en su frente y labios, y antes de regresar a su despacho, le susurró al oído:

—Debe ser feliz. Y también el niño que llegue.

Luego la dejó allí, en aquella luz a la que se había acostumbrado. Ya no se protegía los ojos, ya no giraba su silla, ya no cambiaba de lugar. El sol la quemaba mientras las palabras de su marido calaban en ella: eso era lo que le importaba, la felicidad y el niño. Hasta ahora no tenía ninguna de esas dos cosas.

Había subido con agilidad. Sin ayuda. En las sombras, el cochero no distinguió nada más que una figura envuelta en un largo abrigo azul marino, con forros lo suficientemente gruesos como para protegerla del frío que recorría la región hasta principios del mes de mayo. Subió a la cabina con dos maletas en una mano y dos estuches largos de madera y metal de los que no quería separarse. Una estola de lana cubría su cuello, enrollada con firmeza en el cuello de su abrigo. Una capucha descendía sobre su cabello castaño recogido hacia atrás en un chongo apretado, sin rizos; tenía ojos grandes en medio de un rostro decidido, con rasgos marcados por la fatiga.

Salieron de Ginebra a las seis en punto. Desde la ventana del carruaje, Émeline Lhéritier observaba cómo el sol perseguía el vehículo por la pequeña ruta que se estrechaba más y más. A medida que el sol ascendía entre las cimas, Émeline, sentada con la espalda recta, trabajaba mentalmente en sus futuras clases: Candre Marchère había enviado a uno de sus empleados cuatro días antes para convencerla de ir a impartir lecciones a Francia, a una joven que no había practicado la flauta desde que tenía catorce años. Le iban a pagar, por menos de dos horas de clase a la semana, el equivalente a un mes de salario en el Conservatorio. El viaje sería largo y desagradable, pero Émeline quería conocer a esa familia tan apegada a la música que venía a buscarla desde tan lejos, cuando buenos maestros en Francia podrían haber entretenido a una esposa aburrida con su monótona vida. Aceptó con la condición de que pudiera interrumpir las clases si lo consideraba necesario. Todo esto se había acordado en el vestíbulo del Conservatorio, donde un asistente le entregó —de antemano y en agradecimiento por su pronta aceptación— un primer mes de sueldo. La había hecho

llevar consigo un instrumento destinado a la joven; una flauta traversa nueva, Boehm, de metal y de excelente manufactura.

Ahora el instrumento en la caja se apoyaba contra su muslo, en el asiento. Émeline se había quitado la capucha y desatado su estola. Su garganta, marcada por una veta rosada, se henchía y se vaciaba.

Gracias a la reputación de su padre le habían concedido en el Conservatorio un puesto y una sala en el primer piso, al final de un largo pasillo. Enseñaba la flauta a jóvenes alumnas de primero y segundo año, que no eran muy numerosas. Ahí llegaban una tras otra las adolescentes de familias burguesas, enviadas por sus padres para agasajar a los invitados durante las veladas sociales o las comidas familiares. Las jóvenes capaces de dominar un instrumento, generalmente el piano o la flauta, solían encontrar marido con mayor facilidad. Las buenas alumnas serían buenas esposas y, en su mayoría, ya casadas abandonarían el instrumento, y empujarían a su vez a sus hijas a aprender música como se aprende a multiplicar, a montar a caballo, a leer en voz alta novelas moralizantes. Émeline sabía que debía su talento y su trabajo a su padre. Había heredado de su progenitor la misma fuerza, pero a diferencia de él, no presionaba a sus alumnas. Sus discípulas eran como hijas: para ellas la música aparecía a lo sumo como un placer, añadía una virtud adorable a esas madres en las que se convertirían. El Conservatorio de Ginebra había abierto su primera clase destinada a niñas el día de su llegada: ella debía educar a dichas jóvenes. La práctica de la flauta traversa, en un mundo donde la mayoría de las mujeres no tenían acceso a este instrumento, les exigía ser más prudentes, más rectas y en ocasiones más piadosas que cualquier otro alumno del establecimiento. Severa en su apariencia y en sus gestos, Émeline usaba medias negras, zapatos sin tacón. Su cuello parecía separarse de su busto porque mantenía la cabeza erguida. Cuando tocaba, su instrumento trazaba una línea de metal entre ella y el mundo.

Émeline vivía en el tercer piso de un edificio ocupado por miembros de su familia. Por la mañana se encontraba con su padre en las escaleras: él ensayaba todos los días en otro lugar donde había varios pianos, con habitaciones vacías y luminosas de altas ventanas con postigos para no dejar que la luz del día y su calor estropearan los instrumentos. Émeline había pasado así toda su vida: la penumbra, el cuidado de las maderas, las cuerdas

y los metales, los ejercicios musculares para los dedos, para la mano, para la muñeca, los hombros que deben mantenerse rectos y las mandíbulas que deben ejercitarse a la hora de dormir para evitar los calambres. Toda su vida, hasta el momento de la propuesta de Candre, había sido un ejercicio repetido cada día. A ella solo le interesaban sus alumnas, les daba tanto tarea de gimnasia para la espalda, el cuello y los brazos como partituras para descifrar. Sus métodos eran aceptados solo porque eran una copia de los de su padre: en otras circunstancias, que una joven pidiese a sus alumnas que se tumbaran de espaldas por la noche y extendieran los brazos y las piernas tanto como les fuera posible mientras imitaban, en sus propias palabras, «un descuartizamiento», habría sido sancionado. Físicamente, se parecía a lo que su instrumento había hecho de ella: caderas, cintura y boca estrechas, cabello jalado hasta alargar su frente, mejillas altas y dos grandes ojos helados, de un gris pétreo y metálico. Cuando hablaba, su voz sorprendía a sus interlocutores: era muy profunda para una mujer, casi masculina. Sin embargo, no había en ella rastros de agresividad: su discurso era claro y profundo. Debajo de aquel pecho, más bien plano, un animal salvaje despertaba cuando hablaba y el timbre, tan serio, agregaba a su leyenda una línea adicional.

Esta clase particular, lejos de su salón de clases, de su edificio, de su padre tan presente, le parecía un día de vacaciones en medio de sus ajetreadas semanas. El largo trayecto, la preparación distinta a la de sus lecciones habituales, la atención en una sola alumna, joven y rica, todo habría hecho pesado el día, el cuerpo y la mente de otra profesora; sin embargo, a ella, desde que aquel asistente se presentó en el vestíbulo del Conservatorio, este curso le había parecido un juego; y ya que una mujer se aburría en una finca en medio del bosque, a ella le pagarían mejor que en cualquier otro lugar, y además podría ver el campo.

Durante el viaje imaginó a su padre, cuando tenía su edad, viajando por toda Europa, aclamado por sus mayores, envidiado por sus pares, recibiendo flores y aplausos en salas rojas y doradas donde el asiento resultaba tan caro que era ocupado por largo tiempo. ¿Ella? Había salido de la ciudad al amanecer, en la parte trasera de un carruaje tirado por dos enormes bestias cafés que perfumaban la cabina. Los animales se esforzaban alejándose de las ciudades, hacia el vientre de la tierra, mientras el sol luchaba por perforar el escudo de las hojas, y en la ruta a través

del Bosque Dorado no se había cruzado con nadie ni visto otros caballos. Por un instante consideró que estaba dejándolo todo, que su vida tomaba aquí un sentido absurdo, que sin duda era necesario pedirle al conductor que diera media vuelta, que solo se trataba de un sueño extraño, una pausa que se le había ofrecido, pero era hora ya de volver a la vida, al aula, a las estudiantes adineradas de las grandes familias de Ginebra, ya era hora de detener este viaje, que hacía envuelta en su abrigo de lana, hacia un hogar desconocido.

En una parada al costado del camino dejó que el aire entrara en la cabina. El frío inmediatamente marcó sus mejillas, acentuando su redondez; luego descendió de un salto, ambos pies firmes sobre el suelo helado, duro como el parqué de su salón de clases. El cochero llevó a las bestias, tras retirar las bridas, a un pequeño abrevadero; sus redondos vientres temblaban bajo el frío, tanto que sacudían sus cabestros y su pelaje brillaba por el sudor y la luz de la mañana naciente. Sola en medio de un camino sinuoso que, en el horizonte, parecía terminar en el corazón de un gran sol rojo, Émeline se quedó allí con la cabeza en alto en la fría mañana. Por un momento se vio a sí misma desde arriba, una mujer que no tenía nada que ver con los pesados caballos y el denso bosque, y algo en su interior, probablemente un vestigio de obediencia infantil, se derrumbó en el silencio de los pinos, algo que venía de lejos y poseía gracias solo a la fuerza del Conservatorio y de su padre. La decisión de emprender el viaje la desconcertó: las lecciones del pasado, el aula y las alumnas modelo se iban desvaneciendo mientras el carruaje se hundía en el otro lado del valle, donde el horizonte no se parecía a nada que hubiese conocido antes.

Antes de llegar al alto portón de los Marchère, Émeline se había quedado dormida. La parada súbita del coche la sacudió y, cuando se abrió la puerta, apareció el enorme cuerpo de Henria: antes de que pudiera decir una palabra, la criada la invitó a que descendiera.

En Ginebra las calles eran anchas, los abrigos largos y el sol quemaba las fachadas. Aquí le parecía que los hombres se empequeñecían bajo las ramas, que los árboles rozaban la casa como animales salvajes olfateando una presa. La sensación de libertad que había sentido en el camino se desvaneció, y el

profundo y apremiante deseo de someterse a ese lugar la inundó.

—Sígame, señorita. La señora la espera en la sala de música.

Tomaron un atajo por el jardín. Los zapatos de ciudad resbalaban sobre el césped todavía húmedo, los rosales atacaban con sus espinas el abrigo y, cuando las dos arribaron a la terraza, Angelin apareció en la esquina de la casa, escurriéndose frente a ellas como un gato que acabara de dar caza a un ave, pero en su recorrido le lanzó a Émeline una mirada insistente.

—Es mi hijo. No se preocupe, no es malo. Aparece de vez en cuando por aquí. No tiene nada que temer, no le dirigirá la palabra.

—No estoy preocupada —resopló Émeline mientras entraba en la salita.

Henria caminaba con rapidez. La joven no tuvo tiempo de admirar los sillones elegantemente tapizados, que habían sido girados para tomar el sol en la terraza. Para seguirle los pasos a la criada iba trotando y sus tacones planos sonaban como cascos. Grabó en su memoria el trayecto hasta la sala de música, una pequeña pieza blanca en el interior de la casa, lejos de cualquier mirada, al final de un pasillo con baldosas rojas. Las paredes de ese lado de la finca no tenían cuadros ni armas, ni cabezas de presas de caza. Nada de madera. Eran claras y desnudas, frescas, las pequeñas losas ocre del piso acentuaban la blancura, y cuando Henria abrió la puerta de la sala de música, Émeline tuvo que parpadear, deslumbrada por aquel violento blanco.

—Lo siento, siempre tiene un efecto extraño al principio. Ya verá, pronto se acostumbrará.

Émeline se frotó los párpados con las mangas, detrás de ella la criada cerró la puerta y de repente una sombra cubrió la luz

del día: Aimée había cerrado los postigos hasta la mitad.

Su profesora la encontró muy frágil. Tal espalda no soportaría un embarazo, pensó de antemano. La alumna, volviéndose hacia Émeline, le ofreció una amplia y sencilla sonrisa. Era una chica joven.

—Me alegro mucho de que esté usted aquí —dijo.

Se sentó en la silla frente al pupitre. Se mantuvo erguida; su busto era escaso; sus hombros, en su vestido con escote, formaban dos ganchos a cada lado de la nuca. Llevaba el pelo recogido: Émeline examinó rápidamente su cuello, muy blanco, sin marcas ni imperfecciones. Le quedaba aún de sus cursos de infancia una postura, la pierna izquierda ligeramente desplegada y el vientre contraído.

—Cuando era pequeña, ¿aprendió a tocar de pie o sentada?

Émeline ensambló los instrumentos. Podría haber hecho mil preguntas sobre esta o aquella parte del instrumento, sobre las piezas que Aimée conocía, pero supo, al ver a esa joven tan perfectamente vestida en esa habitación de pálidos muros, que había aprendido y retenido sus lecciones. En la alegría de su alumna, en su voz donde el entusiasmo por la novedad se entremezclaba con la emoción de los recuerdos de infancia, Aimée esperaba de ella algo que su profesora no estaba acostumbrada a dar: un refugio.

—Sentada. Pensé que esa era la manera en que debía hacerse.

Émeline se acercó a ella y apartó las sillas.

—Conmigo estará siempre de pie —dijo, colocándose a su espalda—. Le enseñaré, primero, a tocar sin instrumento.

Sorprendida, la señora Marchère quiso darse vuelta pero sintió, en la base del cuello, los dedos de Émeline hundirse en su piel. La presión la obligó a mantener la cabeza erguida y en alto. Con la otra mano, la profesora presionó con más fuerza, haciendo que la alumna jadeara levemente.

—Muy bien. Aprende con rapidez.

Con dos dedos en su nuca y la palma de la mano en la columna, se deslizó hacia arriba. Aimée echó hacia adelante el pecho; la mano de Émeline se hundió en ella, la presión de sus dedos y muñeca la mantuvo, en medio de esa pequeña habitación blanca donde la luz luchaba por pasar a través de los postigos, inmóvil y severamente fija. Sintió que la presión liberaba su cuello y aquellos dedos se movían hacia abajo entre los omóplatos; se permitió un largo suspiro que su profesora interrumpió presionando, de nuevo, donde su espalda se había

relajado ligeramente. Aimée se enderezó de inmediato.

—Debe aprender a mantener esta posición. Su espalda se hará más musculosa, más fuerte. Todo su cuerpo, de la cabeza a los pies, sentirá y llevará consigo la música. Hará este ejercicio durante el día, mañana, tarde y noche.

—Entonces me dejará tarea.

Aimée no podía ver el rostro de Émeline, pero se atrevió a imaginar que una sonrisa le cruzó el rostro y que aquella sonrisa, invisible y oculta, triunfaba sobre su dolor.

—Sí, es tarea. Pero ya no es usted una niña.

—Por supuesto.

Émeline dejó que sus manos cayeran sobre su vestido. El cuerpo de Aimée parecía no pesar nada sin sus dos soportes. Se volvió: la joven temblaba por la tensión en los nuevos músculos, que corrían desde sus sienes hasta sus muslos.

—Me siento fatigada.

—Es normal. La he maltratado un poco. Si hace los ejercicios, en una semana se sentirá mejor.

Los dolores tranquilizaron a Émeline: tenía entre las manos una tierra nueva y maleable, la cual trabajaría todos los jueves tal como se prepara una obra pensando en su ejecución. Aimée resentía aquello, sus músculos habían despertado, los tendones crujían como cadenas oxidadas. La música era cuestión de aliento, de piel, de compromiso. El placer vendría después: primero el esfuerzo.

—Creo que quisiera algo de luz —dijo Émeline, hurgando en el forro de su estuche.

Aimée obedeció. Abrió los postigos. Las paredes parecían más blancas, el techo menos bajo. El vestido de Émeline era una mancha oscura que se desplazaba por la sala de música como si la conociera y la hubiera ocupado desde siempre. Sí, eso era lo que inquietaba a Aimée: veía a su profesora acomodar los estuches de las flautas, mover las sillas hacia atrás, huir de la luz o buscarla, y en esos gestos percibía los hábitos de una época antigua. A esta joven mujer no la sorprendía su entorno, por nuevo y extraño que fuera. Todo lo que importaba era la función. El porte de la cabeza, la colocación del instrumento, el cuerpo de su pupila. Aimée nunca se había sentido mirada, tocada, examinada de aquella manera.

Cuando Émeline la sujetó por el cuello y la espalda, tratando de enderezar su busto, sacar su pecho y levantarle la barbilla, ella se había alterado bajo esas manos desconocidas. El aspecto severo de la profesora, su voz profunda, la habían

animado a dejarse llevar y transformar por ella. Según las leyes del matrimonio, nadie debía tocarla excepto Candre. Y, sin embargo, había aceptado esa mano sobre su cuerpo.

—Ya ha estudiado música —dijo Émeline, cerrando la caja sobre la mesa.

—Sí, de pequeña. Tengo vagos recuerdos de ello.

La profesora se acercó a ella. Con naturalidad, Aimée se enderezó, muy erguida, como se le había mostrado unos minutos antes. La joven sonrió levemente, la alumna detectó un atisbo de amistad o, cuando menos, de confianza.

—Aprende rápido —murmuró.

Sus palabras se deslizaron en medio de la sonrisa. Sus labios estaban pálidos y relajados. Aimée, incómoda por el pobre cumplido que acababa de recibir, se concentró en su espalda, en su cuello, tratando de mantener la posición.

—Aquí hay algunas partituras en las que trabajaremos la siguiente semana. También hay ejercicios de respiración, los cuales tendrá que practicar, además de su postura, al menos quince minutos al día.

Émeline dejó los papeles sobre el pupitre. Luego se plantó frente a Aimée, se llevó las manos a la boca, la cual estiró hacia un lado, y metió los labios antes de inflarlos en un movimiento regular, semejante al de un pez o un caballo molesto ante la brida.

—Ejercitará la boca. Es primordial que trabaje el músculo, la flexibilidad, la fuerza en labios, hombros y espalda. Si no consigue dar las notas, al menos después de un mes tendrá un cuerpo de atleta.

Aimée rio con franqueza.

—Ahí lo tiene, no dude en reír, es bueno para la mandíbula.

En aquella primera lección Aimée no llegó a sostener la flauta entre sus dedos. La hora pasó rápidamente. Afuera, alrededor de las once, se escuchó un paso furtivo frente a los postigos que duró unos segundos antes de apagarse. Émeline creyó que se trasladaba a los animales de tiro del carruaje por detrás de la casa, y que debía dejar el lugar sin más demora para llegar a tiempo a Ginebra.

Enumeró los ejercicios de respiración abdominal, explicó a detalle cómo inspirar, cómo inflar y luego contraer el vientre, cómo «empujar su ombligo hacia la espalda» y cómo «llevar todo su cuerpo hacia el pecho». Iba de un lado a otro, con una mano en el vestido, la otra en la garganta, mostrándole dos, tres veces, cómo controlar la respiración, los latidos del corazón, y la velocidad de la sangre y de las emociones que viven debajo de la piel como animales marinos. Mostraba el ejercicio varias veces, haciendo que sus consejos, sus órdenes y sus fórmulas se instalaran en la cabeza —y el corazón— de su nueva pupila sin apartar los ojos de ella, formando en torno a ambas una esfera de obediencia donde Aimée se sentía importante. Observada.

Deseada.

Aimée retenía, más que las palabras de su profesora, la forma de sus labios cuando ella las musitaba y la de su mano cuando la apoyaba sobre su vientre. En el centro de esa habitación sin alma, el cuerpo de Émeline se transformaba: se inflaba de vida, el instrumento de carne remplazaba al de metal, Aimée sentía que su vientre se abría con los movimientos de respiración.

—Haga esto todos los días antes de la siguiente clase —concluyó Émeline, resoplando por última vez—. Veremos cómo le va. Le traje el instrumento que ordenó su esposo la semana

pasada. No lo use hasta que yo vuelva.

Señaló el estuche sobre la mesa.

—Es un objeto hermoso, cuídelo.

Luego, con un movimiento de la nuca, relajó los hombros, el cuello, echó la cabeza atrás y distendió las articulaciones adoloridas. Aimée, asombrada, la vio estirar sus extremidades. De repente, el vestido le pesaba mucho en las piernas: llevaban casi dos largas horas de pie y, cuando Henria abrió la puerta para anunciar que los caballos esperaban en el portón, Aimée dio un paso atrás. La criada había alterado la imagen silenciosa. Ahora la casa, a través de la puerta abierta, respiraba con más fuerza:

—Tendrá que disculparme, señora, me esperan en Ginebra.

Aimée se hizo a un lado. La joven la rozó al pasar apresurada hacia Henria y, en aquel leve toque, la alumna sintió, en la espalda y el cuello, la presión de esos dedos y esas manos que atesoraría durante una semana entera, a la espera de la siguiente lección.

Unos minutos más tarde Aimée escuchó a los caballos dejar la finca; su corazón latía con fuerza, como el día de su boda.

En los días siguientes, una vez que hubo caído la noche sobre los grandes árboles negros, Candre no llegó.

Sentada en la cama, su esposa esperaba que atravesara la puerta. Durante seis días, Aimée permaneció despierta hasta altas horas de la noche. No es que lo deseara cerca, pero la primera lección de música había tenido lugar tan rápido, Candre se había afanado, sin decir ni dar a entender nada, en encontrar apenas en unos cuantos días una profesora dispuesta a ir a su casa, y Aimée pensaba, naturalmente, que esperaba ser retribuido.

«Retribuido».

No podía pensar en ninguna otra palabra, le escocía los labios y el corazón, pero era la verdad. Retribuido con el cuerpo de su mujer, que debía recibirlo de la misma manera que él mismo había aceptado a una joven y remota desconocida entre estos altos muros de hojas y tormentas para el simple ocio de su nueva esposa. Aimée pensaba a la manera de su primo. Para Claude, cada gesto de ternura, cada palabra amable y sumisa, cada mirada benévola de un marido a su esposa requería una respuesta de la carne: era lo que se exigía, después del matrimonio, a un ama de casa, a una hija de buena familia. Claude hablaba incesantemente, seguro de lo que pensaba, de su futuro, de su lugar en el mundo. Su prima lo escuchaba con atención. La impresionaba porque había crecido rápido y bien, como un árbol dentro del bosque. Trabajaba y contraía la voz como un músculo: con fuerza. Aimée, más dulce, halagada por las íntimas confidencias de ese gallito, bebía sus palabras. El mundo secreto de maridos y mujeres, de notarios y soldados, le parecía muy distante. A medida que los años transformaron su cuerpo de niño en el de un futuro militar, Claude elaboró para él y su prima una idea precisa y clara de la relación que los

hombres mantienen con las mujeres: un contrato. Entre dos familias, dos almas y dos recámaras. A fuerza de escuchar sus teorías, Aimée había terminado absorbiéndolas como una tierra fértil se satura de una lluvia envenenada.

Candre desbarataba las certezas de su primo. Las animadas palabras de Claude se venían abajo mientras Aimée reposaba, adecuadamente vestida, en su cama de esposa virgen. Su marido era gentil, tranquilo, naturalmente discreto. No era dado a llamar la atención. Ni frente a los demás, ni en su habitación. No la forzaba. Lo había sentido contra su vientre varias noches: era, a todas luces, uno de esos hombres ricos que simplemente quieren una mujer y un niño. Su nombre, su voz profunda y sus bosques espléndidos fueron suficientes para someter a Aimée. A pesar de su sexo reacio y su vientre cerrado, amaba a Candre; con él había comprendido que Claude se equivocaba y, esperando a ese marido que no venía a probar con el suyo su propio cuerpo, le agradeció en silencio no ser uno de esos otros hombres.

Las noches se sucedieron. Por la mañana, mientras miraba desde la sala al jardín que estallaba de flores y hierbas altas, Candre la esperaba; ella buscaba en su rostro una nueva expresión, una debilidad, quizá una preocupación, pero no había nada. Y si bien no acudía de noche, la esperaba durante el día. Conversaban en calma, Henria cruzaba por el pasillo con los brazos llenos de paños sin que pudiera verse su rostro, las sábanas se paseaban por la casa sobre dos piernas firmes.

A pesar de la falta de sueño, Aimée se levantaba de buen humor. Impaciente por su siguiente clase, miraba por el rabillo del ojo el estuche en su habitación, sobre la chimenea; había querido guardarlo cerca, en el lugar más alto, para no perderlo de vista. Por la noche se acostaba pasando la mano por encima, se levantaba por la mañana y le ofrecía su primera mirada. Afuera, el cielo la acompañaba en su deseo y alegría: las nubes pasaban por encima de los árboles, al alba una bruma se instalaba entre los pinos, pero a las ocho se desvanecía, dejando el paisaje respirar como un gran pulmón de hojas y corteza. Desde hacía un tiempo, la señora Marchère amaba aquellos árboles y el cielo tan bajo que le parecía haber encontrado su lugar y que llegarían los años como Candre había llegado a ella: de manera natural, desarmados y al descubierto.

Pronto, estaba segura, un niño llenaría el espacio vacío entre ella y su esposo, y ella a su vez le enseñaría música, con

Émeline, y sería hermoso y divertido, en la pequeña habitación del fondo, repetir los ejercicios. Gracias a ella, los sueños de Aimée la llevaban lejos, una cerradura cedía en su alma, liberando su memoria de los malos consejos de Claude e inventando para sí una nueva existencia. De repente todo parecía muy sencillo.

En aquella espera tan dulce, una sombra se deslizó en los pensamientos de Aimée. Reviviendo cada minuto de su primera clase cien veces, su mente tropezó con un detalle insignificante que gradualmente se fue agrandando: las dos jóvenes habían escuchado el crujido de la grava cerca de la ventana, y luego el ruido se detuvo de repente. No vieron a nadie ni percibieron respiración alguna. Sin embargo, cuanto más lo pensaba, menos dudaba Aimée.

Había creído que sacaban un caballo de los establos, pero la pisada habría sido más fuerte y el sonido cada vez más distante. El paso de un hombre habría acompañado el de la bestia. No había habido ningún eco ni reverberación. Al principio se imaginó que Candre había enviado a Henria o uno de sus trabajadores para supervisarlas, pero su marido no era un hombre de secretos: si hubiera querido saber qué pasaba en aquella habitación, él mismo se habría presentado allí. Además, Aimée conocía casi de memoria los sonidos de Henria: la robusta pesadez de sus pasos, sus suspiros de disgusto o alivio, los humores que se veían en sus gestos, a veces bruscos, a veces ligeros. No, ni ella ni Candre habían merodeado por la ventana abierta. Podía haberse tratado de un palafrenero, un maestro de obras, el veterinario, o uno de esos adolescentes que solían pasear por el bosque y terminaban detrás de la casa después de haber seguido un viejo sendero que salía del pueblo. Pero los visitantes habituales de la finca nunca llegaban hasta esa parte sin que antes dejaran los caballos y a sus palafreneros en la entrada principal. Henria, a esa hora de la mañana, casi siempre estaba en el primer piso, y los muchachos del pueblo no se quedaban mucho tiempo dentro de los muros de la finca. Candre los asustaba: Aimée los veía los domingos en la iglesia, jóvenes

anodinos de orejas grandes, músculos magros, que daban un paso atrás, la cabeza agachada, mirando hacia adelante, la vista fija en un punto en el horizonte para no cruzarse con los ojos del señor y la señora Marchère.

Así que noche tras noche, tiniebla tras tiniebla, los contornos del rostro de Angelin perturbaban los sueños y acechaban en las pesadillas de Aimée. Recordó su llegada a la finca, a aquel joven que había visto en la iglesia, en el jardín, debajo del árbol, por la ventana de su dormitorio. El hijo de Henria era parte de los lugares y la vida de Candre en la misma medida que los árboles, los caminos, la esposa muerta y la madre fulminada, Dios y las flores.

Empezó a pensar en Angelin: se lo imaginó, aquel día, agachado bajo la ventana de la habitación blanca. Que un chico espiara a dos mujeres no era una gran desgracia. Su primo hizo cosas mucho peores y ella se había reído de ello. No, simplemente, pensar en Angelin daba cauce en ella a la entrada de nuevas ideas: tras semanas de vivir en la finca, de tratar de encontrar su lugar, mantenerse firme, estar satisfecha, se había separado de la vida de los demás. De repente, el mundo exterior volvía a la carga.

Transcurrió una semana y el rostro de Angelin lo impregnaba todo: su figura la perseguía en sus sueños. El aliento, las palabras, los consejos de Émeline saturaban su memoria, pero en medio del placer que le producían esos recuerdos, Aimée tropezaba con aquellos segundos frente a la ventana. Cuestión de un instante. Una sombra, nada más. Un fantasma había agitado sus cadenas cerca de las dos mujeres, pero este fantasma tenía un cuerpo enteramente hecho de carne. Aimée imaginaba a Angelin en cuclillas debajo de la ventana, su cabello rizado rozando la piedra, y veía sus ojos que miraban sin ser vistos. No compartiría con nadie a Émeline, se repetía Aimée, balanceándose adelante y atrás en su cama grande y fría. No le tenía miedo a Angelin; estaba celosa y no lo sabía.

En su cólera, comprendió que se encontraba compartiendo sus tierras, su techo, sus jardines, sus bosques y sus sendas con un joven. El hijo de Henria conocía la finca, su historia y sus secretos. Angelin se escondía de ella. La llegada de Émeline había abierto un abismo donde el deseo y la inquietud se arremolinaban, y la presencia de ese chico empujaba a la joven esposa a pensamientos enfermizos.

De pronto le pareció que el pasado se le escapaba: Angelin, escondido bajo la ventana, había sido criado en la finca, con Candre. Henria había cuidado de los dos niños, los había consolado, amado, a uno como el hijo de una muerta y al otro como propio. Aimée se sintió presa de un violento vértigo: nunca había interrogado a Candre sobre Angelin, nunca se había acercado a la casa de la servidumbre. Desde su llegada vivía como una niña de veinte años, estúpida y atrincherada, en un mundo poblado por criaturas acostumbradas a las sombras, a los largos silencios, a Dios. Sobre todo, Angelin había conocido a la primera esposa de Candre: esta idea la dejó estupefacta. Se sintió tan tonta, cegada por la falta de deseo hacia su marido, su falta de gusto por casi todo, que nunca había pensado, ni por un segundo, en Angelin.

Él lo sabía todo sobre aquella primera esposa muerta en Suiza de quien Aimée no sabía nada, salvo la historia compartida por todo el mundo y reafirmada por su marido: una joven de buena familia, casada, que cayó enferma de los pulmones y murió en el sanatorio. Que ese bribón tan esquivo, tan hermoso también, supiera más que ella misma sobre su propio hogar, sobre su marido y sus sentimientos por una mujer de la que ignoraba hasta los rasgos de su rostro; que este chico, sometido a la riqueza de Candre, a la bondad de su madre, furtivo entre los árboles y las aves, guardara en su interior mil secretos que habían permanecido ocultos para ella; todo esto la enfermaba de celos. Agotada por sus pensamientos, devuelta a un estado de infancia, no era más que una niña virgen protegida de todo, incluso de las cosas más simples de la vida, de su vida.

Hablaría con Candre. Haría las preguntas, las preguntas grandes y dolorosas. La transformación de Aimée llegaba a su fin: pronto su cuerpo se abriría como las rejas de la finca Deville, como los brazos de Henria alrededor de las sábanas limpias y planchadas, y Candre sería padre. La familia Marchère, cuyos miembros desaparecidos parecían reunirse en el silencio de su último hijo, volvería a ser rica en sangre y juventud.

El alba se alzó en la habitación insomne aquel jueves por la mañana: Aimée miró con cansancio la puerta cerrada que conducía a la cama de su marido. Enfocando sus ojos en el picaporte, imaginó que este giraba, que él había llegado para aliviarla de sus descubrimientos nocturnos, con su cuerpo en el suyo, pero la cerradura siguió silenciosa, solo los árboles

silbaban en el convulso crepúsculo. Émeline llegaría en unas cuantas horas y todo estaría bien de nuevo.

La tormenta estalló alrededor de las seis de la mañana. En el pasillo, Henria arremetía contra los batientes de los postigos. Aimée se acercó a la ventana, admiró el cielo nublado donde la electricidad despeinaba a los árboles, y luego su mirada se detuvo en la criada, en el otro extremo del promontorio, recogiendo las flores desprendidas por la lluvia. Aimée debió haber cerrado la ventana, corrido los postigos y sujetarlos con los pestillos, pero el aire fresco y húmedo, que inflaba su camisola, alcanzaba su cuello e hizo correr por su espalda un escalofrío de preocupación.

¿Consideraría Émeline cancelar su viaje? ¿Cruzaría el cochero la frontera como fuera si la tormenta avanzaba hacia Suiza? Temblando, Aimée pensó que Émeline no vendría. Que no debería correr el riesgo de tener un accidente en el camino. A los animales no les gustaba aquel cielo que caía sobre ellos como mil látigos, por eso se evitaba salir cuando había relámpagos; aun así, en la parte trasera de los establos, los caballos pateaban las tablas. Entre el sonido de sus cascos lanzados contra las paredes, el canto del trueno se entremezclaba con el gris del paisaje hasta que un sol tímido echaba tales infiernos más allá de la aldea.

Incapaz de volver a la cama, se arrebujó en una bata y bajó a la sala. Sentado en su lugar habitual, con los ojos perdidos en el cristal mojado, Candre se sobresaltó.

—Despertó muy temprano —dijo.

Se puso en pie y desapareció por el pasillo. Aturdida, Aimée pensó que debía seguirlo, pero reapareció unos segundos más tarde con una bandeja grande entre las manos.

—Henria salió, la lluvia causó estragos.

Dejó la bandeja sobre la mesa y se sentó.

—Qué diluvio y qué belleza —dijo ella con un suspiro.

Aimée nunca había visto ni a su padre ni a su primo servir el desayuno a una mujer.

—Parece que está helada —dijo, acercándole una humeante taza de té—. Beba, esto la despertará.

Ella obedeció. El agua estaba casi hirviendo.

—Tengo mucha hambre.

Candre sonrió. Una chispa maliciosa e infantil atravesó sus ojos.

—Aquí hay todo cuanto necesite para satisfacerse. Si no es suficiente, la cocina está llena. Coma. Su lección de música comienza en tres horas, tiene que despertar.

—¿La lección de música?

Candre volvió a ponerse muy serio.

—Pues sí, es jueves. ¿Lo había olvidado?

Parecía sinceramente sorprendido por la pregunta de su esposa. Y ella, estupefacta ante su reacción.

—¿Salieron los caballos hacia Ginebra para buscar a la señorita Lhéritier? ¿Con este clima?

Afuera, una gran rata negra caminaba por el césped mojado.

—Aquí los caballos tiran de los carruajes en cualquier tipo de clima. Además, la tormenta pasará en menos de una hora.

Aimée quiso decir algo más sobre la seguridad de los caminos, pero Candre ya no la escuchaba. Estaba perdido en el jardín. Navegaba al otro lado de la ventana, bajo la lluvia, arrullado por el relámpago. Su esposa hundió el pan tostado con miel y crema en el té: engulló el primer bocado y comió con ganas, preguntándose quién, Candre o Émeline, abría su apetito de esa manera.

El señor Marchère abandonó la mesa a las ocho. Aimée aún estaba comiendo. Depositó en su frente un beso largo y algo húmedo. La tormenta dibujaba en las ventanas formas vívidas y mojadas que transportaban a través de la sala el olor a tierra removida, a musgo empapado. El agua, su fuerza y su cólera, desataban los aromas, que mezclados entre sí estallaban en flores, insectos, liquen y corteza en las fosas nasales de Aimée, fatigada por su noche tan corta. Toda la finca parecía flotar sobre el agua del cielo, espesa y oscura.

Alrededor de las nueve, Henria anunció que el tiempo iba a cambiar. Aimée sintió la emoción de los primeros días: dejó la mesa y se dirigió a su habitación. Eligió un vestido azul claro, el mismo que había usado en su primer paseo con Candre, con un doblez en el cuello. Su aseo fue largo, preciso, repetido mil veces. El sol a veces penetraba entre dos grandes nubes, arrojando luces

disparatadas contra las ventanas, salpicando los rostros y las cosas. El bosque susurraba como el corazón de la señora Marchère: era un día de gran energía.

Los caballos atravesaron el portón poco antes de las diez: sus cascos enlodados, sus crines alborotadas. Desde la sala de música, donde repetía los ejercicios de respiración, Aimée escuchó la voz de Henria y la del cochero. Luego los animales fueron llevados de regreso al establo y Émeline hacia la casa; todo era a la vez tranquilo y ajetreado, ruidoso y discreto al mismo tiempo. La flauta traversa lucía entronizada sobre la mesa, frente al pizarrón.

La criada abrió la puerta: Émeline tenía los ojos enrojecidos, las mejillas sonrosadas y agrietadas, el cuerpo erguido pero encorvado.

—¡Vaya viaje! ¡Pensé que el carruaje naufragaría!

De pie frente a la ventana, Aimée la miró entrar mientras se desabotonaba el abrigo y abría su maletín.

—Gracias por venir de todas maneras…

Émeline desechó su comentario con un gesto de la mano.

—No hay ningún problema, uno debe confiar en los caballos. Veamos, ¿trabajó usted tal como se lo pedí?

—Sí, seguí todas sus órdenes.

Émeline la miró sorprendida.

—Señora, estas no son órdenes, son consejos.

Esas últimas palabras se convirtieron en una sonrisa, discreta, ligeramente burlona, que su alumna de inmediato adoró.

—Bien hecho, entonces podemos comenzar con el instrumento. Tenga en cuenta que su espalda, sus manos y su respiración son las que hacen casi todo el trabajo. Una nota hermosa se mantiene siempre erguida.

—Y supongo que una nota hermosa proviene siempre del vientre.

Émeline asintió.

—¡Sí, eso, exactamente!

Una complicidad se estableció entre las dos mujeres. Émeline, con las partituras en la mano, se instaló en su escritorio. Aimée la vio preparar la habitación a su gusto. Envidiaba sus gestos seguros, su alegría fácil y también su rigor. Había en ese cuello alto un poco de la prestancia militar con que habían instruido a Claude y que él no encarnaba bien. En ella

parecía natural. Émeline estaba acostumbrada a que la escucharan y la imitaran: se le obedecía como a un sacerdote o a un funerario. Su alumna aprendía a obedecerla sin ser una niña, a seguirla sin ser una mula.

—Antes de empezar, ¿le importa si abro un poco la ventana? Hace mucho calor ahora que ha cesado la tormenta.

Aimée asintió con la cabeza.

—Si lo desea. Aunque preferiría que no lo hiciera.

Émeline tenía la mano en el pestillo.

—¿Qué sucede? Parece preocupada.

Aimée suspiró. Sus dudas parecían ridículas. Sin embargo, la espolearon.

—Me temo que un bribón nos escuchará si ve que la ventana está abierta.

Émeline reprimió una risa sorprendida.

—¡No sabía que a los bribones les gustara la música!

Aimée se relajó instantáneamente.

—¿De verdad hay un chico malo en la finca? —preguntó la profesora.

—No lo sé —admitió la alumna, girando sobre sus talones—. Perdóneme, estoy diciendo tonterías. Abra la ventana y no hablemos más sobre esto.

Émeline dejó entrar el aire, henchido de lluvia y electricidad. Después, con un golpe seco, cerró la ventana, que retembló con la violencia del gesto.

—Ahora que lo pienso, había un chico en la ventana, la última vez.

—Sí, es Angelin, el hijo de Henria, la criada.

Émeline asintió. En su cabeza, algunos mechones húmedos revoloteaban detrás de sus orejas.

—Me miró y luego salió corriendo como un gato cuando descendí del carro.

—Vive aquí, detrás de la casa. Es un poco salvaje, nunca lo he entendido.

Émeline levantó bruscamente la cabeza.

—Salvaje, sí. ¡Pero es bastante normal que no se le entienda, pobre chico!

—¿Qué quiere decir?

La profesora escudriñó el rostro de su alumna.

—Pues que le han cortado la lengua.

La lengua

Cuando por fin vino hacia ella, Aimée ya no lo esperaba. Candre se metió en la cama y despertó a su esposa presionando una cálida palma contra su espalda. La habitación había sido encerada ese mismo día, el olor a madera limpia se mezclaba con el del marido.

Ni una palabra. Un temblor se apoderó de él, como un caballo encabestrado por vez primera. Aimée podía escuchar un leve ronroneo a sus espaldas.

Esta vez, su cuerpo cálido y pesado por el sueño, sus huecos y sus curvas se plegaron a los gestos de Candre. Él se hundió en ella y ningún sonido salió de sus bocas abiertas, ninguna lágrima de sus ojos cerrados, avanzaron juntos en la carne, en un mismo cuerpo finalmente reunido en la noche. El deseo había abierto y entorpecido el sexo de Aimée, quien aguardaba que alguien llegara a deshacer ese nudo en el centro de sus blancos muslos. Candre llegó en el momento oportuno: mientras se afanaba dentro de ella, con las manos sujetando sus caderas como si fueran la borda de un barco, ella pensaba en las largas noches sin él, en las mil cosas que había imaginado, y esos mil pensamientos la habían preparado para recibirlo de nuevo, sin pena ni vergüenza, con la espalda ligeramente curvada, mirando hacia la ventana abierta por donde se acercaban los árboles cubriendo el aliento de su marido, pegado a ella. Creyó pertenecerle, pero en ese vientre que contraía era ella quien tomaba su cuerpo, lo domaba, marcaba el ritmo.

Cuando se retiró, ella sintió descender un fluido cálido y espeso que le corría por las piernas y se secaba sin que pudiera hacer nada, exhausta al lado de su marido. La palma de Candre pasó sobre su vientre, bendiciéndolo con una oración silenciosa antes de dejar la cama.

Aquella noche, Aimée durmió con las piernas manchadas y

las sábanas deshechas. Los árboles susurraron hasta el amanecer, puesto que todo ocurre siempre de noche; los grandes sucesos se ocultan de las luces brillantes, temerosos de arder.

En sus sueños no hubo sombras ni fantasmas, estuvieron llenos de esa pesadez del verdadero sueño, que uno rara vez encuentra y vive. La noche resistió al alba hasta pasadas las seis de la mañana, para dejar que ambos, ella y él, recobraran fuerzas, volvieran a cerrar sus cuerpos, y cuando Aimée, por fin, abrió los ojos, el sol metió la nariz por la ventana y husmeó por toda su habitación. Parpadeó, ahuyentando la sombra y sus rastros; después, retirando las sábanas, descubrió sus piernas, donde hilillos secos de sangre y semen surcaban su piel clara y tierna. Admiró esas nuevas líneas que iban hacia atrás de su rodilla, se preguntó qué sabor podrían tener esos alimentos esenciales para la vida; luego dejó la habitación llena de ambos olores, como una reina su corona. Bajó a la salita sin haber lavado sus piernas.

La mesa estaba puesta, el marido leía el periódico. Se lo traían del pueblo todas las mañanas. Al verlo sostener las páginas con ambas manos, el cabello peinado, la chaqueta gruesa cerrada sobre un suéter de lana, Aimée se preguntó si no lo habría soñado todo. Nada había cambiado en su marido. No arrastraba en las piernas las huellas de sus entrañas y las de su esposa, no tenía un ligero dolor entre los muslos. Mientras caminaba hacia la mesa, lo miró fijamente con la nariz clavada en las páginas, frente a la mesa puesta, la luz jugando en sus sienes. Así era un hombre rico.

Él dobló su periódico y le sonrió.

—¿Cómo se siente el día de hoy?

—Bien, creo.

Recorrió con su palma la nuca de ella. Aimée recordó aquella misma mano en su espalda.

—Tendremos un hijo, Aimée.

La miró, con una dulzura en los ojos y los labios que la desarmaba, ese hombre serio que estaba solo desde la infancia.

—¿Es Angelin quien le trae el periódico del pueblo cada mañana? —preguntó Aimée de repente.

—No, es uno de los hombres, trabaja en el taller. Vive cerca de la iglesia, en la pequeña casa de postigos rojos. Usted ya lo vio, el jueves pasado.

Aimée imaginó, vagamente, a un hombre de hombros anchos y cabello rubio.

—¿Angelin nunca abandona la finca?

Candre se acomodó en su silla.

—Raramente.

—¿Por qué? Es un chico tan joven. ¿No trata con nadie además de usted y su madre?

—Eso basta para los hombres de cierta condición —resopló Candre llevándose una taza caliente a los labios.

—No pienso que sea bueno para él seguir así —concluyó ella.

Aimée bajó la mirada hacia el jardín. Observó la reacción de Candre, pero no se atrevió a provocar su mirada, pues sabía que caminaba en la cuerda floja: la noche había pasado, tan tierna y larga, por fin se habían encontrado, y ahora a ella le daba por hablar más de lo habitual, más que todo lo que había dicho desde su llegada a la finca.

—Está con ánimos de platicar esta mañana —dijo él, arrugando nerviosamente el periódico.

—Le ruego me disculpe, no quise ofenderlo.

La mano de Candre pasó del periódico a la muñeca de su esposa.

—Usted está en su casa, Aimée, no lo olvide.

Miraba fijamente el enorme sauce frente a la casa.

—Tengo cosas que preguntarle, Candre. Y no sé cómo decirlas…

—La escucho.

No había retirado la mano.

—Háblame de Angelin. Y de Henria.

Ella percibió una ligera presión y tensó los dedos.

—¿Qué desea saber? —preguntó él después de un instante.

—Si esta es mi casa, deseo saber todo sobre las personas que viven en ella.

Él soltó su mano y se echó hacia atrás, hundiéndose muy ligeramente en su sillón.

—No sé qué decirle sobre Angelin. Es un pobre chico. Está aquí porque es el hijo de Henria y ella me crio como a un hijo después de la muerte de mi madre. Su hijo no es mi hermano, pero todos los hombres son hermanos entre sí.

Candre había levantado la barbilla para hablar, el cuerpo echado hacia atrás. No miró a Aimée: el amo del lugar se dirigía a alguien más, a una parte lejana de sí mismo, perdida entre las brumas de la infancia o del duelo.

—Me dijo, en casa de mis padres, que Angelin era mudo.

—Es correcto.

—Me mintió.

Mientras pronunciaba estas palabras sintió que se contraían sus entrañas y su garganta, que todas sus extremidades se engarrotaban en un instante. Candre volvió a la tierra: Aimée no apartaba los ojos de él. En los suyos, ella percibió el destello

fugaz y violento de la sorpresa, pero él siguió allí con las manos sobre los muslos, buscando la palabra adecuada, como solía hacer siempre.

—Es verdad. Le mentí. No quería asustarla. Si sabe lo que le sucedió, debe comprender que estas no son cosas para contarle a una joven con la que uno desea casarse. Le ruego me perdone, Aimée.

Un cuervo picoteaba en el jardín, su pico relucía sobre la hierba recortada. Aimée no lo miraba; sin embargo, lo vio avanzar por el rabillo del ojo, atenta a sus dos patas. Candre esperó a que ella hablara. Que lo perdonara. Tenía razón: no se mencionan tales horrores cuando se busca celebrar una boda.

—¿Cómo ocurrió? —atinó a preguntar ella.

Él suspiró hondo.

—El padre de Angelin, Léonce, era un buen hombre, pero apartó a su alma de Dios, y Dios, naturalmente, lo apartó de su bondad. Somos muchos en la tierra, y muy débiles, Aimée. Léonce era uno de esos hombres. Se dedicaba al juego en las posadas de los alrededores y perdía el dinero que ganaba aquí. Desapareció una noche, nunca lo volvimos a ver. Debía dinero, que yo pagué para que Henria y su hijo, que quedó huérfano como yo, no se preocuparan. Cuando Angelin tuvo la edad suficiente para salir solo de la propiedad, la mala influencia de su padre asomó: probablemente quería conocerlo mejor, comprenderlo. Se fugaba, empezó a jugar en los mismos ambientes, a las mismas horas de la madrugada, y empezó a perder, cantidades menores, ya que su madre no le daba nada, pero aun así. Hace un año, dos aprendices lo trajeron una mañana con la boca hinchada y suturada. Le habían cortado la lengua. Una cosa terrible.

—¿Quién lo atendió?

—El médico de Saints-Frères, acompañado de un santón.

—¿Un santón?

Candre se sobresaltó.

—Ya sabe, Aimée, de esos que curan sin tocar. Cuando trajeron a este pobre chico aquí, hice sacar a los caballos para que lo llevaran al hospital y buscaran al mejor cirujano, pero Henria no quería saber nada al respecto. Estuvo casi dos meses sin ver la luz del día, y desde entonces no ha emitido el menor sonido.

Su voz se quebró suavemente.

—Sabe, Aimée, Angelin no es ni un chico malo ni un idiota. Ha pagado caro su mala vida. Nadie debería culparlo.

Luego restiró la tela de sus pantalones, dobló su servilleta sobre la mesa y se levantó. La conversación parecía haber terminado. Era hora de trabajar: sentada en su lugar, Aimée suspiró. Angelin era, entonces, de la misma raza de su padre.

—Sígame, Aimée.

Ella se sobresaltó. Candre esperaba bajo el marco de la puerta, entre el vestíbulo y la sala. Su rostro era tan pálido, tan terso. Aimée obedeció y, levantándose, recordó las marcas en sus piernas.

Candre giró sobre sus talones, atravesaron el pasillo sin decir una palabra, pasaron frente a las escaleras donde Henria sacudía la barandilla y luego se detuvieron delante de la puerta del despacho.

Era la primera vez que ella entraba allí. La habitación era un poco más grande que la sala de música. La única ventana estaba cubierta por una cortina gris claro. La luz solo llegaba hasta el marco de la puerta. La desnudez de la habitación donde se llevaban a cabo las transacciones del hombre más rico de la región sorprendió a Aimée: no había sillas, ningún asiento para eventuales invitados, no había una mesa de alcoholes o armarios enchapados. Solo una gran biblioteca de roble que abarcaba toda una pared, un reloj oscuro enfrente, un atril con una Biblia de pastas duras colocada sobre él, y el escritorio, largo y estrecho como un mostrador bajo, donde estaban acomodadas hojas y notas en casilleros abiertos de madera más clara y de mala calidad; al lado, una pequeña lámpara. Aimée se quedó inmóvil en el umbral, sin saber dónde sentarse o qué tocar, ya que la habitación era para un hombre solo, inmerso en las sombras, entre sus libros, sus obras, sus pensamientos.

Candre se deslizó detrás del escritorio. Una silla rústica se hallaba contra la mesa. Sacó un cofre cerrado por pequeños broches de metal y lo colocó sobre su escritorio.

—Venga, no tenga miedo.

Lo abrió. Por un momento, Aimée imaginó que sacaría de ahí la lengua de Angelin, seca entre dos libros. Tuvo esa visión de pesadilla antes de que él la mirara.

—Aimée, ¿le ocurre algo?

Ella sacudió la cabeza y se desprendió de la imagen de la lengua, ennegrecida y seca como un separador de libros. En el cofre había un montón de hojas, dos pequeños retratos, un fajo de papeles atados por un cordel gastado.

—Esto es lo que queda de mi primera esposa —susurró Candre—. El certificado de matrimonio y el de defunción. Los

títulos de propiedad que más tarde devolví a su familia. Algunas cartas de Suiza, enviadas antes de su muerte.

Tomó los dos retratos con cuidado. En uno de ellos una mujer joven, con abrigo y cuello de encaje, miraba a la cámara con un perro pequeño a sus pies.

—¿Es ella? —murmuró Aimée.

—Sí. Esa es la única fotografía.

—Era muy linda.

Aimée lo decía en serio. La joven tenía una mirada clara y muy gentil. Su cabello, sujeto con fuerza, jalaba hacia atrás sus débiles pómulos. Se parecía a las estatuas de las iglesias pequeñas, con contornos redondos e inciertos; alrededor de esa mirada ausente flotaba la promesa de un futuro trunco. Aimée comprendió lo que Candre había sentido la primera vez que vio a Aleth: ella misma se sintió atraída, como en una primera cita, mientras escudriñaba cada detalle de aquella foto en que su sombra conservaba toda su belleza.

—¿Y el perrito? —murmuró.

Candre soltó un suspiro.

—Era un bastardo de caza, que encontramos unos días después de la llegada de Aleth. Ella había crecido en compañía de animales, le hacía falta la presencia de un perro. Hubiera visto su alegría el día que Angelin llegó con el animal en brazos… Ese perro nunca la abandonaba.

Aimée comprendió entonces que la foto había sido tomada justo después del matrimonio de Aleth, esa mirada no era la de una virgen, sino la de una esposa melancólica. Pensó que sería bueno tener un animal pequeño a su lado, durante todo el día, para mantenerse ocupada.

—¿Dónde está ahora?

—El pobre no pudo soportar la muerte de su ama. Se escapó unas semanas después. Era muy bueno.

—Angelin lo escogió bien —pensó Aimée en voz alta.

Notó que Candre se encogió.

—Sí, sabe cómo hacer ese tipo de cosas.

En el segundo retrato, resquebrajado en una esquina, un paisaje montañoso con picos nevados, árboles fuertes y anchos, envolvía un valle fértil y soleado, salpicado de flores y pastos altos. Un edificio se extendía longitudinalmente en el flanco derecho.

—Ahí es donde murió —dijo Candre, rodeando su escritorio —. Puede disponer de esos documentos. Todo lo que desea saber, Aimée, está en ese cofre. Nuevamente le reitero mis disculpas,

debí haber hecho esto antes y no mentirle sobre Angelin. He actuado mal.

Luego salió del despacho.

Aimée se sentía fatigada. Las frases de Candre se confundían, el olor a madera seca, la penumbra de la habitación, aquel escritorio tan austero y esa caja tan llena de un pasado reciente y un futuro incierto, todo pesaba sobre sus hombros y su corazón. Estaba enojada con Candre, por su mentira, y también por su dulzura. Habría preferido que se hubiera enojado, que enfureciera, que ordenara, pero había permanecido tan sosegado y tranquilo. Su esposo preveía cada palabra y guardaba, bajo la manga, las respuestas convenientes. Su lugar no estaba allí; esos libros viejos, esa mesa, esas cortinas corridas formaban el reino de su marido.

La fotografía de Aleth con su abrigo le llamó la atención. Era tan bella. El cuello subía hasta la delicada línea de su mandíbula. Mirándola más de cerca, Aimée se detuvo en el perro dormido a los pies de la joven, su cabeza resaltada por un grueso collar contra las medias de lana, desplomado junto a su ama. Aleth no miraba precisamente a la lente sino hacia un punto lejano; sus ojos seguían, detrás del fotógrafo, algo más. Tanta dulzura emanaba de su rostro, y Aimée se sentía tan infantil y tonta frente a ese retrato que terminó por guardarlo en el fondo del cofre, encima de un sobre con la dirección de la finca y, en el reverso, la del sanatorio donde había fallecido la joven. Aimée lo abrió:

> Mi querido Candre:
>
> La luz aquí no tiene nada que ver con la de la finca, pero lamentablemente solo cura el alma. Respiro muy mal: los médicos dicen que me curarán, quizá. Rezo por ti todas las noches, espero que estés bien acompañado, pendiente de los tuyos como siempre lo has estado y lo seguirás estando, de los árboles y de esa hermosa finca que es tu primer hijo.
>
> Que los días venideros sean hermosos y los hombres buenos contigo.
>
> Aleth

La carta era corta. La escritura, cuidada y temblorosa. La de una buena alumna cansada de sus tareas. Aimée supuso la

enfermedad inmovilizándole el brazo, imaginaba a esa joven de ojos violetas en aquel decorado a la vez sublime y de pesadilla. Los primeros sanatorios, abiertos diez años antes, eran tema de conversación: los enfermos eran enviados a la montaña para acostumbrarlos al paraíso. Candre había elegido el mejor establecimiento para su esposa, habían venido a buscarla, se la habían llevado, la habían cuidado, las enfermeras se arremolinaban a su alrededor. Aimée imaginó a Candre, en ese mismo escritorio, reclinado sobre esa carta, releyendo una y mil veces las pocas frases temblorosas de esa mujer que no tardaría en morir, a quien el dinero, la atención, el aire fresco, la simulación del paraíso no le bastarían para devolverla al lado de su marido. Aleth había muerto seis meses después de su matrimonio, lejos de los suyos, de su familia, de su país, de su pequeño perro, pensaba Aimée mientras miraba el retrato.

La penumbra le hacía daño a los ojos. Alrededor de Aimée, los libros inmóviles, los extraños muebles de fuerte roble y las opacas cortinas la acechaban. Sobre la mesa, los documentos del pasado, dispersos, emergían de las sombras. Parecían pétalos amarillos. Un pequeño expediente médico acompañaba a la foto del sanatorio: detallaba el estado de los pulmones, de la respiración, del sueño, de los latidos cardiacos de la paciente. Se movía con dificultad, tenía los ojos enrojecidos, la visión borrosa, el habla poco fluida y el cuerpo febril. Se sospechaba de tuberculosis, pero nadie en su entorno se había infectado. Aun así, lo parecía. Aimée se estremeció al leer la declaración del médico: tuberculosis, la enfermedad de los pobres, de los sirvientes, de la gente sin nada. La de los niños famélicos y los chicos de la calle, la enfermedad de las mujeres veleidosas y las sirvientas.

Candre le había mentido. Ahora le revelaba todo, sobre su pasado, sobre sus dominios, allí estaba el cofre de los secretos, claro, pero en las estanterías todos los registros de la finca Marchère aguardaban para ser diseccionados. Le daba acceso a su vida: su marido le imploraba perdón concediéndole lo que ella no pedía. La lengua cortada de Angelin, por esas historias del chico malo, el juego y un padre desaparecido, la había llevado al corazón mismo de su esposo. Al entrar en esa oficina se había convertido en su esposa de verdad, ya no solo era un vientre que llenar, un vestido que levantar, una virgen que desflorar. Ahora era la señora Marchère, destinada a la finca, con ese nuevo

nombre que no lo sería tanto después de que supiera todo acerca de la familia, de esa sangre que compartía desde la noche anterior con el hijo único.

En el atril, cerca del reloj, la Biblia empastada en piel brillaba: Aimée se acercó, acarició la cubierta, un leve escalofrío recorrió su espalda y luego salió del despacho, aturdida; su ira contra Candre se había desvanecido y todo lo demás con ella. Quería dormir, soñar con Aleth, con las montañas suizas donde había terminado sus días, tan joven.

—Sus padres y su primo vendrán el domingo para el almuerzo.

Aimée no había tocado su plato. La lectura de los documentos, las fotografías, el despacho hundido en las sombras, todo aquello le había revuelto el estómago. El sol inundaba el mantel, los platos brillaban, Aimée parpadeó ante la sopa caliente. En la finca Deville, su madre nunca se hubiera permitido mostrar, ni siquiera con visitas de confianza, los platos del diario. Aquí se bebía en vasos de cristal, se comía en platos de porcelana, pero las botellas se dejaban sobre la mesa.

Una vez que se servía a cada uno, no se volvía a ver a la criada antes del final de la comida o de la cena. Candre comía poco y nunca tomaba postre. No bebía, no se permitía ningún placer del paladar. Aimée perdía peso: seguía el régimen alimentario de su marido, comía menos que antes y también más despacio, excepto en el desayuno, cuando su hambre vencía su vergüenza. Candre se divertía: siempre le preguntaba qué le gustaba, si deseaba proponer un menú de su agrado, pero ella se negaba. En su familia, los hombres comían más que las mujeres, devoraban. Aquí se sentía como un hombre al lado de un hombre. Por la noche dominaba a su estómago, para el cual la cena nunca era suficiente. Cuando se iba a la cama, lo escuchaba gorgotear. Pero no podía imaginarse devorando a sus anchas al lado de un hombre tan fino. Habría parecido una cerda, una muerta de hambre. Sentía que su vientre, sus caderas y su pecho se deslizaban con facilidad en sus vestidos, que el frío la envolvía con más intensidad, pero en esos momentos se imaginaba poderosa, tan grande y serena como su marido, quería parecerse a él, hacer lucir en ella esa elegancia que acompaña a los cuerpos esbeltos y los rostros impasibles.

Ese día no tenía hambre. Su inquietud se había

transformado en fatiga extrema, su imaginación emitía un zumbido. Sentía que mil preguntas se amontonaban en su interior, chocaban y caían. Candre le había dado acceso a todo: de esa manera, no tendría obligación de responder. Todo lo que ella quería saber estaba en ese despacho oscuro, todo estaba allí, él la dejaba fisgonear. «Fisgonear». Eso era lo que le quitaba el apetito. Candre la había sentado frente a esa mesa como se coloca a un niño frente a los lápices de colores. Y ahora que estaba de vuelta en la sala, ante ese suntuoso jardín barrido por el viento del este, al lado de su marido impecablemente vestido, se sentía miserable. Extenuada por sus propias preguntas. Su padre habría dicho: «su falta de juicio».

—¿Vendrán este domingo? ¿El siguiente?

Una amplia sonrisa suavizó el rostro de Candre.

—Sí, este domingo. Nos encontraremos aquí, después del servicio.

Al instante, el corazón de Aimée se tranquilizó: las angustias matinales, el despacho, la mentira de su marido, las fotografías, Angelin, todo se desvaneció con aquella noticia.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que viera y abrazara a sus padres? ¿Un mes, quizá más? Le parecía que el tiempo, en la finca de los Marchère, estaba relleno de paja. Sus habitantes se hundían en aquel heno sin prestar atención alguna a los días y las semanas. Émeline había hecho más ligero el paso del tiempo para Aimée, acelerando el ritmo cardiaco y el de los días, pero ahora que se trataba de los Deville, que se anunciaba su inminente llegada —¡en tres días, tres días!— la casa entera se sacudía, llena de vida, compartirían la mesa arreglada, pasearían por el jardín, llevarían a los caballos al abrevadero, tal vez podrían hacer un paseo por el bosque.

—¿Desde cuándo se acordó esto? —preguntó Aimée.

Un gran plato de sopa humeaba. El rojo le subió a las mejillas y los ojos de él se empañaron.

—Les escribí a sus padres la semana pasada. Soy muy consciente, Aimée, de su soledad aquí. Veo que la música la hace sentir bien. Veo que la necesita más que yo y comprendo que somos diferentes: yo fui criado en el aislamiento, la meditación y el silencio. A usted la criaron al aire libre, en compañía de su primo. Debí haber entendido todo esto antes y no mantenerla aquí sola. Si lo desea, invitaremos a sus padres una o dos veces al mes. Su primo, si a él le parece bien, puede acompañarnos

cuando quiera.

Aimée no podía creer lo que escuchaba.

—Sin embargo, a usted no le agrada —bufó.

—Su primo y yo estamos separados por Dios: yo creo y él no. Pero si es un hombre que le proporciona alegría, también me la proporciona a mí, porque soy feliz al saber que usted es feliz.

Candre se convertía de nuevo en el hombre que ella conoció, aquella primera vez, en la feria. En solo unas horas, había dirigido toda su atención a ella y eso le gustaba.

—«Pidan y recibirán, para que su alegría sea completa».

Aimée levantó los ojos hacia su marido. Tenía en el rostro la misma expresión que en un día de oración: sus pensamientos estaban en otra parte, por encima de ellos.

—«El que no provee para los suyos, y sobre todo para los de su propia casa, ha negado la fe y es peor que un incrédulo».

Aimée lo escuchaba: él se sabía la Biblia de memoria. A veces su voz cambiaba, era más profunda y recitaba así, alimentándose de sus propias palabras, insensible al paisaje, a la vida que lo rodeaba.

—¿Le habría gustado tener un hermano? —preguntó Aimée dejando a un lado su plato.

Candre regresó a la tierra.

—Todos los hombres que creen en Dios son hermanos. Tengo miles de hermanos en este mundo.

—Me refiero a un hermano de sangre.

Un largo silencio se instaló entre ellos. Aimée no se movió. Su esposo medía sus pensamientos.

—Usted sabe que Henria me crio como a un hijo cuando mi madre me dejó.

—¿Alguna vez ha considerado a Angelin como su hermano menor?

—Cuando tuve la edad suficiente para administrar esta propiedad, me hice cargo de Henria y de su hijo, y siempre lo haré, pase lo que pase. No son mis sirvientes, esta es también su casa. Le legué parte del bosque a Henria: si me pasa algo, ella estará protegida.

A Aimée le resultó difícil ocultar su asombro. ¿Un ama de llaves, propietaria en el Bosque Dorado?

—En cuanto a Angelin —prosiguió Candre—, pertenecemos al mismo lugar, al mismo amor, pero nuestros pensamientos y nuestras vidas no concuerdan. Mantengo alejado a ese hermano y así lo amo. Tal como ama Dios a sus hijos mal nacidos.

—¿Mal nacidos?

Candre presionó el pulgar con tanta fuerza en su cuchara que la dobló ligeramente.

—Él es una oveja perdida, puede usted notarlo. Aunque no debería culparlo, Aimée. Puede culparme, enojarse conmigo por tan espantosa mentira, pero Angelin es lo que Dios hace con las almas débiles, con los muchachos pobres. No tiene caso culpar a un alma débil solo para debilitarla aún más.

Soltó la cuchara que, en su mano, se veía doblada.

Casi era la una de la tarde y Aimée se sentía fatigada como a mitad de la noche.

—No culpo a Angelin y tampoco a usted. Pero hoy le pido, esposo mío, que me cuente las cosas como son, como fueron. Tendremos un hijo juntos algún día y no quiero que ese niño sea un alma débil a causa de nuestras propias mentiras.

El rostro de Candre se iluminó, repentinamente marcado por algo parecido a la felicidad. Aimée lo encontró hermoso; la alegría, incluso fugaz, daba a su mirada magníficos matices.

—Ese es mi mayor deseo —dijo con una sonrisa—. No la decepcionaré, Aimée.

Luego agregó, acercando a ella su mano:

—No volveré a decepcionarla.

Aimée se pasó la tarde entera imaginando el domingo siguiente, y las noches precedentes aguardó a que su esposo llegara, como la noche anterior, a adentrarse en ella, a apretarla con tanta fuerza contra su pecho, contra sí, que su frágil y terso cuerpo de repente pareciera grande y grueso. De noche, Candre se transformaba: en las sombras ya no era el hombre de Iglesia, con la piel tan blanca que se podía adivinar el trayecto de la sangre debajo de ella; ya no era el hijo de los Marchère, el huérfano, de complexión delicada, salvado por su dinero y su nombre. Él venía hacia ella y su torso era cálido, sus muslos fuertes. Aimée lo sentía desplegarse en y detrás de su cuerpo, apenas podía creer que se trataba del mismo hombre, hasta su respiración era diferente y sus gestos certeros. Su caricia pasaba a veces como una brisa, a veces como una bofetada, y se sentía atrapada y transportada, y a pesar de las semanas de intentos imposibles, del sexo cerrado, ella lo amaba, a esa bestia que se deslizaba en su lecho y encendía en ella fuegos vivos hasta las primeras horas de la mañana, ella lo amaba y deseaba más, esa noche y la siguiente.

Amand Deville caminaba hacia su muerte. Una mano en el bastón, la otra en el brazo de su sobrino. Su cuerpo parecía ahogarse en su atuendo, solo su mirada persistía. Sus grandes ojos enfermos se aferraron a su hija tan pronto ella apareció, una vez cerrado el portón, en las escaleras de la finca.

Había envejecido diez años en un mes. La partida de Aimée había vaciado sus músculos, resecado sus rasgos, mordido su pierna sana. Su silueta asustó a la joven: su padre parecía muy débil. Claude, a su lado, lo sostenía con su hermoso cuerpo de militar, con toda su prestancia, una gran sonrisa fija en el rostro, pero tal aspecto aplastaba al padre, a quien la alegría del reencuentro no le devolvía los colores. Detrás de él, Josèphe, siempre vestida de sombras, parecía, por el contrario, elevarse hacia el cielo. Mientras su marido se hundía, como si su cuerpo y la tierra se convocaran, ella dejaba, en sentido opuesto, este extraño mundo. Parecía más alta, más delgada también. Y en otro lugar. Sus ojos iban de su hija a su yerno, del jardín a Henria, pero ninguna emoción se mostraba en ellos. Se detenía, como si no conociera el entorno, y Claude, al lado de su tío, le lanzaba de vez en cuando una mirada ansiosa.

—¡Estoy tan feliz de verlos, queridos padres, querido primo! ¡Vengan!

La emoción embargaba la voz de Aimée. Los tres frente a aquella escalera, Candre de su brazo: la imagen era hermosa. Sobre sus padres flotaba la promesa de un final: se hundían en la vejez. Aimée abrazó cálidamente a su padre y a su primo, a su madre con cortesía. Candre permaneció en su lugar, ofreciendo su brazo al padre mientras Aimée tomaba el de Claude, y todos, detrás de la enorme figura de Henria, fueron por el sendero, bajo el árbol donde Aimée creyó por un momento ver a Angelin, para

detenerse en la terraza, sin aliento, ahogados en la luz.

—Qué belleza —murmuró Amand.

Su mano se aferraba al traje de su yerno. La manga llevaría la huella de su palma toda la tarde.

—Es un regalo del Cielo —respondió Candre.

—¡Yo no sabría qué hacer con un regalo como este! —respondió el anciano.

A Aimée le costaba mirarlo. Él sufría. Su pierna, su edad, el calor. Su madre caminaba detrás, acostumbrada a tal sufrimiento. ¿Siempre había sido Amand así? Aimée sintió que su niñez se desmoronaba: nunca se habría imaginado a su padre en ese estado. Candre, a su lado, se mostraba al mismo tiempo amable e impasible, como si acompañara a un anciano a un funeral. Aimée lo encontró perfecto, en su papel, presente pero silencioso, como era su costumbre, capaz de imponerse sin siquiera hablar.

—Dígame, Candre, ¡no se estará burlando usted de mi prima! —rugió Claude con las manos en las caderas, adelantándose por la terraza.

Aimée suspiró. Su primo estaba visible y sinceramente impresionado por el paisaje. Pero no había cambiado: le resultaba imposible hacerle un cumplido a un hombre que no fuera él mismo.

—Nunca me burlaría de mi esposa, solo de su primo —respondió Candre llevando a Amand hacia la sombra, cerca de la ventana.

Claude se dio vuelta. Interrogó a Aimée con una mirada.

—¡Tu marido sigue igual de encantador! —exclamó.

—Y tú sigues igual de celoso.

Candre llevó a sus suegros a la sala; la mesa estaba puesta donde la pareja solía desayunar. Aimée lo escuchó explicarle a Josèphe:

—Tenemos un salón de recepciones, pero pensé que les resultaría más agradable disfrutar del paisaje y ver dónde comienza su hija los días; es el lugar más agradable de la casa…

Ella se volvió hacia su primo y le susurró al oído:

—El lugar más agradable de la casa es mi cama.

Claude se echó a reír. Su prima apoyó la cabeza en su hombro, lo suficiente para no despertar la vergüenza de su madre y los reproches de su marido. Se sentía tan libre y poderosa, rodeada de estos dos hombres, jóvenes y fuertes, quienes la amaban cada cual a su manera. Claude, con la cabeza en alto y el pelo peinado hacia atrás, parecía un general curtido. Aimée

sintió la dureza de los nuevos músculos debajo de su chaqueta: su primo había embarnecido. Los rasgos de su rostro se habían afinado, ya no tenía en las mejillas y la barbilla esa redondez que Amand adoraba y solía pellizcar. Solo la voz y la arrogancia tenían más del chico que del hombre. El resto ya estaba moldeado por la escuela militar, por el amor a los caballos y la velocidad de las carreras. El día en que su insolencia se convirtiera en orgullo real, lo habría perdido por completo.

En la casa, Candre instaló a sus suegros en la mesa, mientras Henria desempolvaba los asientos. Aimée lo escuchaba hablar sobre los libros de su biblioteca, preguntar si los caballos de la finca se portaban bien, si Amand siempre enviaba a alguien a la feria. La voz de su padre le llegó a retazos.

—Mi padre está enfermo, Claude. Nadie me mencionó nada —susurró.

—No está enfermo, está viejo. ¿Qué querías que te escribiera? ¿«Aimée, sé fuerte, tu padre envejeció»? Tú tampoco has escrito…

Claude tenía razón. Su matrimonio la había llevado a menos de treinta kilómetros de la casa familiar, pero se sentía en otro país, lejano, atrapado en lo profundo del valle.

—Tú estás con ellos, pensé que los cuidarías.

—Es lo que hago. Pero, Aimée…

Sacudió la cabeza.

—… me iré pronto, a Joigny. Asistiré a los generales. Dicen que es necesario para ganarse un lugar allí después.

Aimée sintió que se le encogía el estómago. Entonces iba a partir. De verdad.

—¿Cuándo?

—A fin de mes.

Se imaginó la vida de sus padres, sin Claude, entre los almuerzos en la gran sala y las caminatas, cada vez más cortas, en el jardín.

—¿Qué dicen mis padres?

—Amand está muy orgulloso de mí.

Lo había dicho levantando la cabeza, como cuando niño. Tomada de su brazo, Aimée sintió pasar todos esos momentos insignificantes y repetidos que los habían llevado allí, juntos, frente a ese paisaje desierto de vida, saturado por árboles y secretos, donde sus caminos pronto se separarían. Había venido para eso: para decirle que se iba.

—Te extrañaré, Claude.

—¡Espero que me extrañes, de lo contrario no habrá servido

de nada que me vaya! —dijo en voz alta.

Después del café, Amand y Josèphe se instalaron en la terraza. Candre había hecho sacar los sillones y ordenado extender un grueso lienzo blanco que proyectaba frescura sobre la piedra. El almuerzo se prolongó hasta las cuatro de la tarde. Hablaban cortésmente sobre el número, tamaño y color de los caballos en la feria; Josèphe murmuró que este año no irían, el evento se estaba volviendo demasiado arduo para el corazón y la pierna sana de su esposo. Claude, en su rincón, escuchaba a su tía y vigilaba a su tío. No decía mucho, por primera vez en su vida.

—Estoy sorprendido, Claude —dijo Candre, volviéndose abiertamente hacia él.

—¡Vaya! ¿Por qué?

—No lo hemos escuchado mucho. Estoy casi decepcionado, durante mis visitas a la finca Deville estuvo usted muy parlanchín.

Aimée no pudo reprimir una risa que propagó entre los invitados. Adivinó la exasperación de su primo bajo su ceño fruncido.

—Es que me encuentro un poco preocupado… Me imagino que sabe lo que es eso, ahora que está casado —espetó.

Candre se tensó.

—Ya estuve casado antes, sé lo que significa y que es sublime.

Aimée vio que el rostro de Claude se cubría de pena y vergüenza. Amand tuvo un escalofrío y Candre se levantó de inmediato para tomar un gran chal de lana doblado sobre la mesa, perfumado de pino silvestre.

—Lo siento —dijo Claude, lo cual sorprendió incluso a Josèphe.

Nunca se había disculpado con nadie. Su aire de

honestidad, su cuerpo ligeramente agachado y sus ojos, que buscaban un rápido perdón en los de Candre, conmovieron a su prima. Su padre envejecía, su madre se reservaba y su primo dejaba poco a poco la etapa de muchacho y pasaba a la de hombre.

—No pasa nada. ¡Me habría preocupado si no soltara alguna bravata! Vamos, Aimée, muéstrele a su primo la finca, yo me quedaré aquí con Josèphe y Amand. ¡Este gran jinete debe necesitar estirar las piernas!

Acompañó sus palabras con un gesto de sacerdote, dos dedos levantados sobre sus inocentes cabezas, mientras Aimée y Claude obedecían como niños dichosos de que se les excusara de la mesa. Penetraron en el paisaje dando vuelta a la casa, ella aferrada a su brazo, él todavía incómodo por su mala broma; caminaban rápido, aturdidos por la comida y el olor de los pinos.

Mientras ascendían, pasaron frente a la ventana de la sala de música. Tomaron una desviación antes de los establos y llegaron al claro talado por los trabajadores para almacenar la madera recién cortada. El amo del lugar se negaba a que los apilaran en diversos lugares del bosque: los troncos, una vez caídos, debían llegar aquí. Aimée y su primo se deslizaron entre los troncos, el aire era más cálido, el olor a madera cortada subía hasta las fosas nasales. Más allá del claro, el camino, ensanchándose, se perfilaba hacia la sombra. Aimée no podía ver nada, le parecía que una encrucijada separaba el sendero en tres direcciones. Una iba directamente a los establos, formando una curva en el bosque, donde los palafreneros refrescaban a los caballos en verano.

—Has crecido, Claude —dijo, sentándose en un tronco que se balanceó ligeramente.

—Ya era hora de que sucediera.

Su primo permaneció de pie, olfateando alrededor.

—Ven y siéntate. Pareciera que tienes miedo.

Él la miró sorprendido.

—¿Y qué hay de ti, no tienes miedo? Mira dónde estamos. En verdad, Aimée, mira a tu alrededor. Árboles y un esposo sacerdote. Una chica no tiene nada que hacer aquí.

—Ya no soy una chica, Claude.

Él asintió.

—Ya era hora de que eso también sucediera —murmuró.

Luego caminó alrededor de una pila de troncos secos. Pasó

una mano sobre ella, como la de Émeline en la espalda de su alumna, sí, eso fue lo que se deslizó sobre ella cuando Claude desapareció detrás de los troncos. Émeline daba vueltas a su alrededor los jueves como ese hombre en este claro.

—Una vez que tengas a su hijo, no podrás salir de aquí.

La voz de Claude se elevó entre los árboles.

—Deja de decir tonterías.

Dio un salto donde estaba ella.

—Te estoy diciendo la verdad, Aimée. ¿Estás segura? ¿Quieres acabar tu vida en el bosque con un hombre que prefiere a Dios por sobre las mujeres?

—Sí.

Tragó saliva: el calor se apoderaba de ella. Claude se acercó y se sentó, la tomó contra su pecho y la meció, eran de nuevo dos niños. Y temblaban de miedo.

—¿Qué está pasando, Aimée?

Continuó meciéndose mientras le hablaba. Ella podía escuchar su corazón latir bajo ese pesado pecho, y aquel corazón parecía muy fuerte, incansable. *Un corazón de toro,* pensó, dejándose llevar por su ritmo.

—Necesito que hagas algo por mí.

Ella mantuvo los párpados cerrados. Claude seguía martillando en su oído la melodía de su vida, que latía, latía, latía.

—Lo que quieras, prima.

Alrededor las aves se escondían en las cimas, se podía oírlas rozar las ramas y entonar frágiles cantos.

—Quiero que vayas a todos los albergues, a todas las casas de juego de los alrededores. Pregunta si ha ido Angelin, el sirviente de Candre. Pregunta en todas partes. Probablemente no sea nada, pero necesito saberlo, para estar segura, ¿entiendes? Para quedarme aquí tengo que estar segura de las personas que viven conmigo. Ve y pregunta, Claude.

El pecho de Claude se estremeció bajo su mejilla. Pero siguió abrazándola, como si quisiera que se durmiera apoyada en él. El rostro de su prima le parecía tan blanco, su piel tan fina. Ella, poco a poco, iba tomando el aspecto de Candre.

—Muy bien, haré lo que pides. Pero solo porque se trata de ti. Hay lugares donde las cosas deben mantenerse ocultas y secretas. Me pides que vaya a buscar a esos lugares. Vaya que debes tener miedo, prima.

—Te explicaré una vez que esté hecho. No hablemos más de eso.

Así que la abrazó, sujetando ese frágil y mágico cuerpo contra su pecho, y las aves se quedaron en silencio para siempre.

Esa noche Candre llegó y se quedó largo rato. Aimée creyó que dormirían juntos, pero justo cuando pensaba que se había dormido, lo sintió deslizarse fuera de las sábanas. Estaba agotada por el día y también por la noche; su marido se había aferrado mucho más a ella, casi dolorosamente, y por primera vez sintió algo más que su dulzura, una especie de rudeza, de violencia que venía de otra parte, que lo había vuelto más duro, más intenso. Le dolió el sexo hasta mucho tiempo después, se quedó allí con las piernas abiertas, recostada en la cama como una paciente a la que fueran a examinar, mientras llegaba el amanecer y, con este, el recuerdo de su conversación con Claude.

Quería creerle a Candre. Más que cualquier otra cosa. Lo veía, todos los días, ordenar el espacio y el tiempo según sus gustos, leía en él una atención que solo había conocido en las enfermeras y en las madres, y aquello la conmovía profundamente. Sin embargo, persistía la duda. Una nimiedad. Pero la sentía en su interior cuando la casa estaba en silencio, cuando los árboles murmuraban en la ventana. Escuchaba, de la discusión de los hombres afuera, una que otra palabra al pasar, y se estremecía y su confianza se disipaba. Faltaba una pieza del rompecabezas. Tenía documentos, direcciones, fotos, podía rebuscar una y mil veces en el despacho de su marido, perseguir a Henria por la casa o en la cocina; tenía acceso a todo eso, pero le parecía, en el fondo de sí misma, que la finca aún no le pertenecía y que tampoco le abría las puertas, que las sombras oscurecían su memoria y se burlaban de ella. No podía explicarlo: simplemente lo sentía. Tal como se sienten el miedo o el deseo. La visita de Claude y sus padres había sido una bendición: él haría su investigación y todo estaría en orden.

Desde que se enteró de la verdad en torno a Angelin, soñaba

que su propia lengua le era robada: sin dolor ni llanto, la mano de un hombre tiraba de ella y se desprendía como el picaporte de una puerta. El hombre —una mujer no habría sido capaz de tal acto— sin rostro se la llevaba; entonces Aimée despertaba, perdida, verificaba que estuviera su lengua en la boca y volvía a dormirse. Durante el día, imaginaba cómo sería vivir así, con el recuerdo de ese desprendimiento brutal que, para él, debió haber sido tan doloroso como terrible, vivir con su madre que lo apoyaba en todo y con aquel hermano mayor rico, de otra sangre, dentro de la misma fortaleza. Trató de imaginarse la vida de Angelin, sus pensamientos, sus penas, pero sus mundos, si bien se cruzaban, no se mezclaban.

Salió temprano de su habitación. Los lunes siempre se levantaba a esa hora particular en que el sol teñía el bosque de un azul pálido, casi rosado, que le encantaba mirar mientras desayunaba. Ahora la casa le resultaba familiar: reconocía sus ruidos, sus murmullos, sabía siempre dónde estaba Henria, adivinaba los pasos de Candre. El amanecer era su reino: se sentía, por fin, en su lugar.

Cruzó la entrada como una reina; su bata de cama, aunque atada, se arrastraba un poco. A la tenue luz de la mañana, el cabello le ondeaba sobre la frente.

Se detuvo en el umbral de la sala. Dos hombres, dos cocheros, con impecables ropas color café, se encontraban de pie cerca de la mesa donde Candre, sentado, los escuchaba. Hablaban inclinándose hacia él; el amo del lugar no se movía.

Dio un paso adelante hacia la habitación. Los cocheros se volvieron e hicieron una profunda reverencia. Tenían los ojos fatigados y caídos. Ambos llevaban la gorra en la mano, no esperaban verla tan temprano, y cuando se acercó a ellos dieron un paso atrás, acostumbrados a los caballos más que a las mujeres.

—Aimée —dijo Candre, levantándose—, Aimée, venga.

Le tendió las manos.

—¿Qué le pasa? Parece preocupado.

—¡Oh, Aimée!

Casi gimió. Su voz se había elevado de repente. La atrajo hacia él, sus hombros parecían más anchos, más sólidos.

—Su padre ya no está con nosotros.

Ella trató de alejarse. ¿Qué había dicho? ¿Estaba todavía dormida? No, la sostuvo firmemente entre sus brazos; ella

comenzó a temblar.

—Aimée, lo siento tanto. Estoy aquí para usted, y la amo.

La abrazó con más fuerza, tanta que sus lágrimas, silenciosas, desaparecieron en el terciopelo de su chaqueta. La ropa de Candre bebió los sollozos de su esposa, sus brazos atraparon su turbación y su dolor. Se quedaron allí, entrelazados, ante los ojos vacíos de los cocheros que finalmente desaparecieron.

—Estaba aquí ayer —gimió—. ¡Apenas ayer! ¿Cómo es posible, Candre?

—Siéntese.

La guio suavemente hasta un sofá a la sombra. Aimée se derrumbó: Candre se arrodilló frente a ella. La palidez de su rostro, en sus ojos anegados, era muy dulce.

—Esos señores vinieron de madrugada para avisarnos: su padre se sintió mal justo al llegar a la finca Deville. Ocurrió durante la noche. Su madre dice que quería verla antes de irse. Dios le dio esa oportunidad.

Dios. Cómo esa palabra significaba todo para Candre. Cuando hablaba de Dios, creía en él con tal fuerza que ella habría creído también, para calmar su garganta quemada por los sollozos.

—Es demasiado pronto, Candre, demasiado pronto.

—Sé lo que esto significa, Aimée, créame, lo sé.

En su dolor, el rostro de Aleth, fotografiada con su perro y su aire de niña sabia, se coló un segundo antes de desaparecer. Candre conocía la muerte, había estado cerca de ella desde su niñez, sabía lo que vaciaba y llenaba, en los huesos, en la carne, en la lengua, y el hoyo que cavaba, esa muerte, justo en el pecho. Estiró las manos, tensó los músculos, metió los hombros, listo para luchar una vez más, para tomar el dolor de su esposa como suyo y ella podía sentirlo ahí delante, ese anciano de treinta años, todo blanco de muerte, todo lleno de Dios: él comprendía.

—Claude debe estar devastado —murmuró ella—. ¡Y mi pobre madre!

—Si quiere que su madre venga a vivir aquí, será recibida con alegría, Aimée. No puedo decir lo mismo de su primo.

Una sonrisa se abrió paso entre sus lágrimas. Candre la hacía reír. Se las había arreglado para hacerla reír. Alrededor, la habitación estaba cargada de fantasmas.

—Aimée, su padre será enterrado el miércoles. En su pueblo. Si desea reunirse con su madre y su primo, hoy o mañana, cuando le resulte más conveniente, los cocheros estarán

a su disposición. Me encargaré de notificarle a su profesora de música, para la próxima clase, y…

—¿Notificarle sobre qué?

Candre retrocedió. Ella había levantado la voz.

—Bueno, de la muerte de su padre. No está en condiciones de tomar una lección de música.

—Yo pienso, por el contrario, que la necesito con urgencia. Haga que venga el jueves, a la hora programada.

—¿Está segura?

Aimée se inclinó hacia él.

—Estoy segura.

El temblor había pasado del cuerpo a la voz.

—Partiré esta noche para reunirme con mi madre.

—La veré el miércoles, entonces. Estoy a su disposición, Aimée. Dios está con nosotros.

Ella soltó un prolongado suspiro, los ojos cerrados, balanceándose.

—Dios quizá está con nosotros, Candre, y nosotros estamos aquí, solos.

—Hagamos entonces lo mejor que podamos.

Se levantó y su rodilla crujió. Le tendió los brazos a Aimée, ella se deslizó hacia él; luego la condujo a su habitación, donde durmió largo tiempo, atrapada en un sueño cargado de pesadillas y de recuerdos.

Incluso los caballos avanzaban sin hacer ruido. El trayecto le pareció corto. Aimée pensaba en su madre: ahora, Josèphe viviría sola. Entre sombras y recuerdos.

Nunca había visto a Josèphe más que al lado de su marido. No, siempre había visto a su madre con su padre, inseparables y tiernos con su hija, sin serlo uno con el otro. ¿Qué sería de ella? ¿Se quedaría Claude en la finca Deville para que ella pudiera continuar entre esos muros? ¿Debería Aimée invitarla a vivir a la finca, a esa casa que nunca amaría, tan diferente de la suya? ¿Seguiría, sola, cruzando los pasillos, subiendo las escaleras, pasando la mano por las superficies de su infancia? Josèphe. Incluso su nombre era de hombre. No la habían llamado Joséphine. Desde su nacimiento, le habían impuesto esa presencia masculina incluso en la voz, en la manera de llamarla. Josèphe era la esposa de Amand, Josèphe era el nombre de un marido, padre o hermano, y ahora que los hombres abandonaban su vida, uno a uno, Aimée trataba de imaginar dónde echaría raíces lo que restaba de su existencia. No sabía si su madre amaba, respetaba, o si temía a Candre. No sabía qué pensaba de la finca Marchère, de sus vestidos nuevos, de esta vida lejos de la suya. Aimée no sabía nada de su madre. Y probablemente su madre tampoco sabía nada de ella.

Las rejas de la finca estaban cerradas. Los jardines alrededor de la hermosa casona se veían tristes y ralos, la luz del atardecer parecía caer sobre ellos como tiza húmeda. Aimée reconoció su infancia, pero en el sendero por donde trotaban los caballos, sintió que se le encogía el corazón: ya no amaba esa casa. Todo le resultaba ahora claro, evidente, la luz llegaba a todas partes. Los

muros eran visibles, incluso bajo la noche se podía discernir la forma de las piedras y el marco de las ventanas. Era una casa viviente, sumisa ante el duelo y la pérdida, indolente en aquel paisaje donde el bosque no devoraba a los hombres. Aimée se sintió derrotada; su padre la había dejado, y con él el amor que tenía por ese lugar.

Josèphe la aguardaba en la puerta. Aimée leyó la inmensa pena que su busto erguido y sus bien dibujados rasgos no disimulaban. Se abrazó contra ella con ternura, pero sus brazos le parecieron incapaces de afecto, el dolor hacía rígido todo su cuerpo.

—Viniste muy rápido, hija mía —dijo Josèphe, dando un paso atrás.

Su mirada pasó sobre ella y Aimée sintió que perdía diez años de edad. Los ojos la recorrieron, inspeccionaron su cuello, sus botones, su abrigo, sus medias, en busca de una mota de polvo, un mechón suelto, un hilo gastado. Los mismos ojos. Incluso en el duelo, cumplían su misión. Lo controlaban todo.

—¿Dónde está? —preguntó Aimée.

—En la habitación verde.

—Me gustaría verlo ahora.

Los ojos dejaron el atuendo para buscar el rostro.

—Si así lo deseas. Guardaré tu equipaje. Trajiste pocas cosas.

—No me quedaré mucho tiempo. ¿Dónde está Claude?

Josèphe suspiró.

—Afuera, en el pueblo. Ya conoces a tu primo. Retrasó su partida hacia Joigny.

—Qué bien.

La madre vio a su hija desaparecer en la casa. Los escalones crujieron: hasta el pasillo se pudo escuchar a Aimée subir las escaleras para ver a su adorado padre por última vez. Josèphe permaneció así un largo rato, con la mirada perdida en el paisaje, esos prados, esos árboles y esas flores; eso era lo que le quedaba, eso era lo que consiguió de esa vida allí sin decir nada, o hablar en voz baja sin ser escuchada. Maleza y una gran casa vacía.

Amand vestía su uniforme y, deslizada en su palma, la fusta del ejército parecía una larga espiga de trigo sarraceno. La chaqueta le abultaba el torso. Le habían dado un aire de soldado muerto en combate. Su rostro estaba gris, los zapatos relucían. Una lámpara ardía en un pedestal cerca de la cama: cuando Aimée entró, le

pareció ver solo un rostro dormido débilmente iluminado, que el cuerpo se había marchado para que se recordara solo eso, ese rostro pacífico, no la pierna enferma, no el accidente del caballo. Solo Amand, su amabilidad, sus finos rasgos, su rostro apacible pero feliz. Incluso en la muerte, las huellas de su bondad persistían, Aimée esperaba ver que sus fosas nasales de repente se ensancharan, imaginó que una sonrisa podía iluminar ese gris pálido, pero mientras se acercaba comprendió, en la penumbra, las palabras de Candre.

—«Dios está con nosotros» —murmuró.

Un sillón cubierto por un cojín azul proyectaba sus sombras en las paredes. Aimée se hundió en él: se acordó de ese padre, de aquellas palabras cuando dio la bienvenida al hijo de los Marchère.

Y si es en esta tierra mejor hombre
que sus semejantes, entonces creo en él.

La voz de su padre siempre la había tranquilizado. Ya no la escucharía; a partir de ahora solo podría recordarla, en otro lugar, lejos de ese paisaje sencillo que había pulido aquella voz. Eso era lo que le haría más falta: la voz de Amand. Incluso envejecida. Le habían robado un pétalo de su juventud; pronto quedaría de aquel tiempo, de esta casa, nada más el corazón, frío y solo, de Josèphe.

—«Dios está con nosotros, y tú sigues aquí» —citó de nuevo, muy suavemente, como para no despertarlo.

Tenía una expresión melancólica en el rostro que la muerte no había endurecido: al contrario, acentuaba esa extraña dulzura, en medio de aquel día en que los recuerdos se agolpaban, temiendo perderlos para siempre. Amand conservaba para la eternidad una expresión discreta, desprovista de dolor. Estaba vestido de soldado y moría con rostro de sacerdote.

La habitación era pequeña. Acomodada para recibir a un hombre muerto, en el primer piso, daba al estanque en la parte trasera de la casa, por cuyo borde habían caminado Aimée y Candre juntos. El cielo se detenía en los cristales. Aimée, al subir por las escaleras, pensó que la muerte habría invadido la habitación. Se equivocaba: solo anidaba la ausencia en esta pieza de paredes verdes. La muerte esperaba afuera a que por fin le entregaran a su nuevo pasajero.

Aimée se quedó largo tiempo junto a la cabecera de su padre. Se perdía en sus sueños. Por un momento, se quedó dormida: un golpe en la puerta la sacó de sus pensamientos.

—Si tienes hambre, la comida está lista —murmuró Josèphe sin entrar.

Al principio, la indignó que su madre pudiera pensar en tales cosas, en un momento como ese. Luego se percató de que tenía hambre; no había probado bocado desde la noche anterior.

Dejando el borde de esa cama habitada por un mundo extraño, el de los muertos y los fantasmas, Aimée pensó en Candre. Comía poco porque conocía tan de cerca la muerte que estaba dispuesto a recibirla, a dejarse llevar por ella. A amarla. «Dios está con nosotros», susurró por última vez mientras se alejaba de su padre.

Frente a la tierra fresca, removida el día anterior, se mantenían de pie. Claude no vestía su uniforme. Su caballo se había quedado en el establo. La mayoría de la gente nunca lo había visto tanto tiempo sobre sus propios pies: su largo cuerpo, desprendido de sus raíces, estaba hecho para la velocidad, para el aire y la bestia. Allí, en aquel cementerio rodeado de tilos, el primo se tambaleaba bajo el cielo, sacudido por la pena, despojado de su caballo, al cual al menos podría haber sujetado de la brida para emplear en algo las manos. Aguardaba, entre su prima y su madre adoptiva, a que pusieran la capa de tierra sobre el ataúd de Amand, a que se quedara solo, al fin, aquel tío que le había enseñado todo: las armas, el uniforme, el caballo. En medio de sus semejantes cerró los ojos, se imaginó en el patio de Saumur o de Joigny, donde pronto se encontraría, le entregarían un hermoso animal, un palafrenero, un ayudante, su habitación se abriría hacia el Loira o hacia un internado de jóvenes mujeres; él seguiría hermoso, ese era su tesoro, su cuerpo y su rostro, esculpidos a golpe de entrenamiento, de consejos y repeticiones. Amand había inculcado en él la distinción; sin embargo, nunca se había quedado en silencio. Excepto en este día.

—Me preocupas, Claude —susurró Aimée.

Inclinó la cabeza hacia ella. No se atrevía ni a mirar de soslayo la tumba abierta, aquel agujero lo habría devorado.

—Tengo la impresión de que estoy más triste que tú. Tu padre era tan bueno, Aimée. ¿Lo comprendes? Nunca encontraré a otro hombre como él.

Desde que volvió a casa, Aimée lo encontró difícil. Roto. Apenas hablaba con ella. Frases cortas, secas —«sí», «haremos eso», «será a tal hora»—, y su voz era como una puerta azotada por el viento, sacudiéndose al aire, desesperada. Claude había

perdido más que a su tío; su vida, ya mutilada, se derrumbaba un poco más, y en sus arrebatos Aimée veía que los hombres se comportaban siempre como niños inquietos, revoltosos, trémulos por la pérdida. En ella la pena excavaba galerías: Amand había partido, ella había vivido a su lado días duros y felices, con los que llenaba esas sendas interiores. En su dolor, una voz apacible le murmuraba que había tenido suerte: amaba a su padre muerto tanto como en vida. Claude comprendía lo que perdía y bajo su alma se abría un inmenso vacío, al borde del cual su orgullo retrocedía. Sentía que se lanzaba a él.

—Mira a esta gente, Claude.

—La gente me tiene sin cuidado.

—¡Cállense los dos! —gruñó Josèphe.

No había derramado una lágrima, su voz se había convertido en un martillo, cada palabra un golpe, pesado y duro. Sus hijos llevaban dos días deambulando por la casa: nada había cambiado en sus maneras, sus horarios, sus lugares. Dormían en sus mismas habitaciones, se levantaban después del amanecer, paseaban entre el estanque y los establos. El cadáver de Amand ocupaba tanto espacio que era preferible no decir nada, quedarse cada quien en su lugar, terminar su plato y huir afuera o arriba, cerca del muerto y lejos de Josèphe. La familia se desmoronaba con la partida del caballero cojo y, con aquella orden —«¡Cállense!»— Aimée y Claude recuperaron repentinamente el candor de antes. Una palabra, y una brasa ardió en el tumulto ennegrecido de sombreros, vestidos y trajes, velos y zapatos lustrosos. Detrás de la familia Deville, Candre acompañaba discretamente a Aimée; había insistido en quedarse allí. Claude sintió su mirada fija en su prima, su aliento en la nuca. Él sujetaba a Aimée por el brazo, pero Candre la inmovilizaba con su sola presencia.

La multitud formó un medio círculo alrededor de la tumba. El sacerdote que había desposado a Aimée hizo un largo oficio, apostado ante el ataúd, dirigiéndose más al muerto que a los vivos; se podía sentir en su voz, aunque habituada, un ligero titubeo.

—Solo lo perdemos si lo olvidamos. Nosotros somos su tumba, Amand, y esto lo escucha y aprende cada alma presente. Ninguna flor se marchitará en esta tumba, ninguna voz mancillará su nombre, ningún viento se llevará su casa. Es usted un buen hombre. Usted merece a Dios más que nadie.

Candre se tambaleó ligeramente. Aimée sentía que se le revolvía el estómago. ¿Qué pensaba él, relegado a un segundo

plano, de esas palabras? ¿Qué había sentido cuando enterraron a su madre, luego a su esposa, en esta tierra, bajo sus ojos acostumbrados al cielo, a los árboles y las sombras? Aimée le infligía ahora una muerte más.

Se hizo descender a Amand a la tierra. Un movimiento recorrió al grupo; el cielo se hizo más bajo, los sombreros se hundieron en los cráneos, se llevaban el guante al corazón y echaban una mirada a la familia. El pecho de Josèphe se agitaba bajo su abrigo, se podía notar su garganta apretada y sus dedos aferrados al bastón del marido, que mantenía junto a ella, mientras sus dos hijos, Aimée y Claude, se abrazaban sin mirarla, sin ofrecerle ningún brazo, ningún hombro. Así los había criado y ahora solo le quedaba ese pedazo de madera, la pierna de su marido.

—Si hay un paraíso, creo que le dirán a mi tío: «¡No te esperábamos!» —susurró Claude al oído de su prima.

Una carcajada sacudió sus entrañas. Las lágrimas fluían hacía su boca y volvían a brotar, ahuyentadas por un hipo. Claude le apretó el brazo con más fuerza, y cuanto más apretaba, más se reía y lloraba ella; qué idiota, este primo, qué idiota y qué hombre.

Su risa se apagó al escuchar, a sus espaldas, una especie de suspiro, semejante al de un animal herido. Era Candre. Se preguntó si estaría enojado con ella, si veía su nuca temblar, si había escuchado las palabras de Claude. Él mantenía los labios apretados pero su espalda estaba a punto de estallar. Candre, en segundo plano, reinaba sobre su mujer: Claude la protegía, la domesticaba. De repente se sintió estúpida por haberse reído de esa manera, imaginó que la habían visto, que su madre sería el hazmerreír del pueblo, que dirían cosas terribles de ella. Puso una mano sobre la de Claude, apretó sus dedos y soltó su brazo del de él.

—¿Qué pasa?

—De repente no me sentí bien.

—No creo que este sea un momento para sentirse bien, Aimée.

Ella sonrió. Hasta el final admiraría a Claude. Todo en él le recordaba lo que ella no era.

Después, cada uno arrojó tierra y sus recuerdos a la fosa. Estrecharon la mano a Josèphe y el hombro de Aimée. A veces, los hombres sostenían la mano de Claude durante un tiempo

prolongado. Decían un par de palabras, repetidas cien veces, y Josèphe asentía mientras el frío le entumecía los dedos; sus pies se humedecían mientras esperaba que la procesión se dispersara por el portón, la tumba permanecía abierta como una herida, a los ojos de todos; incluso se podía ver el ataúd brillando en el fondo. Cuando los últimos dolientes salieron del cementerio, Candre se acercó, a su vez, a abrazar a la viuda. No dijo nada. Luego se alejó, sus caballos lo esperaban, y se mantuvo cerca de ellos de pie con los brazos echados un poco hacia atrás, muerto sobre sus piernas.

—Déjenme sola, muchachos —gruñó Josèphe.

Obedecieron. Aimée tomó el sendero principal para encontrarse con su esposo, pero el primo la llevó hacia un costado.

—No tenemos mucho tiempo. Sígueme.

—¿Qué haces? Candre me espera. Se preocupará.

—Solo será un minuto.

Se alejaron hacia el fondo del cementerio. Claude tomó una bifurcación a pocos metros de la tumba de Amand; siguiendo un sendero cubierto, llegaron a una pequeña casucha de piedra.

—¿Qué estamos haciendo aquí, Claude?

Su primo se detuvo frente a la puerta, muy baja, y la abrió sin llamar. Era una construcción de una sola habitación, protegida del frío y la lluvia. Las herramientas se almacenaban allí, y en el centro de la pieza sin ventanas, un hombre sentado en un taburete contaba sacos de tierra. El sepulturero apenas volvió la cabeza: los esperaba.

—Aimée, él es el señor Laenens. Él cubrirá la tumba de Amand.

Ella lo saludó con un gesto de la cabeza y se detuvo en sus manos. Eran enormes, despellejadas. Se imaginó lo que esas manos le harían a una mujer como ella. Se imaginó a Candre con dedos de ese tamaño y surcos tan profundos.

—También fue quien enterró a la primera esposa de Candre.

Ella se sobresaltó. Las náuseas le anudaron las entrañas y treparon, de repente, a su garganta.

—Vámonos, Claude. No tenemos nada que hacer aquí.

Se dio vuelta, buscando el aire frío, pero la puerta estaba cerrada.

—¡Aimée! ¡Mírame!

Ella lo ignoró.

—Aimée, escúchame. Angelin nunca fue visto en las tabernas. No juega. No bebe. Los hombres ni siquiera saben cómo

es: se ríen de él diciendo que sigue siendo el niño de su madre.

—¿Cómo?

Ella jaló la manija. El hombre sobre su taburete continuó con su conteo; Claude, en medio de ambos, miraba a su prima.

—Angelin no juega. He preguntado en todas las salas de juego, incluso en las peores. Él no juega.

Ella jaló más fuerte, sus brazos se tensaron. Candre la esperaba, debía de estar preguntándose justo ahora qué hacían.

—Tenemos que irnos, Claude. Mi marido estará preocupado, no debe encontrarnos aquí.

—Eres la hija del difunto, tu marido esperará —respondió Claude secamente—. Pasé los últimos días bebiendo con medio pueblo y conocí al señor Laenens. No conoce a Angelin, pero recuerda a Candre.

—Todo mundo recuerda al señor Marchère —gruñó el sepulturero.

—Pero no todo mundo enterró a su primera esposa.

—Es verdad.

Claude puso expresión de fastidio. Luego se inclinó sobre su prima y le susurró:

—Le he pagado, Aimée. Ahora pregúntale lo que quieres saber. Después puedes ir a encontrarte con tu marido y sus mentiras.

La jaló suavemente hacia atrás, se deslizó contra la puerta y se fue, dejando a Aimée sola con el sepulturero.

El señor Laenens era gordo de todas las partes del cuerpo: sus nalgas eran anchas, su estómago servía de mostrador para sus codos y la cabeza estaba apoyada sobre sus hombros sin que pudiera discernirse el comienzo de un cuello.

—¿Tiene usted hijos? —susurró ella, apoyándose contra la puerta.

—Si los tengo, no estoy al tanto —respondió él con una sonrisa desconsolada marcada en su rostro.

Ella se imaginó que el tipo se había llevado bien con Claude.

—¿Qué le inquieta, señorita? —preguntó, esta vez con la cabeza vuelta hacia ella.

—Señora.

—Disculpe, señora.

Ese hombre. Esos sacos de tierra. La tumba abierta. Candre y sus mentiras. Todo la inquietaba.

—Su primo me habló del pequeño, Angelot, Angelin… ya no sé. Nunca lo he visto. Su padre, por otro lado, era un gran tipo. Se fue después de haber tenido algunos problemas. Pero su hijo se quedó con su madre y el patrón.

—El patrón, como usted lo llama, es mi marido.

—Lo sé, señora.

Se aclaró la garganta. Aimée pensó que iba a escupir en el suelo.

—Así que fue usted quien enterró a Aleth.

—No recuerdo su nombre, señora. Aquí hay muchos muertos y tengo mala memoria.

Aimée sonrió a su pesar. El señor Laenens pareció sorprenderse.

—No es mi intención causarle mal alguno, sabe.

—Lo sé.

Ella dio un paso adelante. Él no se movió. ¿Dónde había encontrado Claude a esa clase de hombre? Donde las mujeres no iban. Donde las mujeres que llevaban el apellido Marchère no iban.

—Fue un asunto extraño, si me lo pregunta. Muy pocas personas para una familia así.

—Querrá decir una familia como la mía.

Laenens asintió con la cabeza, como lo haría un niño castigado.

—Lo siento, señora, no es mi intención burlarme ni faltarle al respeto, pero por lo general, con la gente de su tipo, siempre llega mucha gente.

—¿Y esa vez no?

—Creo que su esposo pidió que fueran solo parientes. Quizá porque era joven, la primera. ¡En fin! Es duro, a esa edad.

Aimée se estremeció. Su padre era muy mayor y, sin embargo, también era difícil a esa edad.

—Cuénteme.

—Ya se lo he dicho, no tengo buena memoria.

—Solo de lo que se acuerde.

—Sabe, señora, es extraño que me haga preguntas sobre eso, me pone en un aprieto.

Aimée puso expresión de fastidio.

—Quiere más dinero, ¿verdad?

Laenens se levantó de un salto. Su taburete casi se cae. De pie, el hombre parecía un gigante.

—No me tome por lo que no soy, señora. Ustedes son de buena familia, yo soy buena gente.

—Lo siento, señor Laenens, le suplico que me perdone. También es extraño para mí hacerle todas estas preguntas. No sé qué estoy haciendo aquí, ya me voy. Perdóneme.

Le temblaban las manos. Las apoyó contra su vientre, el calor trepaba por sus mejillas entre las viejas paredes de piedra. Sujetó la manija y la jaló; un rayo de sol cruzó el rostro de Laenens.

—Señora. Hay algo más: el señor Candre tenía un perro pequeño. Lo recuerdo porque me pareció algo raro, hombres tan importantes con perros tan pequeños. Era de la difunta.

Aimée se detuvo en la pálida luz. Recordó la foto en el despacho de su esposo. Aleth y el animalito a sus pies.

—¿Qué fue de aquel perro? —dijo, soltando un suspiro.

—¡Eso no lo sé, señora!

—Gracias. Me voy ahora. Mi señor me espera.

Buscó el aire. A su espalda, Laenens se volvió a sentar.

—Lo que puedo decirle es que, en el sepelio de su ama, el perro no ladró.

Claude aguardaba, fumando un cigarrillo contra la pared de un mausoleo.

—Fumas en un cementerio, vas cada vez mejor.

—Tú participas en una intriga en un cementerio, vas cada vez peor.

A Amand le habría hecho gracia, y Josèphe se hubiera vuelto loca.

—Candre me está esperando, me quedé demasiado tiempo. Va a sospechar algo.

Su primo la sujetó por los hombros: le brillaban los ojos.

—Eres la hija de Amand. Eres la hija del difunto. Esta noche tienes derecho a dormir aquí si así lo deseas. Candre no lo gobierna todo, es hora de que te des cuenta.

Casi se dejó caer contra él, agotada por la agitación y la pena. El frío le paralizaba las yemas de los dedos bajo los guantes. Su primo parecía muy seguro de sí mismo. Había tanta insolencia en su belleza.

—Vámonos, Claude.

Retomaron el sendero principal, uno al lado del otro, con la mirada baja, cada uno sumido en sus pensamientos. El cementerio estaba vacío: las tumbas, grises o blancas, a ras del cielo, colmaban el horizonte; dondequiera que se mirara era lo único que se veía.

—Josèphe se ha despedido de todos —dijo Claude—. Está sola en la finca. No quiso continuar con las condolencias.

—La comprendo.

—¿Te quedas?

A la mañana siguiente, Émeline llegaría a la finca. Pasaría la mano por su espalda. Colocaría la boca en sus dedos para mostrarle el camino de la respiración, vertical, en el instrumento.

—Tengo que estar en casa esta noche. Volveré pronto.

Ella sintió que él se alejaba sin un gesto, sin dar un paso a un lado. Ella no se quedaría la noche del entierro. Estaba en otro lugar, donde él no la acompañaba.

—¿Qué te dijo Laenens?

—No gran cosa. Mencionó al perro.

—¿Qué perro?

Aimée respiró hondo. El retrato de Aleth flotaba ante sus ojos, instalándose en lugar del paisaje.

—Aleth tenía un perro pequeño. Candre lo llevó al funeral.

—¿Y? ¿Eso sorprendió a Laenens? Es una cosa que se hace, un perro de placer, entre los ricos.

—Tú también eres uno de los ricos.

—No uno de esos ricos —espetó Claude llegando al portón.

El coche de Candre, más allá de los tilos, parecía una carroza fúnebre en miniatura. Los caballos resoplaban bajo las riendas del cochero. No había rastro alguno del amo. Los dos primos apretaron el paso: dijera lo que dijera Claude, el señor Marchère lo dominaba casi todo.

—Laenens me dijo que el perro no ladró.

—¿Es todo?

—Es todo.

Candre descendió del coche cuando Aimée abrazaba a su primo. Rápidamente miró hacia otro lado y preguntó sobre el buen comportamiento de las bestias. No quedaba nadie, salvo ellos, al borde del camino; Josèphe había regresado a casa, Claude se reuniría con ella pronto, Aimée y su esposo se irían al otro lado del bosque, y la tumba, abierta bajo el cielo gris, salpicada de flores y tierra, sería cubierta nuevamente por Laenens, el gigante de los muertos.

Aimée esperó a Émeline en la habitación blanca desde las nueve.

De pie frente a la ventana cerrada, contraía el vientre, mantenía rígida la espalda y ahuecaba las mejillas. Con las manos presionadas contra las costillas, hinchaba y vaciaba las fosas nasales y volvía a hincharlas, el rojo subía a su frente y luego desaparecía. El instrumento, en el estuche sobre la mesa, apenas le interesaba: solo el cuerpo llamaba su atención. Jugaba a enderezar las piernas, se ponía de puntitas, sentía que sus pantorrillas se tensaban, luego volvían al suelo y volvían a subir; siguió ejercitando cada parte de sus músculos. Le palpitaba el cuello. El blanco de las paredes daba a su rostro un aire tranquilo, liberado de las lágrimas del día anterior y de las primeras arrugas. Había elegido un vestido oscuro y sencillo con cuello alto; sus cabellos, que caían sobre él, parecían más oscuros a esa hora del día.

Candre no había ido. Cuando volvieron del cementerio, la acompañó a su habitación donde un plato de pan, sopa y agua fresca la esperaban. Colocó la mano sobre su frente, como solía hacer Amand cuando uno de los niños tenía fiebre, mas la palma de Candre no se había demorado. Un gesto de bendición más que de cuidado. Entonces sus labios se posaron sobre los de ella y desapareció, a través de la puerta que conectaba las habitaciones, sin una palabra, sin mirar atrás. Al principio, Aimée se sintió aliviada: su marido comprendía que el duelo no pasa por los abrazos y los besos, que sus pensamientos y su cuerpo derivaban hacia otra parte, sobre las aguas adormecidas del pasado. Él respetaba eso. Pero a medida que avanzaba la noche en la finca, que se estiraba como un arco en su gran cama,

acompañada por el aliento claro de los árboles, Aimée quiso que volviera aunque fuera para sentirlo, que la abrazara sin tomarla, que la amara sin penetrarla. Quería que él entendiera lo que es ser con los demás como uno es con Dios: devoto y presente.

No llegó.

Durmió poco y mal. Por la mañana, las sábanas heladas le raspaban el pecho, las piernas y el vientre. Se sentía como una herida en carne viva tallada con sal gruesa. En el ojo de buey de la pared, el viento jugaba con las glicinias.

Candre no estaba en la sala: en su lugar, una esquela, escrita por su mano, decía que tenía un asunto urgente en el pueblo, que pronto estaría de vuelta en casa. Firmaba:

Te amo y te comprendo

Aimée sintió que se le cortaba la respiración. Se lo imaginó, sentado en su escritorio, escribiendo con cuidado, prestando suma atención a las letras redondas. Él la amaba. No se lo decía, lo ponía por escrito. Y había huido, a otra parte, por un asunto indudablemente importante, pero mucho menos que esas pocas palabras tan fuera de lugar, aquí, esta mañana, después de esa noche en que ella lo había deseado con tanta fuerza junto a su corazón. ¿Era Candre, por tanto, capaz de esto, de amar de lejos?

En la sala de música, con el vientre apretado, recordó esas pocas palabras. *Te amo y te comprendo*. ¿Cómo se atrevía a pensar que podía darle amor y comprensión en esa sala rígida, en ese hueco en una propiedad donde Aimée se sentía tan pequeña, tan frágil, que el más mínimo movimiento, el más pequeño crujido o chirrido de la casa o del jardín la sacaban de quicio? La amaba, pero no la comprendía.

Contrajo el vientre, una y otra vez; sentía cómo sufría su sexo por tanto esfuerzo debajo del vestido; apretó y continuó haciéndolo a pesar de que empezó a sentir dolores en los riñones, en el diafragma. Se abrieron caminos en ella, la ira descendió de la boca a los muslos, regresó, se enroscaba: no comprendía nada de sí misma ni de Candre, a él no lo comprendía para nada. Sin aliento, sometió su cauto y frágil organismo a nuevos y repetidos impulsos. Pensó en los ejercicios de Émeline y los repitió, todos al mismo tiempo. Un silbido le atravesó los oídos. Aimée se consumió en el dolor que se infligía, impecable, colocada en un rayo de sol, cada músculo moviéndose bajo la piel; sufría por el padre enterrado, por la madre silenciosa, por el marido ausente. Sufría por el deseo de estar ahí, totalmente ahí cuando habría

querido hallarse en otro lugar, sufría por haber sido abandonada en esa habitación sin poder entregarse a ese deseo que su vientre alimentaba tanto como demandaba. Le encantaba esa sensación de estar hecha pedazos, en ese silencio de duelo en el que la mañana se alargaba, lejos de los hombres. *Te amo y te comprendo*. Esas palabras eran más propias de un padre dirigiéndose a una niña. Era demasiado tarde.

—Aimée, ¿qué hace? No debe permanecer bajo la luz, le dará dolor de cabeza.

Mientras giraba, oyó que su cuello crujía.

—Lentamente, lentamente. Está usted rígida como un lápiz. Eso no es bueno.

Émeline la rodeó: sus brazos, delgados y musculosos, rozaron su vientre, apoyó los pulgares suavemente contra sus riñones, y Aimée sintió que su cuerpo soltaba la pena y el dolor. Entre las manos de esa joven no era más que eso, frágil como una rama, capaz de torcerse, de florecer y de romperse. Émeline se inclinó hacia adelante y la alejó de la luz del exterior; pronto el sol invadiría toda la habitación. Su aliento en el cuello de Aimée era fresco, sus labios sonrosados. Finalmente, los hombros de su pupila cayeron: el cuello se le distendió, sus párpados se levantaron.

—Así está mejor. Puede sentarse, se ve exhausta.

Aimée se negó. Estaba devastada por la ausencia de su padre, de su esposo, de Émeline. Toda la semana sin verla, sin escucharla.

—Aimée, sé que el día de ayer fue difícil. Si lo desea, podemos cancelar la clase.

—De ninguna manera.

Lo dijo casi en un grito. Émeline se llevó la mano al corazón.

—Fue una hermosa ceremonia. Pero debe aceptar que es una cosa difícil para usted.

Aimée abrió los ojos de par en par.

—¿Usted asistió?

—Sí.

—¿Por qué?

Émeline se había hecho la misma pregunta mil veces desde que le informaron de la muerte de Amand y la posible cancelación de la

clase. Sin pensarlo, dejó Ginebra y se alojó en SaintsFrères; en aquel momento le pareció obvio estar allí, entre la negra multitud. Después de todo, Aimée era su alumna, viajaba durante horas para enseñarle a tocar un instrumento difícil, ¿por qué no? Fue al cementerio con la gente del pueblo, colocándose detrás de ellos, anónima; vio abierta la tumba, cuando bajaron el ataúd, y a los dos extraños personajes al frente. Sonrió al ver a Aimée sujetarse del brazo de su primo, a quien encontraba muy guapo. Luego se había ido, entre los extraños, y por la noche, mientras cenaba en la posada, entre el calor de las habitaciones estrechas y llenas de olor a viandas, la pregunta la golpeó: ¿por qué? Aimée no era ni una de sus parientes ni de sus mejores alumnas.

—Me pareció natural.

¿Qué habría deseado ella si hubieran bajado a su propio padre en esa fosa? Que la acompañaran. Sin que lo supiera, sin una palabra, ni un gesto. Allí radicaba lo bello: en haber estado allí.

—¿Por qué no se acercó a saludar, Émeline? Podría haber vuelto aquí con nosotros. Qué tontería.

Pasar la noche en la misma casa. En el mismo piso.

—Fui para estar allí, entre los demás. No sabría expresarlo de otra manera.

La ventana se hizo añicos a los pies de ambas mujeres. Una piedra arrojada a través del cristal aterrizó bruscamente en el suelo. Retrocedieron con los brazos hacia atrás. La conmoción las dejó mudas de asombro. Aimée naturalmente se había deslizado detrás de Émeline, que permanecía erguida, los ojos clavados en la ventana destrozada. Los vidrios, fijos en el marco, ahora salpicaban el suelo: en su estupor, ninguna había proferido el más mínimo grito. Aimée tenía las manos sobre el corazón, como para protegerlo de un segundo golpe. Émeline, menos asustada, mantenía alerta el busto, sus brazos formaban un escudo entre su pupila y el pequeño guijarro en medio de la habitación tan blanca y desordenada que el viento, por el agujero de la ventana, saturaba, helado y cargado con olor a lluvia.

—¿Está usted bien, Aimée? ¿No está herida?

Émeline hizo la pregunta sin darse vuelta. Mantenía los ojos clavados en la ventana. Afuera, nada se movía.

—Estoy bien —dijo en un murmullo—. Déjeme pasar.

Sorprendida, la profesora se hizo a un lado.

—Sé quién hizo esto.

Aimée caminó hacia el agujero. Émeline la vio hundirse en la luz, quiso evitar que siguiera adelante, pero su figura, por lo general tan frágil, de repente le pareció más sólida; se enderezó en medio de los vidrios rotos, su vestido se enganchaba a pedazos que rayaban el piso, sus zapatos crujían y no se escuchaba nada fuera de la sala de música; nadie venía, nadie corría por el pasillo, ningún grito arriba, nada. La finca apenas respiraba, solo la anfitriona se movía entre sus paredes, y cuando se acercó al vidrio roto y jaló la manija de la ventana, Aimée pasó por encima del alféizar, levantó la pierna y salió de la habitación, como un fantasma. Émeline quiso decir algo, gritar, pero ninguna palabra

salió de su boca: siguió a aquella mujer con la mirada, creyendo que la veía por vez primera, y cruzando entre los restos de la ventana parecía loca y enérgica.

—Aimée, ¿a dónde va? ¡Vuelva!

Las palabras rebotaron contra las paredes blancas. El vestido largo de lana contrastaba con el fondo vegetal como el vientre de una araña. Tomó el sendero de los árboles en lugar del de los trabajadores, y pronto Émeline solo pudo oír el viento que hacía rodar la piedra por el piso.

Ella había visto una sombra. Vio que afuera, entre los árboles, corría un fantasma largo y curvo, y de repente su ira creció, pulverizando el miedo. Dejó atrás el cuerpo de su profesora para ponerse al frente, para tomar su lugar, el lugar que le pertenecía, el de la señora Marchère. ¿Quién se había atrevido a romper las ventanas de su casa? ¿Quién quería hacerle daño? ¿Quién se permitía tal atrevimiento? Cazaría a la sombra hasta encontrarla o a su dueño, hasta imponer finalmente su nombre.

Continuó por el camino, su vestido atrapado por las zarzas, su cabello desordenado. El bosque se iba cerrando sobre ella: los pájaros cantaban en las ramas, cada ruido le recordaba el estruendo de la ventana; era necesario que lo buscara, que lo encontrara y lo castigara. Como las bestias que la rodeaban, como los hombres violentos y las viudas, tenía que integrar esa dureza en su cuerpo. Ya era demasiado. Demasiada humillación, ese marido que se iba por la mañana creyendo comprenderla, esa profesora que no saludaba a la familia en el funeral, ese sepulturero que se había burlado de ella. Y esa piedra arrojada en su contra: la gente se burlaba de ella, en todas partes se reían de la niña Deville, jugaban con la señora Marchère.

En medio de su cólera, Aimée creyó escuchar entre los arbustos un crujido. Siguió, altiva y furiosa, por el estrecho sendero que se bifurcaba delante de los establos; lo tomó, sabiendo a donde iba sin saber por qué sus pasos la llevaban allí. Desde su llegada, Aimée nunca se había acercado a los caballos: el espacio pertenecía al palafrenero y a Angelin. Ninguna mujer era bienvenida, menos aún la del amo.

Los macizos tendían hacia ella manos de tallos y espinas. Su

vestido estaba hecho jirones en mangas y piernas, pero no le importaba, tenía los ojos clavados en el muro que resguardaba la caballeriza. Caminó a lo largo del recinto, con los pies empapados de barro y tierra, y luego, en la esquina del establo, pasó por un pequeño arco que daba directamente al patio, justo al lado de una hilera de cubículos.

Dos caballos, sujetos al gancho de la entrada, le ofrecían sus enormes y musculosos cuartos traseros, sus colas se balanceaban como látigos y se estremecieron cuando Aimée se deslizó hacia el pasillo de los cubículos, protegida por un techo de paja. Se encontraba en medio del lugar; el más leve de sus movimientos resonaba aunque iba con cautela, de puntitas, al acecho. Su vestido arrastraba heno seco detrás de ella, el olor a estiércol y crin colmaba las fosas nasales, y la falta de luz la oprimía hasta el punto de dar la impresión de ser, en ese establo, una yegua descarriada llevada hacia una trampa.

Los caballos voltearon las cabezas y sus ojos redondos parpadearon pesadamente. Sus orejas se agitaron ante su paso. Las moscas zumbaban entre sus patas. Los caballos de su marido parecían más grandes y altos que los de su padre, se asemejaban a bestias monstruosas que la miraban gruñendo, saturando el aire con su furia. Aimée no les tenía miedo: ella también echaba humo detrás de esos muros de tierra y árboles.

Vio, al final del pasillo, a la derecha, una caballeriza más pequeña. La paja se amontonaba sobre la tierra apisonada: pensó que se trataba de forraje adicional, colocado allí para evitar los viajes de un edificio a otro, pero cuando llegó frente al depósito, con las piernas hundidas en el heno hasta la mitad de la pantorrilla, reconoció, colgado de los tablones chamuscados, un objeto que había visto antes en la finca, aunque no recordaba exactamente dónde. Avanzó un poco más, solo el sonido de las moscas y los leves relinchos perturbaban sus pasos, y cuando estuvo de lleno en el recinto, escudriñó la penumbra. Un gran clavo oxidado, largo como un dedo de bruja, clavado a la altura de la frente, sostenía un objeto de cuero. Aimée lo había visto gracias a una pequeña hebilla de metal a la que se aferraba un rayo de sol. Al principio pensó que era un cabestro roto, un trozo de silla de montar, pero al acercarse, entrecerrando los párpados, ahogó un grito de asombro.

Un collar de perro.

Lo reconoció de inmediato: la hebilla, en la foto, brillaba de la misma manera.

Aleth, tan hermosa, tan joven frente a la cámara, el animal

a sus pies. El pequeño perro de caza, domesticado para el placer de la señora de la mansión, al que había que apaciguar para que se mantuviera inmóvil durante la toma. En la imagen, la hebilla del collar tenía un aspecto más claro.

Permaneció un buen rato con los ojos clavados en el objeto que colgaba de la pared, cubierto por el polvo. Repentinamente, la finca vertía sobre ella años de secretos. Aimée no entendía nada de ese lugar, de esos enormes caballos, de ese collar colgado, salido de una fotografía. Eso es lo que quedaba de Aleth: un collar de perro.

¿Por qué aquí?

¿Por qué en el fondo de un establo custodiado por monstruos con pezuñas doradas? Aimée dio un paso atrás y estuvo a punto de tropezar con un grueso atado de paja; respiró hondo y decidió que se llevaría el tesoro, pero antes de que pudiera sujetarlo con la mano, los gritos la arrancaron de sus pensamientos: voces de hombres, vigorosas, llenaban el patio.

Corrió hacia la entrada y se escondió detrás de la puerta de madera. Un caballo acercó a ella sus ardientes fosas nasales, sus pelos le rozaban la mejilla, pero se mantuvo inmóvil de espaldas a la pared. El animal estaba tan cerca de su rostro que podía sentir la extrema suavidad, redonda y esponjosa, de su hocico. Afuera, los hombres gritaban con dureza: «¡Vas a parar, ahora vas a parar, idiota, idiota!». Luego los gemidos de otro y el aliento del caballo contra ella, la crin castaña y ojos negros: «¡No tienes derecho, idiota, idiota! ¡Ningún derecho!». Y la otra voz, más baja, chillando, y los golpes, sí, los golpes mezclados con los gritos.

De repente, el caballo reculó. Aimée abandonó cautelosamente su escondite; desde donde estaba no podía ver nada. Solo las voces atravesaban los gruesos tablones. Caminó por el alero del establo, todavía a la sombra, y luego lanzó una mirada hacia el patio: tres hombres, fornidos y sucios, obreros de Candre, rodeaban a un cuarto. Aimée solo podía ver sus piernas retorcerse bajo los bustos de sus atacantes, pero aun así lo reconoció, tan frágil y delgado, dotado de una voz que no era sino lo que quedaba de una voz de antaño, era Angelin. Lo que había creído gemidos eran, de hecho, las palabras que su lengua faltante lanzaba desde sus entrañas. Sus lloriqueos sonaban como los de los gatos en celo o los cachorros encerrados en jaulas, cada sonido lastimaba a Aimée, él suplicaba, sumiso, mientras los otros tres lo golpeaban, repitiendo «idiota, idiota». Aimée quería ayudar al hijo de Henria, iban a matarlo, a cortarlo en pedazos,

pero en el momento en que dio un paso hacia la luz, sintió que algo le jalaba el brazo hacia atrás.

Émeline la llevó al otro lado de los establos, detrás del arco. Los delgados brazos de su profesora parecían dotados de una fuerza sobrehumana; la arrastró a unos metros de las caballerizas y, sin embargo, Aimée sintió que la llevaban muy, muy lejos, con el busto doblegado bajo el mando y el asombro, la cabeza saturada por la escena de los hombres y sus voces. Siguió a Émeline y, saliendo del patio, volvieron juntas a la protección de los árboles, obedeció y corrió entre ramas y zarzas. Delante de ella, Émeline se adentraba sin reparos entre los matorrales, retomando el camino de los obreros, silenciosa y ágil, sujetando a Aimée por el brazo con una fuerza asombrosa.

—¿Qué hace aquí? —gritó la alumna.

—Hablaremos más tarde; ¡vamos, apresúrese!

Las voces de los hombres la perseguían. Su mente le jugaba una mala pasada. Arrastrada por Émeline en medio del bosque, el resto de su alma aún vagaba por las caballerizas, su memoria se nublaba, avanzaba bajo las ramas pero sus pies todavía estaban hundidos en la paja.

—Iré yo primero. Usted sígame.

Émeline se detuvo bruscamente a la orilla del bosque; frente a ella, la fachada de la casa, donde destacaba la ventana rota. La joven corrió hacia el alféizar, pasó ágilmente por la abertura y luego se quitó el polvo del vestido antes de darse vuelta y hacer una señal a Aimée. Ella entornaba los ojos; escondida bajo los árboles, ordenaba sus ideas. Le tomó varios minutos reconocer dónde estaba y por qué. Luego corrió a su vez, estuvo a punto de caer y, de nuevo, la mano de Émeline la jaló hacia adentro.

La sala de música estaba tan blanca y tranquila como antes del estruendo: los cristales rotos del suelo dibujaban una flor gigantesca. Émeline la rodeó y, cuando llegó al pizarrón, estalló

en cólera:

—¡No puede salir de esta sala así, Aimée! ¡Usted es responsabilidad mía durante el tiempo que dure la lección, y huyó hacia el bosque!

Aimée inclinó la cabeza, tenía las mejillas sonrojadas.

—Lo siento, quería atraparlo, a ese idiota…

—¡Usted está aquí para aprender música, no para jugar al gato y al ratón! ¿Pero qué pasó por su cabeza?

Ella gimió. Su corazón latía como el día de su boda.

—¿De verdad se preocupó por mí? —susurró, levantando lentamente los ojos hacia Émeline.

Frente a ella, su profesora de repente le pareció frágil, su carrera por el bosque había dejado marcas más oscuras en su cuello y su respiración se escuchaba agitada: era hermosa y no lo sabía. Aimée dio un paso adelante con cautela, se sentía extraña, los colores dejaban su rostro, descendían hacia otro lugar.

—¿Qué vio? —le preguntó, deteniéndose frente al pupitre.

—Hombres que peleaban… Eso es lo que mejor saben hacer —exclamó Émeline—. Usted estaba completamente a la vista, le podrían haber hecho daño.

Se equivocaba: nadie podía tocar a la mujer de Candre Marchère.

—Los tres hombres golpeaban a un cuarto, al que yo perseguía. Fue él quien rompió la ventana y quien estuvo allí la última vez, espiándonos —replicó Aimée, clavando los ojos en los de Émeline.

—¿El chico de la lengua cortada?¿Es verdad?

No le creía, Aimée se dio cuenta: ninguna expresión afectaba su bello rostro, donde sus rasgos daban la idea de no haberse rendido ante los eventos de la mañana. Miraba a su pupila como lo que era: una alumna. Muy joven e ingenua.

—Cree que estoy loca, ¿verdad?

—Yo creo que tras esa carrera debe de estar fatigada y valdría la pena…

—¡Deténgase! ¡Deténgase!

Había gritado: pronto Henria vendría y empujaría la puerta, preguntaría qué era aquel escándalo. Vería la ventana rota, los vidrios hechos pedazos, el cabello de Aimée, las mejillas sonrosadas y el estupor de Émeline. No les quedaba mucho tiempo.

—¡Usted no comprende! ¡No comprende lo que pasa aquí!

Seguía gritando, sus palabras huían, estaba atrapada en esa habitación, en esa casa, y la trataban como a una pobre loca.

Émeline dejó que agotara sus palabras, que temblorosa seguía repitiendo.

—Cálmese, Aimée. Le ruego que me disculpe, no debí hablarle así.

La alumna continuó gimiendo, su voz se volvió a adentrar en su garganta. Ahora parecía un niño al que habían pateado en el estómago.

—¿Qué pasa aquí, Aimée?¿Por qué está usted en este estado? Una joven de su nivel, en un lugar así…

La alumna hipaba.

—Deje de llorar y hable conmigo.

El tono de Émeline oscilaba entre la molestia y la dulzura. Su alumna musitaba palabras que no entendía.

—De acuerdo, Aimée. Ahora háblame un poco más alto.

Entonces la mujer de Candre Marchère levantó sus ojos secos, abandonados por las lágrimas, y su profesora reconoció en esa mirada todo el terror del mundo.

—Aquí pasan cosas —repitió.

—¿Qué cosas?

Aimée titubeó.

—No lo sé exactamente, y eso es lo que me asusta tanto. Necesito de su ayuda.

—Lo que usted necesite —respondió Émeline.

Una mano pasó por su nuca, la otra se apoyó en su espalda. De repente, Aimée se sintió presa, como en la cama con Candre: el blanco de las paredes se ensució, el sol huyó y, ante sus ojos, la piel de Émeline se tornó pálida y estirada.

—Respire profundamente, tal como le he enseñado —susurró, masajeando el cuello y los omóplatos de su alumna con la palma de la mano.

—Debe escribirle a Claude Deville, mi primo, para decirle que hallé el collar del perro de Aleth en los establos.

—¿Quién es Aleth? —preguntó Émeline, que no entendía nada.

Aimée suspiró.

—La primera esposa de mi marido. Murió en el sanatorio de Villenz. Dígale a Claude que es importante, que debe venir aquí lo más pronto posible, que encuentre un pretexto, no importa, tiene usted que…

La puerta se abrió de golpe: Henria apareció, inmensa, desconcertada por las dos mujeres en el suelo, rodeadas por cristales rotos.

—¿Qué ocurrió? Señora, ¿se encuentra bien? ¡No se mueva!

¡Parece que las han atacado!

Más enérgica de lo que Aimée imaginaba, la criada deslizó un brazo bajo el pecho de su ama; su mano grande le calentó el vientre y los riñones, sus grandes ojos recorrieron de un extremo a otro la habitación.

—Señora, síganos a la sala, haré que limpien el piso y reparen esta ventana. No vaya a lastimarse.

Una vez más, Aimée sintió que su cuerpo se derretía en las manos de otra mujer: los brazos de Henria eran tan sólidos y duros, troncos nudosos, y estaban apoyados contra su espalda y su vientre. Sus propias piernas la llevaron, pero la criada guiaba sus pasos por la casa; detrás de ellas, Émeline las seguía rápidamente. Recorrieron el pasillo y se desviaron hacia el vestíbulo; la luz del día inundaba las baldosas, creando la sensación de caminar sobre los cielos, pero Henria no prestó atención a ello. Llevó a su ama a la sala y la sentó en la mesa del desayuno, limpia y dispuesta. Luego se dirigió a Émeline:

—Quédese ahí, le traeré algo de beber. ¡Está usted muy pálida!

—Debo partir, ya estoy retrasada. El cochero debe estar esperándome.

Aimée miró el reloj: pronto sería mediodía. Henria deambulaba alrededor de las dos mujeres, calentando los hombros de Aimée y disculpándose una y mil veces con Émeline.

—Esas cosas nunca suceden aquí. Vamos a hacernos cargo, téngalo por seguro.

—No tengo ninguna duda —aseguró la profesora—. Pero ahora tengo que irme. Que no se preocupe el señor por mi estado ni de que yo piense mal de él. Sé que suceden cosas desafortunadas y nadie es responsable. Cuide de la señora.

Pronunció estas últimas palabras con los ojos fijos en los de Aimée; luego, sin decir nada más, desapareció. Desde la sala, las dos la vieron caminar por el sendero con su abrigo, un brazo contra la cadera y una mano levantada sobre el pecho; huía con la elegancia de una vieja dama. Cuando desapareció, Henria exhaló un largo suspiro y, a su vez, abandonó la sala.

—Lo que ha ocurrido es inaceptable. Esto no volverá a suceder, tiene usted mi palabra.

Candre, vestido con un traje azul, un azul casi negro, esperaba a su esposa de pie junto a la chimenea donde Henria había encendido un fuego a pesar de la calidez del aire.

Aimée había dormido sin almorzar. Despertó a las seis en punto. Sentía pesadez en la cabeza y en sus labios aún el sabor de la infusión de Henria. El crepúsculo, a esa hora, arrojaba colores sombríos y rojizos en la habitación: los infiernos entraban a la casa. Desprendiéndose del limbo del sueño, tuvo la sensación de volver de una tierra lejana: cuando dormía, no sufría. Sus sueños habían sido simples. Al bajar las escaleras, sin que crujiera un solo paso, comprendió, moviéndose silenciosamente en un lugar tan sensible a los vivos, que ahora era parte de la finca, al igual que los muebles y los fantasmas.

Candre, fundido con las sombras, murmuraba con la cabeza baja.

—Henria me lo contó todo. ¡Me preocupé mucho!

Esas palabras surgieron con tanta fuerza en su voz, usualmente tan baja, que hicieron que Aimée retrocediera.

—Dormí toda la tarde —dijo Aimée con voz suave y clara—. Fue un incidente lamentable, pero nadie resultó herido.

—Ese tipo de cosas no pasan aquí. Tiene usted que entender esto, de lo contrario no sería verdaderamente mi esposa.

Sintió que el corazón se le contraía en el pecho. Candre nunca se había dirigido con esas palabras a ella. En efecto, se trataba de él, de su marido, pero solo lo reconocía a medias: su voz, sus expresiones, su postura eran las de un alma dura y desconocida. Le hubiera gustado huir de aquella habitación, de ese hombre, de esa finca.

—No hable así, me lastima mucho.

Él pareció calmarse. Pero no se movió.

—Pasé toda la tarde pensando, Aimée. Es cierto que usted no tiene nada que ver con esto. No puedo concebir que nadie ataque a nadie en mis tierras. Pero tratar de lastimar a mi esposa, que Dios me ampare, se necesita ser absolutamente un loco, un endiablado. No puedo imaginar mi vida sin usted, Aimée. Y estos muros deben protegerla, no amenazarla.

Su voz era más tranquila, cargada de la ira que contenía.

—Creo que sé lo que ha ocurrido sin estar todavía seguro de las razones por las que ha pasado este incidente —continuó.

—¿Y qué ha ocurrido?

—Émeline Lhéritier ya no volverá por aquí.

Aimée pensó haber escuchado mal.

—¿Cómo?

—Su profesora de flauta ya no vendrá. Las lecciones de música con ella terminarán la semana que viene.

Entonces el mundo empezó a tambalearse levemente: no era el dolor como ella lo imaginaba, destructivo. No, al anochecer su corazón se marchitaba; uno a uno sus pétalos, ennegrecidos, se iban secando, bajo sus pies el suelo cedía, como si la casa buscara, como ella misma, enterrarse para escapar de esas palabras. Candre la miró y todo en esa habitación le pareció inútil. La luz demasiado baja, el diván demasiado largo, la madera demasiado oscura, nada estaba en su lugar y su lugar no estaba aquí. Su lugar estaba bajo tierra, con Amand, con los insectos rastreros, con el ruido del mundo por encima de su cabeza. El dolor era una manta helada arrojada sobre ella, la cual, segundo a segundo, paralizaba sus extremidades, impidiéndole cualquier pensamiento, obstruyendo su voz.

Émeline ya no vendría. Era imposible. Candre parecía firme en su decisión. Aimée sabía que iba a justificarlo todo y que ella aceptaría, después de una larga conversación, que él tenía la razón. No tenía los medios para luchar contra el amo del lugar.

—¿Por qué tomó esa decisión sin consultarme? —gimoteó.

Candre no abandonó la chimenea. Se apoyó en la repisa.

—Sé que le duele, que le agradan esas clases, que gracias a esa joven usted se siente bien. Pero temo que su presencia despierte malos pensamientos en estos lugares: el hombre que arrojó esta piedra sin duda quería llamar su atención.

—¿Qué sabe usted al respecto?

Le hubiera gustado desaparecer bajo tierra o saltar a la cara de su marido.

—Pasé la tarde con mis hombres: dos veces en las últimas semanas han visto al mismo tipo junto a la ventana. Esas dos veces, su profesora estaba en la finca. Esta mujer debe de haberlo obsesionado para hacerlo actuar de esa manera, y no es

aceptable.

—Quizá se trató de un accidente, Candre. No significa que tenga que abandonar mis clases.

Ella pasó una mano sobre su pecho. Se sentía ebria, mal encorsetada. Todo se tambaleaba.

—No sea ingenua, Aimée. Sabe de quién estoy hablando, y que no puedo separarme de ese chico y de su madre. Serían demasiadas lágrimas para una mujer que me ha dado tanto. Solo lo castigaré.

Aimée vio de nuevo a los trabajadores abalanzarse sobre Angelin. Sus toscos cuerpos, sus manos encallecidas, sus palabras duras. Cerró los párpados: el chico, tendido en el polvo, con las piernas retorciéndose como las patas de un conejo joven atrapado, golpeado, una y otra vez, por esos brutos al servicio de su marido. *El castigo ya comenzó*, pensó. Sin embargo, Henria no estaba aún al tanto de nada: solo lo sabían ella y Émeline que habían estado en ese patio, frente al terrorífico espectáculo de un chico al que estaban moliendo a golpes, haciéndolo pedazos para que se callara y dejara de ladrar. Candre tampoco sabía nada hasta ese momento sobre la ventana rota; sus hombres se habían adelantado. O quizá la habían visto, en medio del bosque o en los establos, con su vestido rasgado, tratando de encontrar el final del laberinto. O Candre hacía que vigilaran a Angelin, o quizá la espiaban a ella. Se preguntó, horrorizada, si alguien sabía que había estado en la caballeriza, que había encontrado y reconocido el collar del perro de Aleth. Candre lo controlaba todo. Se rodeaba de hombres violentos, de sirvientes obedientes.

—No es su culpa ni la de esa joven, cuyo trabajo y competencia valoro. Pero ese chico está loco y ha desarrollado una atracción (*hizo una mueca*) por ella o, más bien, un impulso que no debería tener. ¿Me comprende, Aimée? No creo que Angelin sea estúpido, pero algo en él está roto y, si es uno de los hijos de Dios, como todos nosotros, debo vigilar que viva aquí según las leyes del Cielo y no las de la tierra.

—Pero, después de todo, ¿por qué un chico enamorado iría y rompería una ventana para llamar la atención de una mujer? —gimió Aimée, suplicante.

Candre se sobresaltó, como si lo hubiera abofeteado.

—¡Angelin no es un hombre enamorado, Aimée! —rugió mientras se acercaba.

Ella vio, claramente, el conflicto que se dibujaba en los arcos de sus venas palpitantes. Candre jamás había perdido los estribos, frente a ella, de esa manera. La miraba como a una mala

alumna.

—¡Es un jugador y un bribón!

—Candre, me asusta…

Él se detuvo en medio de la habitación, miró alrededor y luego volvió a mirar a su esposa, paralizada por el miedo. Mientras su marido vociferaba, recordó a los hombres, sucios y gritones, encorvados sobre el cuerpo del chico.

—Tengo que tomar esta decisión y sé, Aimée, que le duele. Todo lo que pueda hacer, para que recupere la confianza en mí, y en estos lugares, lo haré. Pero en este momento no puedo aceptar tales actos en mis tierras. Ahora vayamos a cenar.

La mesa estaba puesta, las baldosas limpias, el jardín cuidado. Por un breve instante, Aimée se quedó petrificada en su silla. Sus labios se movían, pero no salía ningún sonido de ellos.

Pasaron la noche juntos. Candre llegó temprano para deslizarse entre las sábanas. Cuando su esposa escuchó el crujir del picaporte, suspiró. Quería huir a sus sueños, a sus recuerdos, solo quería eso: dormir y así volver a ver a Émeline. Pero su marido había venido, la apretó contra sí sin poseerla. Se contentó con abrazarla contra su pecho, con la nariz pegada a su nuca. Fue solamente un largo abrazo de perdón, una manera nueva de acercarse, al principio frío e incómodo; luego, al paso de las horas, acostumbrada a sus huesos protuberantes, a esa carne seca, Aimée había encontrado consuelo allí, se distendió entre sus brazos, que la obligaban, rodeando su vientre y cuello, a relajarse, y en su cabello sintió la sonrisa de Candre. El calor volvió a llenar la habitación y la cama donde se quedaron dormidos hasta tarde, acurrucados, todavía saturados por la conversación de la tarde pero deseando calmar lo que quedaba de agitación entre ellos.

Aimée despertó con la partida de su marido: abandonó la cama como la noche abandona el cielo. Con un suspiro.

Tan pronto como su marido cruzó el umbral, sus sueños la llevaron de nuevo al camino de los trabajadores, a los establos, al clavo en las tablas donde el collar, cubierto por el polvo, se balanceaba. Quería pensar en Émeline, pero su mente la llevaba a otra parte, obligándola a revivir, una y otra vez, aquel descubrimiento y, cuanto más recordaba los restos de tierra en la hebilla, el color desvaído del cuero, menos entendía. Alguien escondía detrás de los caballos un objeto sin valor. El collar de un pequeño perro de caza adoptado por Aleth. Que le había regalado Angelin.

Angelin.

El perro era suyo: se lo había dado como regalo a la señora

de la casa. La había hecho feliz. Aimée pensó: «le dio felicidad».

¿Y entonces? Aleth estaba muerta, sin duda su perro también, tal vez habían guardado el collar para otro animal, tal vez lo colgaron allí y luego lo olvidaron, al paso de los meses; había mucho trabajo en el campo y al palafrenero poco le importaban los clavos oxidados o los objetos perdidos.

Luego pensó en su carrera por el bosque. Se había escapado de la sala de música, muy segura de sí misma; siguió el sendero, luego, ahora lo recordaba con claridad, tomó la desviación por el camino hundido entre las zarzas, se había sumergido entre las sombras, mientras que la ruta de los trabajadores la llevaba más lejos, hasta después del claro. Esa desviación era más amplia y llana; pero no, ella no la había tomado por eso. La tomó porque tenía que tomar esa ruta, porque era la que le fue señalada. Quizá por algo que se movió, por un paso furtivo, por el crujir de una rama, quizá por una silueta. Había salido de la sala de música después de ver una sombra en el lindero del bosque; la había cazado como a un animal, y esa sombra quería ser encontrada, perseguida y reconocida por ella. Sí, eso era: no había huido de la sala de música, había seguido a su agresor.

¿Estaba realmente enamorado de Émeline? Candre tenía razón: Angelin solo había aparecido cuando llegaba la profesora. El resto del tiempo se escondía. Entonces, ¿qué había hecho ella para atraerlo tanto? Aimée pensó en sus propias emociones, en su vientre que se despertaba, en la ropa que elegía cuidadosamente para recibir a una mujer a quien apenas conocía, sintiendo incluso en su sexo la mano de Émeline que solía apoyar en su espalda y su plexo.

Ella lo había seguido al bosque, él la había guiado a los establos. Luego lo habían golpeado hasta sangrarlo, al borde de la muerte, y ella, Aimée, no hizo nada para socorrerlo. Pensando en ello, comprendió lo que se escondía detrás de la implacable postura de su marido: no era un hombre de golpes, de escándalo o de indignación, sino el amo del lugar, dueño de los cuerpos de los demás. Señalaba, elegía, destruía con un solo gesto. Ejercía en sus súbditos un terror ancestral: Candre Marchère no golpeaba, ordenaba que golpearan por él, que mataran por él. Estaba por encima de todo: de la sangre, de los huesos rotos, de los moretones, vivía cerca de Dios y si Dios decía que tal persona se había portado mal, el castigo caía. Candre vivía según leyes que no se podían aplicar en la tierra, seguía siendo ese niño, en esa iglesia, frente a su madre, que se adentraba en los colores de los vitrales, en los brazos fuertes de Henria, en los murmullos de la

gente bien nacida que los rodeaba. Angelin, para él, era un animal. Un animal cuya madre compartía.

No se volvió a dormir: Aimée pasó dos largas horas perdida en sus pensamientos, envuelta por sus cobertores. Cuando la luz arribó a la puerta de su dormitorio, finalmente se levantó de la cama. Cada paso le recordaba que ya no volvería a ver a Émeline. Se preguntó si ella ya estaba al tanto, si Candre había enviado a uno de sus esbirros, a caballo a través del Bosque Dorado, para llevarle la noticia. Sintió su corazón encogerse ante la idea de que Émeline no respondiera, que la remplazara con otra alumna, que se olvidara de ella, para siempre. Se sintió estúpida por haber desvelado su secreto, por haberle hablado de su primo, del collar, de Aleth. La vergüenza la invadió y cuando pasó por el vestíbulo no notó que, frente a la terraza, había un caballo atado al árbol milenario y un hombre, vestido con un uniforme sencillo y limpio que esperaba, sosteniendo a la bestia por el cabestro.

Encontró a Candre sentado en su lugar: no acababa de sentarse cuando él ya señalaba al jinete.

—Ese hombre fue enviado por su primo Claude, quien partió ayer hacia Joigny.

Aimée acercó una silla: sentía que estaba siendo abandonada por todos.

—¿Por qué no vino él en persona? —murmuró mientras tomaba asiento.

—Su primo recibió un llamado de urgencia de la escuela militar. Parece que todos los hombres de armas están siendo movilizados. Le dejó un pequeño paquete que, como me dijo ese señor, contiene objetos de valor de su padre. Lo acompaña una carta.

Ella se tambaleó en su lugar, como una flor atrapada en la ventisca, y vio en el pedestal frente a la chimenea un paquete grande, casi un baúl pequeño, envuelto en una tela muy gruesa.

Encima, un sobre.

—No me agradan los modales de su primo —exclamó repentinamente Candre.

Angustiada, Aimée recibió las palabras de su esposo como una bofetada.

—Bueno, no se preocupe, ahora que está en Joigny ya no tendrá que lidiar con él. Y tampoco yo —dijo ella con la garganta oprimida.

—Es extraño que ambos fueran criados y amados por los mismos padres. Claude es tan impetuoso. Y usted es tan amable.

Ella no se sentía amable ni prudente. Cuanto más hablaba él, más crecía su dolor. No quería llorar frente a él, no ahora, se estaba tragando las lágrimas. La estaban abandonando. Primero Émeline, después Claude. Solo le quedaban su madre, Josèphe, y Henria, la enérgica.

—No es un mal chico.

—¿Pero es un alma buena?

Hizo la pregunta inclinándose hacia ella. Quería responder que poseía la mejor alma que había conocido, tan dichosa como la de un niño, pero su marido esperaba que ella fuera su esposa y no la hermana amorosa de ese hombre al que Candre odiaba desde el primer día.

—Permítame dejar la mesa, me gustaría saber qué hay en ese paquete.

—Prefiero ser yo quien la deje a solas con su padre. Estaré en mi despacho si necesita algo. Estoy aquí para usted.

La besó, en la frente y los labios, colocando las manos sobre sus hombros.

Aimé aguardó a que la puerta del despacho se cerrara para tomar el paquete. Henria no estaba en la cocina ni en el piso superior. La casa dormía aún. Afuera, ni rastro del jardinero. El caballo había dejado algunas huellas en la grava, que serían rastrilladas con prontitud antes de que acabara la mañana. El sobre había sido abierto: Aimée se estremeció.

> Mi querida prima:
>
> He sido llamado. Pronto habrá otra guerra y me gustaría ser parte de ella. Hay que elegir entre ser parte de una aventura o de una familia. Piensa en mí como yo pienso en ti, y volveremos a vernos. Estos son los objetos que a tu padre le hubiera gustado confiarte; espero que tus lecciones

de música te traigan un poco de paz. Nos vemos pronto, en este mundo o en el próximo, como diría tu marido.

Claude

Lecciones de música: Aimée no le había hablado de ellas a su primo. Por tanto, Émeline se había puesto en contacto con él. El corazón le dio un vuelco en el pecho.

Desató la cuerda café atada cuatro veces alrededor de la tela. Reconoció el pañuelo de lana de su padre, muy viejo, que ya no usaba y que guardaba en un sillón de la sala. Debajo, una caja de madera: el tipo de caja donde se guardan pequeñas latas de conserva y que llenan los estantes de la cocina o de la cava. Una cerradura tosca, con forma de higo, guardaba el tesoro. Antes de abrirla, Aimée miró alrededor con cautela: nadie.

Levantó la parte superior del broche; la caja contenía solo un pequeño pañuelo doblado en cuatro y un par de mancuernillas, las del uniforme de Amand. Las acercó a su nariz, creyendo recuperar, por vez última, el olor tan particular de la ropa de su padre, pero este había desaparecido. Las deslizó en el bolsillo de su bata y le pesaron, le gustaba sentirlas allí. Luego tomó el pañuelo, también atado por un pequeño lazo en forma de moño, y Aimée recordó que le había enseñado a su primo a «hacer sus propios nudos» y sonrió ante la atención que él prestaba a los detalles de su infancia. No deshizo el lazo y simplemente sacó el pañuelo arrugándolo. Era de encaje, grueso, de un blanco más blanco que el cielo otoñal. Llevaba el perfume de Amand, un agua amaderada que abría el corazón y los pensamientos de Aimée como una flor y, desplegando la reliquia de su vida en común, leyó, en el centro de la tela, esta frase bordada con hilo rojo por una mano tímida, una mano que había aprendido a «hacer sus propios nudos», sus dobladillos y sus puños en la finca Deville, la mano de Claude:

La tumba está vacía

El vientre

En esa temporada, los árboles se acercaban a los hombres: sus dedos atrapaban las chaquetas, rascaban el cabello, rozaban los pantalones, las hojas rojas perfilaban un segundo techo color púrpura bajo el cielo, los trabajadores caminaban bajo un mar de sangre que pendía de las ramas, el aire apenas circulaba, atrapado entre los troncos tan anchos como ataúdes. La tierra se ahogaba, aplastada por esos gigantes, y los hombres, menos ágiles que las bestias, más violentos que los cielos, se retorcían, ardían de deseo y melancolía en frágiles casas que creían sólidas, se metían con mujeres de piel enferma que podían ver el bosque desde arriba y hablaban con él en la noche como se habla con Dios o con una mejor amiga.

Aimée se encerró en su torre: se sintió enferma todo el día después de la visita del jinete.

Tras el descubrimiento del pañuelo, pensó que se desmayaría, pero logró llegar a su habitación, donde Henria se afanaba cambiando las sábanas; se quejó de dolores de cabeza y fatiga generalizada.

—Le prepararé una tisana. Está muy pálida, señora.

La criada la ayudó a desvestirse, la envolvió en una larga túnica de franela y la cubrió, por encima, con su bata de lana, luego echó sobre ella el edredón. Aimée se moría de calor: Henria pensaba que la fiebre haría que el mal saliera de su cuerpo. Hasta la mañana siguiente deliró; presa de pesadillas y sufriendo alucinaciones, veía a Aleth salir del bosque; imaginaba, a los pies de su cama, una tumba abierta donde caería si intentaba salir de las sábanas. Al caer la noche, las sombras proyectadas en las paredes la aterrorizaron; se acurrucaba sobre sí misma como un zorro en su madriguera; sentía una fuerte presión en la cabeza, el vientre hinchado y adolorido, la boca seca donde sus gritos, detenidos por esa lengua que sentía sumamente hinchada, volvían hacia sus entrañas y las desgarraban.

Henria cambiaba, cada dos horas, la poción en la mesilla de

noche, aireaba la habitación, sacudía el edredón y secaba la frente de su ama, murmurándole palabras tiernas. Aimée se sentía mejor en cuanto ella entraba por la puerta, como en su infancia, cuando su padre llegaba para arroparla por las noches, diciéndole que los monstruos solo existían en los campos de batalla y en los libros. Presa del pánico en su hueco en la finca, Aimée estaba segura ahora de que los monstruos habían salido de los libros y de las guerras y que uno de ellos estaba en la habitación de al lado, que se había casado con él, que él la había poseído, noche tras noche, y que ahora el mal que la corroía provenía de su malignidad disfrazada de devoción. Se pensaba castigada por no haberle creído a su primo, por haberse quedado allí, obediente, e incluso por haber amado, oh, cuánto había amado sentir a ese hombre dentro de ella, durante largo rato, encender y calmar su carne, su piel. Toda la sangre que llevaba en el vientre, todos esos estremecimientos bajo la mano de Candre: se sentía enferma por haber sucumbido a tal horror.

El pañuelo de Claude estaba doblado debajo de su almohada: de vez en cuando lo sostenía enrollado en su mano, lo abría, creía no leer en él ninguna pista, veía solo un cuadrado blanco humedecido por el sudor, y entonces el bordado aparecía con claridad.

La tumba está vacía.

Saltaba hacia su rostro, la cegaba, la sacudía como un demonio. Recordó a Laenens sentado en su taburete, el hombre que había cavado la tumba de Aleth y había hecho descender el ataúd. El hombre que había visto al perro, plácido, frente a la tierra abierta.

El perro no ladró.

En su pánico, atizado por el calor del edredón, se imaginó a Claude, de noche, en compañía de aquel hombre vulgar. Laenens estaba allí, con una gabardina gastada y una gorra gruesa cubriendo sus orejas. Se imaginó aparejados dos caballos de grupas estrechas para no llamar la atención, dos bestias veloces, una para el sepulturero y otra para Claude, corriendo a toda velocidad por el bosque, como ladrones. El bosque sería indulgente y protector hasta el cementerio donde pronto abrirían y exhumarían, sobre un pequeño promontorio, la tumba de Aleth Marchère. Ella los visualizó despertando al abismo, retando a

Dios. Habrían pasado por la pequeña puerta de madera, de tablones maltrechos por la lluvia, a las sombras, vigilados por los mausoleos, las cruces apuntando hacia el cielo.

Claude y Laenens removían la tierra: los golpes de la pala los acercaban al misterio, al secreto de Candre y Aleth. Laenens jadeaba: el ataúd finalmente era visible bajo la luz de la luna, Claude comentaba el estado de la madera. Abría la tapa para encontrar, debajo, piedras envueltas en sábanas y nada más que eso.

Trataba de comprender cómo el sepulturero había podido aceptar tal carga, ya fuera por dinero, ya fuera por Claude: ir a sacar de las profundidades el ataúd de una joven. Todo, en esa frase tan sencilla y tan terrible, la descolocaba: la sangre del cielo se derramaba bajo sus ojos, esas cosas no debían pasar, no era posible, no, no se podía desenterrar a los muertos de esa manera, no podían profanar un sepulcro por segunda vez, solo por los secretos familiares y las preocupaciones de una joven mujer.

La tumba está vacía.

Pero no había muertos desenterrados. Ningún alma profanada. Claude había pecado por su prima y el resultado le daba la razón: había abierto una caja vacía. Pronto él moriría en la guerra, a caballo, como siempre había deseado.

Por la noche Aimée despertaba, empapada en sudor, frente a un largo ataúd negro; inclinaba la cabeza hacia adelante para mirar adentro, y una mano la empujaba y la hacía tambalearse. Entonces se levantaba en su cama como un muerto vivo, creyendo que aullaba, con la boca redonda como los animales ante la muerte. En la densa sombra de aquella habitación se volvía hacia la puerta que comunicaba con la de Candre, creyendo que él venía, pero nada se movía salvo su corazón en el pecho, podrido e hinchado por pesadillas, imágenes atroces y palabras incomprensibles. A través del ojo de buey, al lado de su cama, los árboles lanzaban sus ramas y sus murmullos, a veces veía pasar cerca de ella largas ramas huesudas, monstruos que la rodeaban, que la protegían de su marido, de su llegada en la noche; le tenía menos miedo a su presencia que a las quimeras en las paredes y a los pinos a lo lejos.

Solo Henria podía, rigurosamente, calmar su fiebre, pero nunca se quedaba mucho tiempo. Eficiente y sensata, aireaba el dormitorio y las sábanas, desataba su bata, le ponía un nuevo camisón, repetía «cálmese, estoy aquí, estoy aquí, todo va a estar bien, ha pescado algún mal, estoy aquí», y su señora habría querido quedar suspendida en esas palabras, envolverse en esa voz que parecía tranquilizadora en su fiebre, y comprendió, al verla salir de la habitación, que su marido se había refugiado en aquel cuerpo grande para curar la desaparición de su madre. Henria era fuerza pura. En varias ocasiones Aimée intentó, en vano, advertirle. Susurraba palabras tontas —«¡está vacío, está vacío!»—, y la criada sacudía sus almohadas, mirándola con pena, y luego Aimée comenzaba de nuevo —«tengo miedo, Henria, ¿qué va a pasar? ¿qué ocurre aquí?»—, y se inclinaba sobre ella, sus labios rozando su frente ardiente, decía en su oído «no tema, todo estará bien, Aimée, se lo prometo», para luego desaparecer. Henria la encerraba y en esos momentos Aimée se hundía profundamente bajo el edredón por miedo a su marido, a su alargada silueta, a su palidez y a sus ojos. Se sentía atrapada entre la dulzura de Henria y la dureza de Candre, no podía huir de uno sin abandonar al otro, no podía decirle nada a ella sin desatar la furia del amo. Entonces sus pensamientos se enterraban en su cuerpo, chocaban contra las paredes de su cráneo, así que para apaciguar su dolor dormía durante horas, días y noches, el viento la acompañaba hasta en sus pesadillas, de donde solo Henria sabía sacarla.

Al despertar, su almohada tenía la huella de un halo claro y olía a piel enferma, y no sabía ubicarse en el tiempo: había pasado tres días en el delirio de fiebres y sueños. Pero en esta ocasión despertó sin un grito en la garganta, sin presión en la cabeza, los muebles ya no se estremecían, los árboles se habían retirado hacia el jardín y el sol volvía al lugar, tímidamente. Su enfermedad se había desvanecido durante la noche: no recordaba sus últimos sueños. Pasó una mano helada por su vientre, sus caderas, inspeccionó su sexo y su pecho, todo seguía en su lugar. Por un instante pensó que Candre ya no estaba allí, que un asunto importante lo retenía en otro lugar, muy lejos, y ella tal vez podría irse de la finca mientras él no estuviese a la vista. Rebuscó en su memoria dónde estaba Claude, comprendió que ya se había ido, que Émeline tampoco vendría, y solo le quedaba Henria, y Angelin, el pobre de Angelin, tan hermoso.

¿Estaría la criada de acuerdo en ayudarla a escapar? Y si esto ocurría, si se dignaba a abrirle las puertas de la finca, ¿cómo escapar, el resto de sus días, de Candre Marchère?

Aimée se imaginaba que iría con los gendarmes, que abrirían la tumba de Aleth y encontrarían el ataúd vacío: entonces todo volvería a estar bien. Se veía a sí misma regresando a vivir con Josèphe, durmiendo en su habitación de colores claros, esperando el regreso de su primo, olvidándose de Candre, de su matrimonio. Se imaginó volviendo a encontrarse con su profesora en Suiza y vivió la escena segundo a segundo: ella aguardaba con paciencia en el vestíbulo del Conservatorio hasta que Émeline terminara su clase. Entonces la reconocería y al pie de las escaleras, con su vestido, bien erguida, sonriente, se conmovería hasta las lágrimas al recuperar a esta alumna, a esta y no a otra, a quien pensaba encerrada por siempre entre los

muros de pinos de la finca Marchère. Aimée compuso, con los ojos cerrados, esa imagen perfecta, y decidió que ese día haría brillar el sol a través de los árboles, que caminarían por las calles de Ginebra, quizá tomadas del brazo, apretándose con tanta fuerza que se sentirían una a la otra por todo su cuerpo, afuera, por fin afuera.

Todo sería sencillo si Henria aceptaba ser su cómplice. Tenía que salir de ahí, buscar refugio en otro lugar que no fuera Saints-Frères; calculó dos días de caminata por el bosque para escapar de los caminos principales, por los que Candre desplegaría a sus trabajadores y sus caballos; tenía que ser más inteligente que él. Debajo del edredón desarrolló su plan, reflexionando cada palabra. Se cambiaría los zapatos y pondría bajo su vestido gruesas medias de lana para afrontar el frío que caía al anochecer sobre el Jura. Pediría a los gendarmes que avisaran a su madre: ella permanecería bajo su protección y Candre caería muy pronto. Todo parecía tan claro, tan fácil, el valor la dominaba, su audacia ahuyentaba la fiebre. Se enfrentaría al hijo de los Marchère, renunciaría a ese mal nombre, revelaría a todos de qué madera estaba hecha el alma del piadoso hombre al que veneraban. Iría a ver a la familia de Aleth, habría una investigación y finalmente todo estaría bien. Gracias a ella.

—Señora, levántese. Tiene que darse un baño y vestirse.

Henria había abierto bruscamente la puerta de la recámara; una corriente de aire helado golpeó a Aimée en el cuello. La criada se acercó a la cama, retiró el edredón hacia atrás y quedó paralizada cuando descubrió el rostro de su ama.

—¡Tiene mucho mejor aspecto!

Aimée sonrió. Su propia madre nunca le había hablado así.

—Henria, estoy mejor, sí. Tengo que decirle una cosa, pero es extremadamente delicada…

—¡Levántese! ¡Ella llegará pronto!

La criada levantó a la señora de la casa, con una mano sujetando su espalda, como un médico con un enfermo del corazón en un hospital. Le frotó la piel, sus palmas eran calientes y duras. Aimée se puso en pie lentamente, apoyándose en el gesto rápido y seguro. Sus mejillas tomaron un poco de color; Henria bajó hacia los riñones, después, con menos energía, hacia su vientre y, finalmente, terminó entre los senos, donde presionó con tanta fuerza que Aimée pensó que su busto se dislocaba. Con los ojos cerrados, bañados por un sol ligero, Aimée se dejaba

tocar, Henria sabía cómo hacerlo, sus gestos rudos regresaban a la vida almas frágiles y cuerpos destrozados. Cuando terminó, se levantó con ambas manos en las caderas, orgullosa de su trabajo.

—Vamos, ahora tiene que levantarse.

Aimée suspiró. Tenía visita: su madre, alertada por Candre sobre su estado, debía estar preocupada.

—Henria, realmente no quiero ver a mi madre. Míreme, estoy en muy mal estado.

La criada, con ambas manos en una palangana de loza, escurría un guante. Un trozo cortado de jabón, colocado en una taza, perfumaba la habitación.

—Señora, su madre no está aquí.

—¿Entonces quién?

Henria se echó a reír, como una niña tonta.

—¡Pero quién va a ser, señora, su profesora! Viene a recoger su instrumento, que olvidó la última vez. Una mujer extraña, si me pregunta. Vino con su propio cochero; el señor le ofreció enviarle sus cosas a Suiza y se negó, ¡diciendo que tales instrumentos solo deben viajar con su dueño!

Henria miró por el espejo del tocador.

—¡Señora! ¿Se siente bien? Después de tanto tiempo en la cama, debe tener la cabeza pesada.

—Estoy bien, Henria. Estoy bien.

Abrió los ojos, se levantó de la cama con mucho cuidado, se deslizó fuera de las sábanas como una culebra y avanzó, tambaleante, hacia la criada. Su baño fue largo: apestaba a fiebre. Su cabello olía a heno y sudor, su aliento habría repelido a las moscas. Henria no hizo comentario alguno. Lavó aquel cuerpo que la sopa había nutrido mal durante tres días.

—Tiene que recuperar peso, lo necesita.

Mientras la frotaba, Aimée calmaba, respirando pesadamente, los latidos de su corazón. Émeline volvía por ella: la joven había olvidado a propósito su instrumento, sin duda había hablado de una forma u otra con Claude. La fiebre desapareció el día de su llegada; todo era perfecto, estaba en su sitio. Aimée se preguntó qué habría planeado, si su primo saldría de repente del carruaje para llevársela, si los gendarmes ya rodeaban la propiedad. Deliraba, siendo frotada por Henria como un animal capturado en el bosque, pretendía que todo terminara ese mismo día, que se iría, se reuniría con su madre, o con Émeline. Ya no le importaba Candre; no había aparecido durante tres días, tal vez había sentido el lazo apretarse sobre su cuello. ¿Permanecía aún en la finca?

Eligió un vestido de doble enagua, verde pino. Henria aprobó su elección, aconsejándole no apretar demasiado al abrochar en la parte posterior, debido a su frágil condición. Aimée estuvo de acuerdo. Ella misma se anudó el pelo, con cuatro broches y un largo pasador de hueso, grabado con un zorro hecho un ovillo sobre sí mismo. La criada había traído un plato de fruta y pan tostado con mantequilla: Aimée lo rechazó todo. Agradeció a Henria por su cuidado, por su paciencia; ofreció mil disculpas, no estaba bien dejarse llevar así por fiebres de adolescencia; luego salió de su habitación, se sujetó del barandal para ir a la planta baja y, sin dar un vistazo a la sala, desapareció hacia el fondo de la casa, ansiosa por llegar a la sala de música, donde estaría protegida de todo, salvo de ella misma.

El estuche se hallaba sobre el escritorio, frente al pizarrón. Sus herrajes relucían. La sala de música estaba fría: las paredes parecían las de los asilos donde se encerraba a los locos. Aimée, embutida en su vestido, se deslizó hacia un pobre rayo de sol que rasguñaba el parqué. Arriba, Henria se afanaba. Sus idas y venidas martillaban las sienes de su ama: se sentía débil, incapaz de un gesto estable, todo su cuerpo era una grieta que cualquier ruido, cualquier murmullo, abría ampliamente, engulléndola y escupiéndola sin cesar.

La grava chirrió. Aimée miró a través de la nueva ventana: nada. No apareció ningún caballo conducido por el palafrenero. Sin embargo, oyó voces desde la terraza. Aimée se quitó el polvo del vestido, se pellizcó las mejillas, se mordió los labios, respiró pesadamente, como agarrada por la garganta, y cuando escuchó dos golpes, emitió un ligero «adelante» que rápidamente se desvaneció al descubrir la silueta de Candre, más blanco que esos muros que ya no la protegían, más alto que los árboles.

—Henria me comentó que había usted bajado. ¡Y no ha comido nada! —dijo con preocupación mientras se aproximaba a ella.

Aimée creyó que se desmayaba. Habría querido desaparecer. Candre la tomó entre sus brazos: olía bien. Llevaba el pelo peinado hacia atrás, el cuello y la barbilla afeitados. Vestía su traje azul y una bufanda larga de lana le cubría el cuello, los hombros y el pecho. Aimée nunca había visto a un hombre vestido de tal manera: se podría haber pensado que estaba disfrazado de mujer pues su busto, bajo esa pesada bufanda, se curvaba y desaparecía. Pero cuando se erguía con

elegancia, aquella bufanda realzaba su rostro y le daba un aire de realeza. Con su abrazo, Aimée se sintió desfallecer; le hubiera gustado empujarlo, arañarle el rostro, incluso atravesarlo, como solía hacer Claude, cuando niño, en el jardín con su espada de madera. Pero ella no se movió.

—¡Estaba tan asustado, Aimée! Henria me aconsejó que la dejara en paz, que su fiebre pasaría muy rápido, pero que no debía acercarme. ¡Cuánto miedo he tenido, Aimée! No se lo imagina.

La abrazó con fuerza. Su esposa sintió que el corazón le latía salvajemente contra el suyo: Candre temblaba de emoción.

Detrás de él, oculta entre las sombras, Aimée percibió de repente la silueta severa de Émeline. Se liberó del abrazo, largo e insoportable, que la retenía contra el muro como una mariposa sobre una tabla, y Candre, volviendo de repente a la realidad, retrocedió, lanzó una mano abierta hacia Émeline y la invitó a entrar.

—Su instrumento está ahí, nadie lo ha tocado. Créame, lamento muchísimo los hechos que me impulsaron a tomar tales decisiones, pero no puedo arriesgar la salud de mi esposa, mi rango y su propia reputación, que bien sé es grande y respetable. Ahora las dejo. Estaré allá para acompañarla a la salida.

Cerró la puerta tras de sí. Las vigilaba. Candre jamás, desde el comienzo de las clases, había esperado el final de una sesión para llevar a Émeline de regreso a la reja. Nunca había tenido tanta deferencia para con ella. Las encerraba con sus palabras, con su frágil cuerpo, con sus bosques, sus hombres y su Dios, ellas estaban ahí atrapadas y nunca saldrían juntas de esa sala ni de esa finca. Las convicciones de Aimée se derrumbaron: todo lo que había imaginado, todos sus planes, sus ideas, la huida, Henria, los gendarmes y el reencuentro en Ginebra, en el Conservatorio, todo se desvanecía con el gesto de Candre que jalaba esa puerta pesada y sonora hacia él, que rechinaba ante la imagen en su memoria.

—Le escribí a su primo, como me lo pidió —susurró Émeline, acercándose a la mesa.

Su voz parecía más baja. Aimée dirigió sus ojos secos hacia ella.

—Lo sabía. Gracias.

De repente sintió las lágrimas, espesas como arena, salir de todo su cuerpo. Miles de aguijones punzaban, de la cabeza a los pies, cada centímetro de piel bajo su vestido de invierno. En su interior cargaba con años de traiciones infantiles, de recuerdos

de su adolescencia de ensueño, miles de gestos familiares y fraternales en su sangre, sudor y saliva, todo exultaba en ese último momento de falsa libertad, que terminaría tan pronto como los caballos se llevaran a Émeline. Quería llorar, extender su mano, todo su cuerpo, abrazarla y sentir muy dentro a aquella mujer, que veía por última vez. Pero nada sucedería: en esa puerta que les había cerrado su marido, Aimée reconoció el gesto del carcelero.

—¿Qué otra cosa puedo hacer, Aimée?

Émeline había perdido la voz. En ese último momento juntas, su vestido negro parecía el atuendo de una monja que no ha visto la luz del día durante meses. Tenía diez años más en el cuerpo y el alma.

—La tumba está vacía, Émeline.

Su profesora la miró fijamente, como cuando uno trata de comprender las palabras de los locos.

—¿Cómo?

—Eso es lo que me escribió Claude. «La tumba está vacía».

Émeline respiró profundamente. Buscó refugio en los arañazos en el parqué, en la blancura de los muros, en los pliegues del vestido de Aimée, señales de esa vida que habían compartido tan poco, dos horas a la semana, y que acababa con esas palabras disparatadas.

—No debí mezclarla en esto, estoy sinceramente arrepentida —resopló Aimée.

Se negaba a cruzar su mirada con la de Émeline: se sentía estúpida y delirante. Aquella joven no tenía nada que ver con esto: había sido contratada, después despedida; había corrido por el bosque, visto a hombres enloquecidos; le había pedido que formara parte de una historia oscura, y aquí seguiría Aimée, con su tumba vacía y su primo ausente. Todo estaba mal, ya no se daba cuenta de lo que decía ni a quién se lo estaba diciendo.

Ella era la señora Marchère, tenía que mantener su nombre, su rango y su lengua. Extendió la mano hacia el picaporte, donde aún persistía el calor de Candre, y sabía que una vez abierta esa puerta ya no vería más a Émeline, que desaparecería en el pasillo como lo haría de su vida, sin ruido y sin furia. Eso es lo que quedaría de ella, de esa mujer que había despertado el vientre de Aimée, su deseo y su boca: un vestido negro en un pasillo vacío.

—Señora, sé que debería hacer algo, aquí o en algún otro lugar, por usted.

La voz de Émeline había vuelto a su tono habitual. Seguro. Casi altivo.

—Lo supe desde el momento en que llegué aquí. Incluso antes de eso. He hecho este viaje, desde mi ciudad, desde mi país, para venir aquí, y todo esto lo hago por usted.

Aimée escuchó, con la mano alrededor del picaporte.

—Ahora que necesita ayuda, sé que tengo que hacer algo, pero no sé exactamente qué. Y lo que me desespera es que usted tampoco lo sabe.

La mano de Aimée apretó la blanca porcelana: se aferraba a ella, como al borde de un acantilado. Las palabras de Émeline penetraban en ella, alterando todo.

—Podría decirle que parta, que se vaya conmigo, y así encontraríamos una solución lejos de este lugar maldito. Usted también debe ayudarme: su marido espera que yo salga sola. Él lo sabía, señora. Sabía que dejé adrede mi instrumento aquí. Sabía que volvería por usted.

Lentamente, Aimée se dio vuelta.

—Incluso si encontráramos una manera, ahora, de salir de esta habitación y de esta finca sin despertar sospechas, Candre me encontrará. Moverá cielo y tierra, me perseguirá y a usted también. Y solo Dios sabe lo que pasará después. No puede hacer nada. La suerte está echada. La mejor manera de cuidar de mí, y de usted misma, es que parta y no le diga nada a nadie.

—¡Pero, señora! Tiene que haber otra manera…

—Mi padre ha muerto, mi madre vive sola con las escasas rentas que él le dejó. Mi primo ha partido hacia la guerra. No me queda nadie, y sabe muy bien lo que les pasa a las mujeres que escapan de sus maridos, sabe muy bien qué ocurre después con su reputación y la de su familia.

Émeline montó en cólera, sus mejillas se llenaron de sangre. Era injusto. Escuchaba, en la voz triste y segura de su pupila, el destino de todas aquellas a quienes había enseñado música. Aimée tenía razón: lo que fuera que intentaran juntas, lo pagarían muy caro.

—Voy a dejar esta habitación y a usted también. Quédese aquí, señora. De lo contrario, me resultaría demasiado doloroso.

Cerró los dedos en el asa del estuche, caminó alrededor de la mesa, muy erguida, hermosa como el final del verano, y acarició a Aimée con su mano libre. Su alumna, abriendo la puerta, la miró con los ojos bien abiertos, claros, límpidos; hubo un beso entre ellas sin que se tocaran, pero ambas pudieron sentirlo en todo el cuerpo y, cuando Émeline hubo dejado al fin la sala de música, el corazón de Aimée explotó, sus ojos se volvieron blancos como antes de la muerte, y todo quedó mudo

en la finca Marchère hasta que partieron los caballos que llevaban a Émeline lejos del amo del lugar y de su esposa.

Se hizo un gran silencio en el Bosque Dorado. Los árboles acompañaron al carruaje hasta la frontera. El viento pasaba entre ellos sin doblarlos; las aves se apretujaban en los nidos, los tejones en la tierra. La vida alrededor de la finca calló durante largo rato: los trabajadores parecían haberse ido, los sirvientes desaparecieron, la casa se vació. El mundo consolaba a Aimée, le daba tiempo suficiente para llegar a la planta alta de la casa; cuando salió de la sala de música, guardó para sí un recuerdo desgarrador. Pero ese acto pesaba en su brazo: cerrar esa puerta, caminar entre esos muros, llegar al vestíbulo. Émeline ya no estaba allí; solo le quedaba su pañuelo, su monstruoso marido y los sirvientes. Tan pronto abrió la puerta, había aceptado ser como ellos: una buena bestia más en la finca, domada por la mano experta de Candre. Qué inteligente había sido él, tan sensible con ella. Cómo había sabido meterla a su jaula de pinos y tierra, de hiedra y grandes flores, con palabras que no se parecían a las de los hombres sino a las de Dios. La habían atrapado. Al volver a la sala donde su marido la esperaba, sin duda de pie, apoyado contra la chimenea, con la nariz metida en la Biblia, tal vez delante de su jardín, al cual amaba más que a las almas humanas, y él posara los ojos en ella Aimée ocuparía, sabia y eternamente, el lugar que él había deseado para ella. Algún día cargaría con su hijo, se llenaría su vientre y cerraría su corazón al recuerdo al que allí renunciaba. Tal vez su primo vendría, en un mes, en diez años; tal vez su madre le pediría, en la finca Deville, que visitara, un día, el estanque y la vitrina del comandante; tal vez ella tendría, durante el año, un momento en otro lugar lejos de aquí, donde encontraría otras vidas distintas a la suya, donde Candre no estaba, donde él no tenía control sobre nada. Entre la sala de música y la sala le quedaban aún unos

cuantos minutos de absoluta soledad, silencio y plegarias para encerrar a Émeline de una vez por todas en su corazón.

Al entrar a la sala, se sorprendió por la agitación que allí reinaba: Candre, sentado a la mesa, conversaba vehementemente con sus maestros de obra. Henria, de pie en un rincón, se llevaba las manos al rostro, contenía las lágrimas o las palabras, o sin duda ambas. Un fuego amarillo invadía la chimenea; el calor penetraba en las sienes con olores acres, el sudor y la preocupación ascendieron por las fosas nasales de Aimée, quien se deslizó detrás de su marido sin que se diera cuenta de su presencia. Los tres hombres se inclinaban en su dirección, y él, sobre un mapa de la región, desplegado en la mesa como en tiempos de guerra: todos hablaban de algún camino, una especie de trayecto, y Aimée no entendía lo que ocurría. Solo Henria, en su rincón, no participaba en el alboroto; solo apretaba los puños sobre su nariz.

Al acercarse a ella, Aimée sintió que el cuerpo grande de la criada, por lo general tan fuerte, temblaba bajo el resplandor de las llamas. Cuando Henria se percató de que la observaba, levantó la cabeza, la sangre inyectaba sus ojos y una flor roja florecía en sus pupilas. Antes de que Aimée pudiera poner un brazo sobre el de ella, aliviar su dolor y llevarla cerca del fuego, la criada, sollozando, susurró:

—Angelin ha desaparecido.

Detuvieron los caballos poco antes de la frontera; abrevaron largo rato a la vera del camino, en un recodo ensanchado donde agonizaban dos casuchas, a la entrada del bosque. El cochero de Émeline llamó dos veces a la ventana; su guante de cuero despertó a la joven, a quien el viaje había adormecido. En cuanto abrió los ojos sintió que crecía en ella un sentimiento indefinible, donde la pena y el alivio rivalizaban. Finalmente, todo había terminado en la finca Marchère: se iba lejos para volver a su apartamento, a su padre y sus clases; abandonaba a su alumna, Aimée: *qué nombre tan propicio,* **pensó mientras estiraba el cuello, Aimée, en su memoria se iban formando letras, mayúsculas, ardientes, sí, ella la abandonaba a una vida que todas sus demás alumnas conocerían también: esposa, madre, mujer de un hombre poderoso,** *acaso a eso se le llama triunfar*, **se preguntó.**

Un toque contra el cristal la alejó de sus pensamientos. Se sobresaltó: afuera, todo parecía en calma. Podía oír a los caballos, sus cascos contra el suelo, por detrás de la berlina. El viento jugaba entre los montantes de madera; Émeline se sorprendió temiendo que fuera algún intruso, ella, que nunca había tenido miedo ni creía en las leyendas del bosque. Una ráfaga de viento había sacudido la ventana: desde el comienzo de esa aventura en la finca Marchère, su coche había pasado por muchas tormentas. Se acurrucó en el asiento y se ajustó el abrigo, para poder entrar en calor. Cabeceó, buscando de nuevo el rostro de Aimée en lo que le quedaba de su memoria viva y, cuando los rasgos de la esposa comenzaban a trazar su camino, un golpe seco y violento azotó el cristal: Émeline empujó la puerta y saltó del coche. Desde el borde del barranco el cochero la miró intranquilo antes de regresar con las bestias, pero en la ruta nada, ni un alma ni un ave, solo los árboles y el musgo

pardo bajo los pies.

La joven caminó alrededor de la berlina; podía escuchar, claramente, un frotamiento, como una esponja tallando una superficie dura. Se agachó aunque su vestimenta se lo dificultaba, pues el abrigo le llegaba hasta el cuello, y debajo del coche, entre las ruedas, se encontró cara a cara con un rostro familiar: Angelin.

Tenía una mirada franca; no era amenazante, pero un mal gesto, incluso una palabra, podría transformar aquellos ojos. Su rostro, ardiendo de polvo, deshecho por el camino, parecía el de una estatua rota: era hermoso, aunque dañado.

Émeline contuvo su grito; Angelin se llevó un dedo a los labios. Con destreza, subió al coche, se deslizó dentro en silencio y luego le indicó a Émeline que entrara. Ella quería gritar, refugiarse detrás del cochero. Sentado en el cuero gastado del asiento, con las manos en las rodillas, resoplando, Angelin no apartaba sus ojos de ella.

Había huido de la finca, oculto debajo de la berlina: tenía los dedos y las palmas en carne viva, cubiertos de sangre y piel muerta, que parecían carne recién cortada. Se lo imaginó, su cuerpo estirado entre los ejes, colgando de la estructura baja, los músculos rígidos, desgarrado entre las ruedas, huyendo de esa finca, suspendido debajo de un coche que cien veces pudo haberlo dejado muerto al borde del camino. Sentado allí, en el moderado lujo de la cabina, parecía un espantapájaros viviente: sus labios estaban agrietados, resquebrajados, largas rayas negras atravesaban sus mejillas, el cabello le caía sobre su cráneo corto; aquel fugitivo estaba impregnado de una mezcla de miedo, tierra y desechos. Apestaba terriblemente.

Ella abrió una ventana, el olor a pino se mezcló con el del chico, y no le hizo pregunta alguna. Sus párpados, secos y violáceos, volvían su semblante más sombrío. Tenía los labios estriados a fuerza de mordérselos. Pero el resto del cuerpo, a pesar de todo, estaba vivo. La juventud afloraba tan pronto la vista se posaba en él.

—¿Qué quiere de mí? Si grito, el cochero le romperá los huesos, ¿lo sabe?

Angelin frunció el ceño: luego, muy lentamente, señaló el lugar donde el hombre se encontraba aún, afuera, y con la otra mano deslizó el pulgar por su garganta. Émeline tragó. Él era capaz de hacerlo. Un chico que acababa de viajar colgado debajo de un carro estaría listo para cualquier cosa.

—Angelin, lo que sea que quiera conmigo, no me lastime. Se

lo ruego.

De repente tenía tanto miedo que esas palabras salieron sin que pudiera reprimirlas. Lágrimas asomaron a las orillas de sus ojos y Angelin, al ver a la joven a punto de derrumbarse, hizo un gesto de paz con ambas manos, apuntando hacia ella y colocando una palma sobre su propio corazón. El coche se sacudió: el cochero había vuelto a subir a su asiento. Angelin dejó escapar un largo suspiro. Émeline tuvo unos segundos para mirarlo. Sus facciones parecían muy finas, su piel tan suave. En la comisura de los labios, el comienzo de una arruga delineaba la boca. Aquello no lo hacía menos hermoso.

—Angelin, sé que no puede hablar, que le han cortado la lengua. Pero no sé qué espera de mí, y su amo no tardará en lanzar a los gendarmes tras nosotros. Me está metiendo en un lío, ¿lo comprende?

Él volvió a abrir los ojos. A su vez, la contempló largamente, pero no mostraba pena ni dolor alguno. Parecía seguro de sí mismo, con la cabeza erguida, el pecho echado hacia adelante, a pesar de su ropa andrajosa y su rostro mancillado.

—¿Quiere huir de la finca? ¿Es eso? —preguntó ella, rígida contra el asiento.

Con los dedos índice y medio, él imitó a un hombrecito corriendo. Émeline casi sonrió.

—¿Por qué no huyó antes? ¿A caballo? ¿De noche? ¿Qué lo retenía?

Angelin levantó la cabeza, se pasó las manos por el cabello para alisarlo y, manteniendo las palmas de las manos sobre la parte posterior de la cabeza, Émeline reconoció a Candre en aquella representación. El hombre bien peinado.

—Candre Marchère.

Él asintió de nuevo. Luego desplegó los brazos, los curvó, imitando a un ogro.

—Y Henria —murmuró Émeline—. Teme usted a su amo y a su madre.

El coche se sacudió. El cochero les hablaba a los caballos. Y allí, solos, apenas se entendían. Pero ella ya no le tenía ningún miedo.

—No puede venir conmigo, Angelin. Su amo ya debe saber que ha huido, incluso debe suponer que soy su cómplice.Vendrán a mi casa. Candre conoce mi dirección, mi lugar de trabajo. No puedo hacer esto por usted: no sé qué le ha ocurrido, sin duda algo terrible porque ha arriesgado su vida, colgado debajo de este carruaje, pero ahora ambos estamos en problemas.

Mientras decía esto, se dio cuenta de que no tenía opción.

Ginebra no estaba tan lejos; Angelin parecía abatido por la fatiga. Obviamente, no tenía idea de a dónde ir.

—¿Qué ha ocurrido para forzarlo a cometer esta locura? —susurró Émeline de nuevo.

Angelin se enderezó y sacó una carta del interior de su camisa, doblada en cuatro. Se la entregó:

> Mi querido Angelin:
>
> Quería, una vez más, darte las gracias por el perrito, al cual echo mucho de menos en el sanatorio de Villenz. Estoy enferma, aunque espero mejorar. Si algo me pasara, cuida a ese buen animal, que sea feliz como yo el día que me lo trajiste.
>
> Aleth

—Ya he escuchado ese nombre antes, Villenz… Fue Aimée, sí, ella me lo contó.

Angelin abrió unos ojos enormes: de repente, la fatiga lo abandonó. Se levantó la ropa y, retorciéndose, mostró su espalda, sus costillas: largas cicatrices partían en todas direcciones, profundas y cerradas. Su piel estaba cubierta por ellas. Émeline miró fijamente las marcas oscuras que surcaban el cuerpo del chico, luego él chasqueó los dedos para que ella lo mirara: con su mano libre señaló la carta.

—¿Lo golpearon por esta carta? ¿Es eso?

Él asintió. La joven nunca había visto un cuerpo maltratado de tal manera.

—¿Quién le hizo esto? ¿Los trabajadores, como la otra vez que lo vimos?

De nuevo, asintió con la cabeza.

—¿Pero por qué? Ayúdeme, Angelin, no comprendo.

Su pensamiento era confuso, su razonamiento enredado. Las heridas de Angelin, el rostro de Candre, la silueta de Henria. Los elementos, ligados entre sí, formaban una historia poco clara, una frágil cadena. Necesitaría tiempo, calma, para pensar y comprender, lejos del traqueteo de los caballos y el hedor de Angelin. Parecía que los sucesos la golpeaban, que le impedían estar donde debería. Con toda el alma concentrada en las palabras de Aimée y el escrito de Aleth, reunió su fuerza y coraje en un solo sitio: Villenz.

Ese lugar, mencionado ya dos veces, para hablar de una

mujer muerta. Ese nido, encaramado en la montaña, que atendía a los enfermos. Lejos de Ginebra. Lejos de Candre. Donde todo había terminado para Aleth.

Así que hizo detener el carro, golpeando tres veces contra el techo. Angelin estaba a punto de salir de un salto, pero ella había sido más rápida y abrió la ventana.

—No iremos a Ginebra. Diríjase hacia el norte. Vamos al sanatorio de Villenz.

La voz del cochero tronó en la cabina:

—Pero, señora, no sé si llegaremos allá antes del anochecer, no estaba planeado de esa manera.

—Haga lo que le digo, le doblaré la paga.

—Muy bien, señora.

Atónito, Angelin se retiró al fondo del carro: hacía girar su dedo índice sobre la sien. «Usted está loca».

—Quiero tener el corazón tranquilo —dijo ella con un suspiro.

Por encima del parque, donde el césped, cubierto de agua y musgo, llegaba hasta el azul del cielo, el edificio principal desplegaba sus dos alas blancas y grises. Las flanqueaban estrechas terrazas con pilares decorados por marquesinas de metal que se extendían, adornando el paisaje con una guirnalda centelleante. A la distancia, apenas se podían adivinar los divanes donde dormían los enfermos.

El establecimiento se había construido veinte años atrás y formaba una barrera contra el valle. Émeline, asomando la cabeza por la ventana de la berlina, pensó que se trataba de un espejismo mientras ascendían por el sinuoso camino hacia las primeras nieves. El camino entre Ginebra y el Bosque Dorado era largo, duro, la mareaba y hacía palidecer, pero allí, a pesar de los giros, a la sombra de las cimas y el verde centellante, el viaje transcurría en un sueño: los caballos flotaban sobre la villa, trotaban junto a pueblos dormidos entre la escarcha. De vez en cuando y de pasada se veía una mano, pero ningún ruido, excepto el del viento fresco y los cascos, perturbaba el paisaje. A la entrada del sanatorio, atendida por dos guardias uniformados de un color tan claro y lechoso que se confundían con la propiedad que custodiaban, se anunciaba una reunión urgente con la jefa de enfermeras. Émeline penetró sin dificultad en el parque arbolado; en los senderos serpenteantes, entre bancos de piedra y madera, vio cuidadoras que empujaban sillas de ruedas hacia un rayo de sol. En la cabina, Angelin se escondía a su lado, temblando por el calor y la angustia. Con las manos por debajo de la chaqueta, hincaba las uñas en la tela de sus pantalones.

—Hemos llegado. Usted se quedará aquí. El cochero esperará a que yo vuelva. No salga hasta que me vea regresar.

La joven suspiró; a medida que los caballos avanzaban por

el sendero reservado para los visitantes, sus ojos se perdieron en el espectáculo de colores vivos; todo era tan limpio, tan silencioso. En su corazón, el dolor había dado paso a un gran vacío, su cuerpo parecía lleno de algodón seco y nudoso. Su alma flotaba junto a su cuerpo. En aquel entorno de aire fresco, de rocío tardío y aromas relajantes, se entregó a su parte más amable, la más tierna. Poco a poco las estudiantes, el Conservatorio, todo se alejaba, los caballos la sacaban suavemente de su mundo severo y estricto, había sido llevada al reino de los enfermos y los muertos, y jamás hubiera pensado sentirse cómoda en aquel mundo. Las cimas de su país, usualmente amenazadoras e irreales, de repente le parecían cercanas y cálidas. Se imaginó una vida aquí, entre estos muros naturales, donde cada día era como un milagro, donde la existencia continuaba tranquilamente, en la respiración recobrada y los pulmones bien abiertos. Podría quedarse dormida y no despertar nunca.

Los caballos se detuvieron ante una escalera baja frente a cuatro largos y anchos escalones como líneas de tiza en medio del césped impecable. La entrada al sanatorio, bajo un pasaje alto y arqueado, bordeado por divanes, parecía una boca negra y azul. El cochero descendió de su sitio, abrió la puerta y miró sorprendido a Angelin, quien le devolvió la mirada. Émeline deslizó dos billetes en su guante.

—Espere a mi retorno y cuide de él.

El hombre le cerró la puerta al chico. Luego acarició la grupa de sus animales y se quedó inmóvil por unos segundos, mirando a Émeline adentrarse en el edificio.

Detrás del mostrador de recepción, tres jóvenes, con el pelo recogido y decorado por un tocado color blanco almendra, daban la bienvenida a los visitantes. Mientras caminaba hacia ellas, Émeline escuchó el taconeo de sus zapatos planos sobre las losas de la entrada: adentro, en plena mañana, las pocas almas que circulaban por el pasillo lo hacían en silencio. Su rostro era inexpresivo, su paso rápido, sus rasgos rígidos. Habría dicho que se acercaba a la cabecera de un muerto.

Bajo el arco de mármol, una joven alzó la vista, exhibiendo una sonrisa estudiada.

—Buen día, señora, y bienvenida. ¿Qué puedo hacer por usted?

Émeline abrió la boca: no sabía qué decir. ¿Por qué había venido? ¿Cómo explicarle a esa recepcionista el motivo de su visita, el chico en el coche, el fantasma de Aleth?

—Señora, ¿está bien? ¿Le gustaría tomar asiento? El aire no es el mismo aquí, en ocasiones hace que la cabeza dé vueltas al llegar.

Émeline se concentró en los dientes de su interlocutora: eran tan blancos como la fachada del sanatorio.

—No, gracias, estoy bien, tuve un momento de desconcierto —suspiró posando su mano en el mostrador de la recepción.

—Es algo que sucede con mucha frecuencia aquí —prosiguió la joven, con una sonrisa más graciosa—. No dude en descansar.

Señaló con la mano los divanes frente a la entrada.

Émeline titubeó: si se sentaba allí, al sol, al aire libre, se quedaría dormida.

—Gracias, señorita. Vengo a ver a una paciente.

—¡Muy bien! ¿Me podría dar su nombre, por favor?

—Marchère, Aleth Marchère.

La recepcionista sacó un gran atril de corcho de abajo del mostrador: hojeó el registro durante un largo rato, miró a su compañera, que permanecía con la cabeza agachada, y luego, con aire arrepentido, continuó:

—Perdóneme, señora, pero no hemos recibido a nadie con ese nombre. Lo comprobaré otra vez para estar segura.

—No vale la pena —suspiró Émeline—. La verdad es que Aleth Marchère falleció aquí hace poco menos de dos años.

La recepcionista pareció conmovida, pero en su mirada, acostumbrada a los muertos, a los enfermos, a las malas noticias, Émeline no percibió dolor alguno.

—Lo siento sinceramente, señora.

—Me gustaría ver a la persona encargada de los enfermos cuando esto sucedió —dijo Émeline, enderezándose.

La joven adoptó un aspecto profesional. Su compañera observaba la escena: Émeline sintió su mirada. Con la cabeza levantada, parecía mayor que su interlocutora.

—¿Tiene cita?

—No, a decir verdad, es bastante urgente. No tomará mucho tiempo.

—¿Es usted familiar de la señora Marchère? —interrumpió la compañera, que de repente se había puesto en pie.

Le hizo una seña a Émeline para que se moviera hacia ella, a su izquierda: su rostro, como sus manos, mostraban las huellas de su profesión. Antes de llegar a la recepción de visitantes, esa mujer había pasado por las exigencias de la enfermedad.

Émeline obedeció y caminaron juntas hacia el final del vestíbulo, paralelas y silenciosas.

Detrás de la profesora de música, las voces cuchicheaban. Émeline nunca había pisado un hospital o una institución médica. Y, por primera vez, estaba persiguiendo a un fantasma.

La enfermera se reclinó sobre el extremo del mostrador de recepción, como una madre a punto de regañar a un hijo. Émeline permaneció erguida, pero una vena le latía con fuerza en la sien.

—Vengo de parte de la familia Marchère.

La otra resopló. Demasiado fuerte en el silencio de la sala.

—Tanto tiempo después, es una visita extraña.

Émeline se inclinó hacia adelante: sus labios, fruncidos, contenían palabras terribles. Habría querido reprender a esa mujer como solía hacerlo con sus alumnas, en clase. Pero, en esta ocasión, ella era la alumna.

—¿Conoció usted a Aleth Marchère? —murmuró la otra, con

un tono en el que la amenaza crecía lentamente.

—Sí. Fue ingresada aquí por sospecha de tuberculosis. Murió diez días después.

Émeline respiró hondo. De repente, el rostro de la enfermera sufrió una metamorfosis: el rostro de Aimée, lleno de angustia, miraba a su profesora. Su boca repetía: «la tumba está vacía, la tumba está vacía». Émeline creyó estar volviéndose loca. Tenía calor, mucho, en ese edificio donde entraba el viento.

—Señora, ¿está todo bien? —exclamó la enfermera, preocupada de pronto.

—Sí. ¿Dónde está el cuerpo de Aleth Marchère? —prosiguió poniendo ambas manos sobre el mostrador y con el rostro pálido.

La otra se echó haciaatrás: no se solía hablar en tales términos en ese lugar.

—Señora, me parece que el cuerpo de esa joven fue devuelto a su familia. Debería saberlo, ya que viene de parte de ellos.

Ahora la tenía acorralada. En el otro extremo del lugar, la joven recepcionista no cesaba de mirarlas, y sus brazos hacían gestos ambiguos para llamar la atención de su colega. Émeline entendió que actuaban de común acuerdo. Entonces, en una última tentativa, deslizó la palma de la mano sobre el helado mármol y exclamó:

—Usted miente.

—¿Cómo se atreve?

—La tumba está vacía. En el cementerio donde supuestamente fue enterrada.

Sintió que su oponente flaqueaba: Émeline comprendió que había ganado el punto.

—Sí, creo que me miente para protegerse. A usted y a su institución. No estoy aquí para causar un escándalo, quiero entender lo que ocurrió. No me mienta más y yo le diré la verdad también.

El rostro de la enfermera se encogió bajo el peso de las palabras: no podía huir. Su colega, ahora ocupada con otros visitantes, no le sería de ninguna ayuda.

—Vayamos a hablar en otra parte.

Émeline pensó que aprovecharía para desaparecer en las oficinas, pero, para su sorpresa, la enfermera rodeó el mostrador de mármol, pasó junto a ella y la invitó a seguirla. Caminó al frente, encaramada en zapatos de finos tacones; bajo el sol de la mañana parecía más alta, más delgada. Atravesaron el vestíbulo: durmientes y enfermas las vieron avanzar como soldados en un gran día de guerra, y se alejaron más allá de las miradas curiosas

por un pasillo ancho y dorado, con luces vivas.

Varias voces escapaban por una puerta entreabierta. Émeline quería detener a la enfermera, pero ya había asomado la cabeza por la puerta.

—Señor director, tenemos una visita.

Entraron juntas. El despacho del director era más estrecho de lo que hubiera pensado Émeline: una sala pequeña, muy sencilla, con estantes de madera y fotografías de la construcción del sanatorio enmarcadas y colgadas en la pared. Una sola ventana daba a la parte trasera del edificio. La mesa de trabajo ocupaba todo el ancho de la pieza: había que deslizarse entre la pared y el extremo del escritorio para salir a recibir a los visitantes. Dos lámparas irradiaban el espacio con un brillo casi demasiado suave. Se podía pensar que se estaba en un sueño, un sueño extraño, donde la bruma enmascaraba los rostros y velaba las palabras.

Detrás de su escritorio, el director indicó a las dos mujeres que se acercaran; era un hombre entrado en años, vestido con sencillez. El cabello gris, cuidadosamente peinado de lado, enmarcaba un rostro donde las arrugas recorrían la carne como surcos hechos por bueyes: sus ojos eran brillantes y amplios, destilaban benevolencia y fatiga. El hombre, embutido en un diminuto sillón de cuero café, parecía estar en otra parte; su piel, de un blanco casi enfermizo, acentuaba la malicia de su mirada, y cuando esta se detuvo en Émeline, de pronto pensó en su propio padre, en este despacho estrecho, sin música y sin libros.

El hombre sonrió: sus dientes destellaron en la luz. A su lado, la enfermera se inclinó sobre su hombro y anunció:

—Es acerca de Aleth Marchère.

Entonces el médico se quedó inmóvil, sonriendo aún, con los ojos clavados en los de Émeline. No pudo leer en ellos

ninguna sospecha, ni siquiera una pizca de reserva, y, adelantando la mano para estrechar la suya, en un saludo franco que lo obligó a estirar los dedos, comprendió que ya esperaba esa visita. Le apretó la mano durante un largo tiempo; su palma estaba caliente, su pulso era flojo y sus uñas, recortadas y limadas, mostraban las marcas de la falta de calcio.

—Tome asiento, por favor —dijo invitándola, con la palma levantada hacia ella.

Émeline sintió que estaba de más: en ese lugar, en esa habitación, en esa vida. Bajo la atenta mirada de la enfermera y del médico, en el corazón de un establecimiento aislado del mundo más abajo, de ciudades y caminos importantes, su propia existencia se le escapaba. Hurgaba en las vidas de otros, buscando pistas, evidencias, rastros del pasado, sin haber sido parte jamás de los sucesos, de los dramas. Había conocido extraños, se mostraba enérgica, pero todo aquello nada tenía que ver con la música, con su padre o con su pasión. Al aceptar la invitación del director, se sintió terriblemente fuera de lugar: aquel sitio, en medio de este aire puro, donde el sol rozaba sus sienes, la oprimía.

—Así que conocía usted a la señora Marchère —dijo el hombre, sentándose a su vez.

Sobre la mesa, unos anteojos y correspondencia cubrían la bandeja. El médico atrapó una pequeña pelota, que hizo rodar entre sus palmas.

—A decir verdad, no llegué a conocerla —respondió Émeline, con los ojos clavados en él.

La mano se cerró sobre la pelota.

—¿Quién es usted, señorita? —preguntó el director con un tono sumamente tranquilo, mirando el dedo anular desnudo de su interlocutora—. ¿Qué la trae por aquí? Pensé que era su familiar, ¿o, cuando menos, es usted amiga de la señora Marchère?

Émeline suspiró: tenía razón. Ella estaba fuera de lugar. En ese sitio, y en esa historia. Él podía ser gentil y mesurado en sus palabras y acciones, pero ella sintió que le sacaba mucha ventaja. Cuando arribó, se había creído poderosa, capaz de trastocar la vida silenciosa del sanatorio con su mera presencia; ahora su seguridad se le escapaba, le hubiera gustado disculparse y desaparecer de inmediato. Olvidarlo todo.

—Déjeme explicarle.

—Tengo todo el tiempo si usted lo necesita —sonrió el director, abriendo la palma de su mano.

El intercambio se reanudó.

—Soy profesora de flauta en el Conservatorio de Ginebra. Mi nombre es Émeline Lhéritier. Hace unas semanas, fui contratada por el señor Candre Marchère para enseñar a su esposa, Aimée Marchère.

La enfermera dio un paso atrás. Confundida, la joven se dio vuelta, como para abrir la ventana, pero su mano cayó sobre su brazo izquierdo, buscando un gesto que supliera su incomodidad. El médico actuó como si nada: la pelota se desplazó entre sus dedos.

—Trabajé en Ginebra durante un buen tiempo —dijo él, sonriendo aún—. Es una hermosa ciudad.

Émeline asintió.

—Me place vivir allí —respondió ella, acomodándose en su asiento.

—Entonces, ¿por qué asumió ese compromiso en Francia?

Fue como si le hubiera dado un tirón en la oreja, como si la hubiera descubierto cuando ella menos lo esperaba. Sus uñas arañaron los reposabrazos: la tenía por el cuello, él sabía exactamente qué decir, cuándo y en qué tono. Delante de ella, continuaba dando vueltas a la pelota, mirándola fijamente, esperando su respuesta, planeando ya su próximo golpe.

—No lo sé, señor. Tenía deseos de otro lugar. De una sola alumna.

—Entonces no lo pasaba tan bien en Ginebra —musitó él, esbozando una pequeña sonrisa, un tanto burlona—. Usted sabe, señorita, los enfermos aquí lo están porque un día quisieron conocer otro lugar o a alguna otra persona. Son víctimas de su propia curiosidad.

Émeline palideció: era una alumna, una mala alumna que estaba siendo reprendida, que había sido enviada a la oficina del director para que nunca más metiera las narices más allá de la línea trazada para ella.

—Era un trabajo, señor. Y la finca Marchère es un lugar sublime.

La enfermera, esta vez, en verdad se atragantó: el médico le lanzó una mirada, en su mano la pelota se detuvo en el centro de la palma irritada. Émeline los vio medirse mutuamente: decidían, ante sus ojos, sin una palabra, lo que debían decir, revelar, esconder. Sintió, con dolorosa precisión, la muralla que levantaban contra ella, protegiéndose de su intrusión, de esas palabras. Cuando la mujer recobró el sentido, el director abrió un cajón debajo de su escritorio, cuyos rieles chirriaban; colocó con

cuidado la pelota en el interior. Estaba ganando tiempo.

—Señorita —murmuró por fin, cerrando el cajón donde la pelota rodó y golpeó el fondo—. No sabe en lo que se mete.

Con la cabeza baja, la enfermera asintió.

—No sé si se refiere a este sanatorio o a la finca de Candre Marchère —replicó Émeline.

—¿Cómo puede usted pensar, por un segundo, que no está segura…?

—¡Señor!

Antes de que él pudiera terminar la frase, la recepcionista irrumpió en la oficina; su jefa habría querido reprenderla, pero la joven, sin aliento, con aspecto de pánico, se dirigió directamente al médico:

—Lo siento, señor, pero hay un joven extraño cerca del pabellón. Los guardias intentaron sacarlo, pero él se resiste.

—¿Cómo?

Émeline pensó que iba a desmayarse. Alrededor, los marcos, los estantes, las figuras se convirtieron en sombras.

—No sé cómo explicarlo, es… es un chico, vestido de forma rara. No habla, solo grita.

Recobrándose, la profesora de música se levantó de un salto.

—Viene conmigo. El cochero tenía que cuidarlo en el carro, debió haber huido.

—¿Quién es? —inquirió el doctor.

—Proviene de la finca Marchère —confesó Émeline.

La enfermera, hasta entonces tranquila y obediente, se precipitó hacia la puerta y desapareció en el pasillo, haciendo resonar sus tacones en el suelo liso.

Las dos mujeres corrieron detrás de ella, siguiendo su paso apresurado hasta el vestíbulo, y se pudo ver a las tres atravesar el pasillo como furias, seguidas por el director, más pequeño, enfundado en su traje, que las seguía tan rápido como le era posible.

El cuarteto corrió por los jardines. Los pacientes volvieron a entrar, algunos se quedaron en el vestíbulo, otros rodearon el edificio principal y se dirigieron a los pabellones de ladrillo, del lado sur. Algunos vestían abrigos gruesos de lana; sus cuellos y rostros desaparecían bajo bufandas, de lejos parecían tallos de gusanos de seda, llenos y densos. Émeline miró aquellas siluetas tambalearse bajo lo blanco del cielo, al aire libre con olor a río límpido y bosques iluminados. Corría detrás de las dos enfermeras que, acostumbradas a situaciones urgentes, andaban con los brazos desnudos y musculosos debajo de las camisas color beige. Su busto se ensanchaba, persiguiendo sombras blancas por los claros y verdes tramos.

Émeline vio a los dos guardias que les aguardaban delante de un pabellón de cemento, con grandes ventanales, recubiertos por una placa que desdibujaba la vida en el interior. Uno de ellos hizo un gesto a la enfermera principal, el segundo se llevó el dedo índice a la sien para señalar que un loco había entrado en el establecimiento, y Émeline sintió que las miradas de todos pesaban sobre ella. Caminaron alrededor del pequeño edificio y la recepcionista le susurró al oído a Émeline:

—Este es el pabellón de los casi muertos, como se les llama aquí. Se encuentran separados de los demás pacientes.

—Cállate —siseó la enfermera—. Veo a alguien, frente a la ventana…

Émeline se deslizó adelante: junto al muro, vio a Angelin. Agitaba las manos por encima de la cabeza con lo que hacía que también la cuerda de sus pantalones se agitara, y por un momento pensó que bailaba, que la locura se había apoderado de él durante el viaje. Sus ojos de salvaje miraban fijamente, detrás de la ventana, a una quimera.

—Vaya que es un chico extraño —susurró el doctor.

—No está loco —murmuró Émeline.

—¡Oh, yo no he dicho eso!

Angelin los escuchó y saltó hacia ellos: las enfermeras se hicieron a un lado con rapidez. Émeline pensó que iba a lanzarse sobre el médico, pero se plantó frente a ella, la jaló por la manga para que lo siguiera; gemía sonidos atroces brotaban de sus labios, los guardias lo miraban con desconcierto. Interrogaron al director con la mirada acerca de qué hacer con aquel loco, pero el hombre bajó las manos.

La profesora siguió a Angelin poniendo la mano sobre la suya para tratar de apaciguar sus gritos y gesticulaciones. Él sujetaba la lana del abrigo entre sus dedos: su fuerza sorprendió a Émeline. Ella no ofrecía resistencia: el resto de la tropa, en la esquina del pabellón, esperó a distancia, agrupada contra la pared. Angelin avanzaba sin cesar, apuntando al cristal con el dedo. Ella se detuvo allí mismo, buscando en lo borroso de la ventana algún movimiento, alguna silueta.

Al principio no entendió nada. Luego, poco a poco, detectó una sombra, nada relevante, algo indefinido tras el cristal. Acercando la nariz, pudo ver algo moverse, un cuerpo, el de una enfermera o un paciente, pero las líneas eran confusas.

—Angelin, veo algo. Ayúdeme.

Así que él tomó su rostro entre las manos y la obligó a mirarlo a la cara. Nunca había estado tan cerca del chico: la piel de Angelin estaba seca, áspera como un papel secante. Las arrugas ya surcaban las esquinas superiores de sus ojos, los bordes de sus labios. La línea de las orejas bajaba hasta su mandíbula. Sus manos ascendieron delante de su nariz y, abriéndose, imitaron las curvas de una mujer, coronadas por un cabello que describió agitando los dedos como alas de mariposa; repetía, una y otra vez, las curvas, el cabello, redondeando las palmas, las acercaba y alejaba; una mujer, entonces, una mujer: él la miraba y Émeline pensó en la piedra que había arrojado en la sala de música, donde las había espiado a lo largo de las semanas, detrás del muro bajo.

El sonido de un pestillo los hizo sobresaltarse: la enfermera había abierto la puerta del pabellón. Émeline aprovechó que los demás estaban distraídos para alejarse unos pasos. Su corazón latía a tambor batiente, la sangre se le subía a la cabeza; respiró profundamente, como una niña que hubiera permanecido bajo el

agua por demasiado tiempo. Luego regresó a la entrada del pabellón, donde Angelin, que seguía allí, temblaba. Los guardias le impedían avanzar, bloqueándole el paso, hasta que detrás de ellos la voz de la recepcionista, casi imperceptible, repitió varias veces el mismo nombre:

—¡Angeline, Angeline!

Entonces los dos hombres se apartaron y apareció el director. A su lado, una mujer joven, con el cuerpo envuelto en un delantal blanco y las manos enguantadas; su rostro, iluminado por el sol, tenía ojos grandes y de un verde reluciente, y ante ella Angelin, estupefacto, se quebró; sus rodillas se doblaron, grandes lágrimas rodaron por sus mejillas bronceadas, abría la boca sin que saliera ningún sonido, y mientras la recepcionista no paraba de repetir «Angeline, Angeline», Émeline tuvo la certeza de que era ella, allí, bajo esas fachadas claras y calientes, a la sombra de las montañas.

Esa mujer era Aleth Marchère.

El calor persistió durante varios días en el Bosque Dorado antes de que un viento suave envolviera los pinos, sacudiera el follaje alto y echara al suelo a insectos y zorros. La más hermosa de las estaciones se abatía sobre la finca: el rojo había invadido las cimas y los musgos, las mejillas y las narices, uno se cubría con ropas como los tejones se cubrían de tierra, aguardando a que el cielo volviera a levantarse como una vela inflada, para volver a salir; y en la casona donde cada cosa, en su sitio, rechinaba, en aquella agitación otoñal, Aimée huía a sus sueños, como una niña castigada. La habían enviado de nuevo a dormir, donde todo estaba cerrado y en silencio. Esperaba a que pasara, esa vida, sin Émeline, que a veces volvía a abrazarla en sueños, a hablarle en una alucinación, pero muy pronto veía a Angelin atrapándola por el brazo y los dos huían juntos, escurriéndose entre los dedos de Candre, entre los sueños de Aimée.

Lo pensaba todos los días, prisionera de su gran dolor, convencida de que ambos la habían traicionado, lo pensaba y el rostro de Angelin junto al de Émeline la herían. Cuando se recostaba, rogaba no encontrarse con ellos en sus pesadillas, que la dejaran tranquila, en fin, que la mantuvieran fuera de esas cosas, de esos engaños. Al final, seguía allí, eligiendo el vestido adecuado, untando con mantequilla su pan tostado, escuchando a Candre y siguiendo a Henria, mientras los dos compañeros llevaban ya una gran vida —pensaba— lejos de la finca, en Suiza, donde no serían perseguidos, donde su marido no podría darles alcance.

Después de la desaparición de Angelin, inspeccionaron toda la propiedad, registraron los establos y el antiguo pabellón de caza

donde vivía Henria. Destriparon el bosque para rastrear al fugitivo. Los trabajadores, el palafrenero, el jardinero, todos habían sido interrogados, pero fueron categóricos: ninguno había ayudado, o visto, ni siquiera de lejos al hijo de Henria. Exploraron los subterráneos, apartaron frascos, botellas y mantas apolilladas, más allá de la finca se adentraron en los pueblos, advirtieron a los posaderos, amenazaron a los prostíbulos. Las salas de juego se llenaron de rumores durante días ante la noticia: el hijo de Léone, el antiguo jugador, había desaparecido y, poco a poco, se chismorreaba que había huido con una joven mujer. ¡Él, privado de su lengua, había encontrado a una chica lo suficientemente estúpida como para alejarlo de su madre y de su amo! ¡Qué historia! ¡Angelin y la flautista! El sirviente que hedía a caballo había seducido a la profesora de buena cuna, chismeaban por la noche junto al fuego, se burlaban de Candre, compadecían a Henria, imitaban a Aimée mientras aprendía sus escalas en tanto que, detrás de la puerta, los amantes se amaban inapropiadamente, sin duda alguna. La historia recorrió mesas y mostradores, salones y dormitorios, todos se emocionaban, todos se irritaban, todos reían largamente, a espaldas del hijo de los Marchère. El propio Candre acabó aceptando su derrota: Angelin se había enamorado de Émeline y nada podía hacer al respecto, esa era la voluntad de Dios.

Entonces, en medio de su pena, Aimée se esforzó por ser gentil y amable, a la par que enterraba muy adentro una herida abierta y profunda, donde el rostro de Émeline aparecía para luego desvanecerse. Angelin estaba a su lado y Aimée seguía en su habitación, obediente, con el único consuelo del recuerdo de aquella mano sobre su cuerpo, de esa palma en su pecho. Todas las veces que había tenido la certeza de que deseaba lo mejor para ella: la había seguido hasta las caballerizas, había vuelto para buscarla, la había protegido y amado. Sí, eso era, la había amado. Cuando Aimée enunciaba, en soledad, esa desgraciada palabra, sentía que el corazón, escapaba como un animal salvaje, y luego, por la noche, regresaba sobre patas de lobo, frotándose contra ella, trepando a su oreja y calentándola durante mucho tiempo antes de desaparecer de nuevo.

Ella la había amado. La señora Marchère estaba convencida y esa certeza la dejaba sin aliento, en esta casa donde todo parecía congelado para ella, incluso el rostro de su marido y los ademanes de la criada. Durante el día tenía que comportarse y

hablar bien con Henria; tenía que lamentarse igual que Candre, fingir estar enojada y maldecir a Émeline. Expresaba el enojo tan bien que su marido le pidió que contuviera sus palabras, las cuales encontraba ásperas y no muy católicas. Por la noche, subía las escaleras sin prisa, deslizando la mano sobre la barandilla como su profesora solía hacerlo entre sus omóplatos, por unos segundos se imaginaba abriendo la sala de música y que Émeline la aguardaba allí, con una leve sonrisa en los labios. Cuando volvía a abrir los ojos la luz había desaparecido, dejando tras de sí un rastro de madera oscura, una corriente cálida que subía a las habitaciones desde más allá de la sala, donde los leños crujían día y noche, envolviendo la casa. Henria era la responsable de alimentar las llamas de la hoguera mientras Aimée alimentaba las suyas de noche, cuando su marido llegaba para tomarla, lo cual sucedía cada vez con más frecuencia, con más firmeza. La partida de Angelin le había despertado la sed por su esposa: ahora el único hombre de la finca llegaba antes y se iba más tarde, pero nunca dormía a su lado o pegado a ella; se hundía en su carne como en un fruto, su aliento fluía en el cuello de Aimée y ella seguía sus movimientos, sujetando sus dedos, suspirando con fuerza en busca del placer que emergía, a veces, a la superficie de la noche.

Una mañana, cuando despertó, sus piernas eran presa de leves sacudidas que parecían más un cosquilleo que un dolor real. Por un momento, pensó que su marido había pasado la noche cerca de ella y que acariciaba sus pantorrillas con las yemas de los dedos. Pero la sensación corrió de los tobillos a los muslos, un escalofrío multiplicado que se desplazaba bajo las mantas; y cuando empujó las sábanas hasta el pie de la cama, descubrió, horrorizada, una colonia de hormigas rojas, iguales a las del primer día, que ascendían por el pie de la cama e invadían el colchón y su piel. La procesión, compuesta por miles de obreras, atravesaba la recámara desde el dintel de la ventana y avanzaba hacia ella. Aimée se sacudió, aterrorizada, rechazando a las hormigas. Sus manos daban palmadas en muslos, rodillas, pantorrillas, pero en cuanto conseguía apartarlas llegaban otras, en número cada vez más grande, a aquella gran cama reservada al amor y al dolor. Aimée quería gritar, pero se contentó con saltar de la cama como una niña, se deshizo de los bichos que todavía quedaban en su piel y se puso una bata sobre el camisón.

—¡Henria! ¡Henria!

Llamó desde su habitación, retrocediendo ante el espectáculo de la cama sin hacer y las hormigas invadiéndola. A la luz de la mañana, habría parecido que era sangre muy clara que manaba de una gran herida. Aimée no paraba de temblar, pataleaba en su sitio para hacer caer las últimas hormigas; luego, al no oír nada en el pasillo, se puso unas gruesas pantuflas de piel de oveja y salió con un ojo somnoliento y el otro abierto de asombro, en busca de Henria.

La casa estaba en silencio. Los muebles seguían crujiendo, los hombres seguían durmiendo. Al pasar por la habitación de Candre aguzó el oído, nada. En las escaleras, motas de polvo bailaban en la luz, todavía baja, casi cerúlea, como si la bruma fuera difícil de atravesar y esos jirones se hubieran desprendido. Aimée recorrió la sala, donde la mesa estaba limpia y ya preparada: pensó encontrar a Henria en la cocina, pero los utensilios colgaban de sus clavos en la pared. Se dirigió al vestíbulo: por un segundo, imaginó que la criada estaba limpiando la sala de música, titubeó, se dio vuelta, pero sus pensamientos la empujaron hacia adelante, a la terraza. El aire era frío, la escarcha ya dibujaba en el césped una fina capa que suavizaba el verde profundo de las briznas. Dos aves huyeron cuando Aimée se acercó; de pie, frente a los macizos de rosales sin flores y los matorrales incoloros, aspiró una gran bocanada de aire que la recorrió desde la garganta hasta las entrañas. El olor de los pinos, prisionero en este nuevo frío, parecía más amargo, penetrante; ella tensó los bronquios, hinchó las fosas nasales. Aimée se sentía abofeteada por todas partes. Salió de la explanada y siguió el camino de las caballerizas, bordeó la pared debajo de la sala de música sin prestar atención y, antes de ver el patio donde habían apaleado a Angelin, tomó una desviación, embutida en su bata ajustada en la cintura, antes de llegar al antiguo pabellón de caza donde Henria había pasado, con Léonce y su hijo, toda su vida.

El pequeño grupo siguió al director hasta el primer piso del sanatorio. Los guardias custodiaban a Angelin, quien casi no podía mover las piernas. Junto al médico, la enfermera y la recepcionista caminaban en silencio; de vez en cuando, la más joven daba un vistazo detrás de ella y miraba a Émeline, en medio del cortejo, que con su brazo rozaba el de Aleth, lista para atraparla, para retenerla, para arrastrarla consigo de ser necesario.

Cuando la profesora de música la descubrió frente a Angelin, postrado ante ella, se acercó, segura de haber perdido la cordura, y en ese rostro que el aire libre alisaba y enrojecía, tranquilo y distinguido, leyó que Aleth no estaba sorprendida, esperaba que algo así ocurriera algún día. Qué exactamente, Émeline no lo sabía, pero Aleth no se derrumbó, no trató de huir ni lloró, no, se quedó ahí por unos segundos delante de aquel chico abrumado. Luego lo sostuvo poniendo su mano en la densa y compacta cabellera de Angelin, mientras los demás los miraban con asombro, la joven erguida y el chico a sus pies, los dedos de Aleth cerrándose sobre la cabeza caliente y temblorosa del joven, y las palmas de Angelin curvándose sobre los tobillos de ella. No apretaba, no, tocaba, como hubiera hecho un niño con una estatua: deseando que fuera de carne y hueso, comprobando que fuese real y viviera.

No se escuchó ni una palabra en el cortejo durante el trayecto entre el pabellón de los casi muertos y la sala de reuniones. Atravesaron el pasillo con suma dignidad; los enfermos los siguieron con la mirada, se trataba indudablemente de personas importantes, ya que habían convocado a los guardias y a tres enfermeras. Atraía la atención Angelin, un chico sin uniforme en esa ala del establecimiento reservada a las mujeres

y, por supuesto, se apartaban al pasar el director, quien avanzaba con los labios fruncidos, torcidos apenas por un ligero temblor.

Los recorridos allí eran más prolongados que los de la finca Marchère. Mientras seguía a las enfermeras, Aleth, con naturalidad, se deslizó cerca de Émeline cuando el director ordenó volver adentro. La joven con aquellos ojos de un verde boscoso le daba confianza, fue lo que pensó Émeline al entrar a la sala en el primer piso, le daba confianza porque su futuro estaba en juego ahí, en ese extraño reencuentro.

Los guardias sentaron a Angelin en un pequeño sillón junto a la ventana. No actuaban con brutalidad: el chico obedecía, su mirada no se apartaba de Aleth. El médico se sentó en la silla más cercana a la puerta. La habitación, sumamente larga, daba hacia las montañas, que se veían tan cercanas que parecían a punto de hacer pasar sus cimas por la ventana para unirse a la conversación. El espacio estaba amueblado con una gastada mesa ovalada larga, rodeada por una decena de sillones angostos. Las paredes estaban desnudas, las ventanas eran sencillas. La jefa de enfermeras se quedó de pie en la puerta, la recepcionista se apartó, pronto no la tendrían en cuenta, y Aleth y Émeline se sentaron al mismo tiempo, lado a lado, de frente al director. En el pueblo, las campanas marcaron el mediodía.

Aleth estaba viva. Conmocionada, Émeline la miraba fijamente, como si se tratara de una criatura irreal. A la joven no le importaba: toda su atención se centraba en Angelin y los guardias. Su ceño estaba fruncido, afligido, pero en aquel aire sereno la profesora detectó una audacia que nunca había visto en otro lugar.

El director levantó la mano:

—Creo que tenemos cosas que decirnos, y no deben salir de esta sala.

El pabellón de caza se alzaba entre los establos y los bosques cruzados de senderos. Desde la cocina, se podían escuchar las voces de los trabajadores, el sonido de los caballos, los silbidos del palafrenero que ejercitaba a los animales en el patio. La puerta estaba entreabierta: Aimée llamó dos veces, el frío adormecía sus pies y encendía sus mejillas. No había ruido alguno en el interior; entró, se limpió las pantuflas en las losas, que daban directamente a una habitación amplia y de techo bajo. La sala, pobremente amueblada con una tosca mesa de madera, terminaba en un lado con un largo lavadero de piedra con un tablón que lo atravesaba, y en el otro con una puerta que conducía a un dormitorio. En la esquina, una gran palangana de hierro, limpia, colocada contra la pared, escurriéndose. Solo dos ventanas aportaban luz. Una estufa bastante pequeña, cubierta por una gran placa ennegrecida, ahogaba la morada con un calor casi embriagador. Aimée llamó una vez, luego dos. Todo estaba en silencio. Se acercó al lavadero, vacío y muy limpio, y miró los frascos cuidadosamente etiquetados: la letra de Henria era clara, casi de escuela. Cada frasco contenía hierbas, semillas o corteza: eucalipto, pino, narciso, tomillo, ortigas, zarzas, acacia. Aimée había aprendido sobre algunas raíces, algunos árboles, pero aquí se sentía en un mundo mágico, y habría querido abrir cada uno de los frascos, respirar largamente sus tesoros, tenerlos para días futuros. Recordó aquellos largos días de enfermedad, postrada en cama, antes de la última visita de Émeline. Solo Henria pudo consolarla, tocarla, calentarla. Sus sopas y tisanas ardientes corrieron por su garganta cual pociones secretas, la había alimentado, como a una niña de veinte años, antes de que la profesora de música y el chico mudo hicieran su gran huida. Sola, en medio de esa cocina tan limpia que parecía irreal, Aimée

se imaginó preparando sus propios ungüentos, poseedora de conocimientos ancestrales y útiles, sí, útiles, para cuidar a los demás, para mantenerlos calientes tocándolos, con una palma grande y silenciosa.

Dos armarios con paneles de madera café encerraban, debajo del lavadero, unos estantes profundos. Aimée los abrió con un fuerte ruido y encontró los platos, apilados sobre hojas secantes. Candre debió haber regalado a Henria un servicio de mesa: ninguna criada de la región guardaba porcelana tan fina debajo de sus tarros de especias. Frascos transparentes, acomodados en filas apretadas, deslumbraron a Aimée cuando un rayo de sol destelló en sus bordes: el vidrio era tan pulido, tan puro, tan perfectamente limpio que se podían adivinar, detrás de la primera hilera de utensilios de cocina, otros tres tarros, más anchos, más grandes, de los que se utilizan para las conservas y se mantienen lejos de la luz. Aimée empujó los frascos, extendió los brazos en el interior del armario, como si estuviera a punto de poner la mesa para el almuerzo, y jaló hacia sí el primer tarro, lleno de un líquido café bastante claro. Se arrodilló, pensativa, levantó el frasco sobre el lavadero y ahogó un grito al comprender lo que había dentro.

Una lengua.

—Usted no tiene nada que hacer aquí —dijo una voz detrás de ella, en una corriente de aire helado.

—Recibimos a Aleth Marchère hace menos de dos años. Cuando llegó aquí pensamos que sufría de un debilitamiento de los bronquios. Su marido temía que se tratara de tuberculosis; después de unos días y con los cuidados adecuados, nos dimos cuenta de que no estaba enferma con el virus, lo cual fue, para nosotros, un gran alivio. No tenía fiebre ni inflamación de los ganglios. Tosía poco y se quejaba de una presión en el tórax.

El médico hablaba muy calmadamente; se dirigía a Émeline como si los demás miembros de la asamblea hubieran abandonado la sala.

—Recibió un trato especial. El señor Marchère pidió que la mantuviéramos alejada de otros pacientes, por temor a un contagio, muy poco probable. Al llegar aquí, Aleth estaba muy débil y aterrada; creímos que su enfermedad se debía a la angustia. Su garganta, sus esfínteres, su esófago parecían bloqueados, como una máquina detenida en pleno proceso.

De repente cerró los puños.

—La mantuvimos apartada durante una semana, luego pudo salir, tomar un poco de aire afuera, en los divanes, en las horas menos frecuentadas. Por un buen rato no supimos de dónde venía la congestión a tal grado de sus vías respiratorias; aún hoy me pregunto cómo logró sobrevivir a tal viaje en carruaje —dijo, llevando hacia ella su mirada, clara y benevolente—. Es usted una fuerza de la naturaleza.

»Nuestra enfermera —continuó el director, señalándola— cuidó de Aleth durante la cuarentena. Una noche, después del cierre de los baños, vino a verme, pensando que el estado de su paciente no se debía a un virus sino a una inhalación, o a una ingesta inapropiada».

—Veneno —resopló la enfermera delante de la puerta, con

la mano en el picaporte.

Los guardias se estremecieron. Angelin se enderezó.

—Al día siguiente de ese descubrimiento, tuvimos una larga conversación con Aleth —continuó el médico con voz más suave.

La palabra había sido puesta sobre la mesa. *Veneno*.

—Pero pienso que le toca a ella explicarles el resto, como hizo con nosotros en el momento de los hechos —concluyó con la mano abierta y extendida hacia Aleth, quien apartó bruscamente la mirada de Angelin y pareció arrancada de otro mundo.

Émeline rozó la muñeca de la mujer sentada junto a ella. El pulso era rápido y tenía los dedos tensos. Los grandes ojos verdes volaron de un alma hacia otra y, cuando aterrizaron en Émeline, asintió muy lentamente.

—¿Qué ocurrió?

La boca de Aleth se crispó. Émeline pensó que iba a romper en llanto, pero se mordió los labios.

—Puede decirlo todo —murmuró el director.

—Deben saber una cosa —susurró, tan cerca del rostro de Émeline que la confianza se convirtió en secreto—. Cuando me casé con Candre, no sabía nada de hombres, nada de la vida fuera de la casa de mis padres. Él era rico, muy piadoso y de buena reputación.

—Entiendo —respondió Émeline.

—Al principio todo iba bien. Henria cuidaba de mí perfectamente, me enseñaba todo, todo me lo explicaba, solía acompañarme hasta los límites de la finca. Candre, seguramente usted ya lo conoce, parecía gentil y tranquilo. No era para nada violento. No me trataba mal. Cuando quise tener un perro pequeño que me hiciera compañía, al día siguiente encontró un adorable cachorro de caza. Además, era muy atento y previsor. No se parecía a ningún otro hombre.

Aleth hablaba con rapidez. Soltaba las palabras a retazos. Émeline oyó suspirar al director: había sacado su pelota y jugaba con ella.

—Pero es un hombre triste, señora, un hombre muy triste.

Luego, de nuevo, volvió la cabeza y miró a Angelin. El chico no había quitado los ojos de la joven: la devoraba con la mirada. Ahora los guardias, las enfermeras, el director y la profesora, todos miraban tanto a Aleth como al chico de la finca.

—Lo ama —susurró Émeline, rodeando sus hombros.

Así que eso era, el gran misterio de la finca Marchère.

Simplemente eso.

La joven esposa y el hijo de la criada. Era una historia tan antigua como el mundo y ella no lo había comprendido.

—¿Quién le cortó la lengua? —preguntó repentinamente la jefa de enfermeras acercándose al joven muchacho, quien se veía apagado en su asiento.

Al igual que Émeline, ella lo había notado de inmediato. No era mudo de nacimiento, sino que fue privado del órgano del habla.

Entonces Aleth se fundió en lágrimas. Émeline quiso consolarla, decirle que no tenía nada que temer, pero ante ese cuerpo destrozado por el dolor y el reencuentro, se sentía abismalmente estúpida.

—Es mi culpa —jadeó Aleth entre sollozos—. Todo es mi culpa.

—Vamos, vamos, tranquilícese —ordenó el director mientras se levantaba.

Se acercó a ella, apoyó la palma de la mano en su espalda, como solía hacer la profesora con sus alumnas. Aleth reaccionó de inmediato: dio un hondo respiro y continuó.

—Angelin fue castigado.

El chico gimió: los guardias, a sus costados, estaban listos para inmovilizarlo.

—¿Quién le cortó la lengua? —preguntó Émeline, repentinamente más tensa. La ira hacía que su voz se tornara grave, fuerte.

—Los hombres de Candre —suspiró la joven—. Fueron ellos.

Émeline se desplomó en su asiento: no podía creerlo.

—¿Cómo pudo ordenar una cosa así? —murmuró, tan bajo que parecía como si hablara consigo misma.

Un largo y profundo gemido brotó de la garganta herida de Angelin. Los guardias se sobresaltaron. Lo sujetaron por los brazos, que doblaron detrás de su espalda formando una «X», uno de ellos lo sostenía por el cuello y le cubría la boca con su enorme mano.

—¡Deténganse! —gritó Aleth a los dos hombres—. ¡Por el amor de Dios, déjenlo!

El director les hizo una seña con la mano para que soltaran a su presa. Libre, Angelin se acercó a Aleth y esta vez, en lugar de postrarse frente a ella, jaló un sillón, se hundió en él y la miró, con los ojos muy abiertos y el semblante lleno de coraje.

—No fue Candre —confesó ella, extendiendo sus dedos hacia el cabello de su amante.

Aimée se aferró al borde del lavadero con sus dedos como garras contra la fría piedra. El techo parecía descender sobre ella: las paredes se le venían encima. Contra la puerta, una silueta absorbía la luz y devolvía sombras. El frasco, en el fondo del lavadero, desplegaba sus agrios olores por toda la casa.

—Cierre eso, esa cosa apesta.

Aimée obedeció. Se volvió levemente, colocó la tapa. Contra la fría piedra, su piel ardía: sentía cada centímetro de la superficie de su cuerpo habitado por mil hormigas rojas que subían y bajaban, pululando sobre ella.

—¿Qué la trae por aquí?

No había ninguna amenaza, ninguna violencia en aquella voz.

—Me desperté esta mañana —respondió, aún aferrada al borde del lavadero— y las hormigas rojas habían invadido la cama.

—¿De dónde venían?

Aimée cerró los ojos, recordó la procesión, sobre las sábanas, larga como una columna.

—Creo que entraron por la ventana.

—Esas hormigas regresan dos veces al año. Son inofensivas.

Aimée asintió. Una parte de ella volvía a la tranquilidad: muy bien, no había nada que temer, esta mañana, no había motivos para inquietarse. Pero detrás de ella, en el lavadero, el frasco, por cerrado que estuviese, aún difuminaba su hedor: aunque mantuviera los ojos abiertos y fijos en la silueta, la cosa estaba ahí.

Henria se acercó a la mesa. Las dos mujeres, una protegida por la

larga bandeja, la otra aferrada a la piedra, se medían una a otra.

—No debió venir aquí.

—Estoy en mi casa, en mi finca. Tengo derecho a ir y venir como mejor me parezca.

Un temblor incontrolable se apoderó de Henria: Aimée la estaba desafiando.

—Soy la mujer de Candre, no lo olvide.

—¡Oh! No lo olvido, lo recuerdo todos los santos días… —susurró la criada.

Luego acercó una silla y se sentó, con los ojos perdidos en las lámparas apagadas. Aimée pensó que iba a romper en lágrimas; se frotó los ojos, como un animal sacado de su madriguera. Aimée aprovechó para moverse, estirar sus extremidades: se apartó del lavadero, agitó los pies helados con sus pantuflas mojadas. Quería sentarse, pero se contuvo: era la señora de la casa. Esperó a que Henria levantara la cabeza para decir:

—¿Cómo puede tener una cosa así en su casa?

En el fondo del lavadero, la lengua del hijo, reseca, flotaba en el vinagre.

—Usted no puede entenderlo —espetó la criada—. No sabe lo que pasó aquí antes de que llegara. No sabe cuán traicioneros y estúpidos son los hombres. Candre no merecía ser lastimado igual que él, ¡pobre niño!

Su voz se elevó de repente, de un solo golpe.

Aimée no entendía nada. Discernía las sombras, clasificaba los sucesos, las pistas, pero no había nada allí. La historia se le escapaba entre los dedos, sus pensamientos se atropellaban.

—Angelin nunca ha apostado en las casas de juego —dijo Aimée—. Los hombres de Candre le cortaron la lengua y él creyó que fueron unos borrachos del pueblo los que lo hicieron.

Henria asintió.

—En todo caso, esa es la historia que usted inventó.

—¿Y entonces? ¿Qué quería? ¿Que le dijera a Candre que su mujer fornicaba con el chico de la granja? ¡Mi propio hijo! Yo los vi, ¿me entiende? ¡Los vi, aquí mismo, en las caballerizas! ¡La lengua de Angelin entre los muslos de esa diabla!

Aimée sintió que se le paraba el corazón: Henria gritaba. Su boca, amarga por la cólera y el asco, se arrugaba como la nata de la leche. Lanzaba palabras atroces que rebotaban contra los oídos de su ama, lastimándola. Aimée escuchó palabras que desconocía, pero incluso en boca de su primo habrían sido menos violentas, menos cargadas. La verdad era una sustancia viscosa,

humedecida por la saliva y la lujuria. Se imaginó, a través del recuerdo de la fotografía de Aleth, a Angelin con ella, en las caballerizas, y el pensamiento la asqueó.

—Esta mujer venal y mi hijo hicieron cosas inaceptables. Piense en que crie a Candre, señora, lo cuidé, lo cargué. Cuando Angelin vino al mundo, seguí criando al amo como si fuera mi propio hijo. Siempre fue tan bueno, con Léonce, con Angelin. ¡Y así le pagamos: cómo se puede engañar, ridiculizar y robar a un hombre tan recto, tan piadoso!

Ahora ya no veía a Aimée. Su pensamiento volvía a la época de la infancia de Candre y Angelin, desandaba el curso de los años, los niños tan amados se habían convertido en hombres, y sus deseos se le escapaban a la madre de sangre y del alma. Angelin y Aleth.

—Castigó a su hijo y a la señora Marchère —dijo Aimée en un suspiro.

Ya no percibía el olor acre del vinagre: toda su atención se centraba en sus pensamientos, interpretaba sus descubrimientos, clasificaba su espanto, desandaba sus pasos; desde su encuentro con Candre hasta el descubrimiento de la lengua, protegida en su baño de vinagre.

Henria estaba blanca; con una palidez de muerte. Aimée notó que luchaba con su propio horror.

—Nunca quise que esto pasara —dijo con la voz rota—. Cuando descubrí lo que ocurría entre mi hijo y la señora Marchère, les pedí a los trabajadores del aserradero que le dieran una sacudida a Angelin, que le dieran una paliza, para que se detuviera. Les conté lo que había visto. Una noche, ya tarde, un empleado me despertó para decirme que habían llevado a Angelin con el médico del pueblo, que sangraba mucho, que su vida estaba en riesgo. Le habían cortado la lengua. Nunca les pedí tal cosa, señora Aimée, nunca. Pero, como usted sabe, Candre es muy respetado entre las personas que trabajan para y con él. Es bueno, honesto, paga bien. Pienso que los trabajadores me obedecieron y castigaron a su vez a Angelin por no haber respetado a su madre, a su amo, a su finca.

—Y a la esposa de Candre también —advirtió Aimée, pasmada ante lo que escuchaba.

Henria se rio como loca. Pálida y loca.

—Oh, ya sabe, yo pienso que fue ella quien vino a sonsacar a mi pobre Angelin. ¡Tan estúpidos una como el otro!

La criada estallaba de rabia, sus manos apretaban la madera como si tratara de asfixiarla, su inmenso cuerpo palpitaba en la

silla.

—¿Qué pasó después? —preguntó Aimée, tratando de calmar los latidos de su corazón—. Una vez que inventó ese cuento del dinero perdido en el juego.

—La vida volvió a ser como antes, durante algunas semanas. Angelin permaneció en su cama, en reposo, apenas abría los ojos. Candre lo visitaba todos los días. El médico vino a revisar la herida. Aleth estaba muda y ausente. Pensé que todo iba mejor, que habían entendido. Y luego, un día de misa, la señora se quejó de un dolor de cabeza y prefirió guardar reposo, y cuando regresé los encontré, mi hijo medio dormido y la señora junto a él. No había sido suficiente…

Aimée comprendió. Miró a Henria como si lo hiciera por vez primera. Esta mujer, abatida frente a su mesa vacía, era capaz de cualquier cosa por Candre.

—Envenenó a Aleth —murmuró Aimée, tan bajo que su voz se convirtió en un suspiro.

—Estaba advertida —respondió Henria secamente, revolviéndose en su silla—. Esas cosas no se hacen, ¿qué habría pensado Jeanne Marchère? ¿Qué habría hecho Candre, de haberlo sabido? ¿Se da cuenta de los riesgos a los que nos sometieron esos dos? El señor no lo habría soportado, y yo no habría soportado que él sufriera, una vez más.

—¿Qué hizo?

—Esa misma noche, coloqué una bolsa de semillas de ricino bajo la cama de la señora, la suya ahora. Por la mañana comenzó a quejarse de una congestión. Tres días después, abandonó la finca.

—Se debió sentir aliviada al enterarse de su muerte.

Henria negó bruscamente con la cabeza.

—He vivido aquí demasiadas muertes y desapariciones. ¡Y mi pobre Candre, tan triste ante esa tumba, la tercera en tan pocos años! Pero fue lo mejor. Usted cree que soy una bruja, puedo verlo claramente, pero Angelin lo lleva en la sangre, es como su padre, además, ¡puso sus ojos en esa profesora en cuanto llegó y huyeron juntos! ¿Qué hace que las mujeres se enamoren de ese chico, cuando su amo es tan bueno?

Aimée sacudió la cabeza: Henria creía que su hijo y Émeline se amaban, y escucharla decir esas cosas en voz alta le dolía, profundamente. ¿Podría tener razón? ¿Había vuelto Émeline por él, y no por ella?

—Yo podría ver a los gendarmes, contarles todo. Usted es responsable de la muerte de Aleth y de la incapacidad de

Angelin. Le ha mentido a Candre todos estos años. Si fuese juzgada, la pondrían en la cárcel. Quizá algo peor.

—Usted no va a hacer nada —resopló ella.

Una oleada de orgullo enrojeció el rostro de su señora.

—No me cree capaz, ¿verdad? —rugió, aproximándose a la criada.

—Es usted muy capaz de hacerlo, señora —le contestó respetuosamente—. Pero no lo hará. Está embarazada.

En la gran sala con deslumbrantes ventanales, Émeline, paralizada, rebuscaba en su memoria las pocas veces que vio a Henria, y cuando algo pasaba, no había visto más que a una mujer buena y sencilla que servía a su amo, protegía a su hijo, limpiaba la sala de música: una criada modelo. Sin embargo, había sido ella: en su asiento, Angelin ya no gemía, había agotado todas sus fuerzas y solo esperaba que los demás hablaran. El director rompió el silencio:

—Tenemos que tomar una decisión.

Émeline se volvió hacia él.

—Creo que deberíamos platicarlo en privado —murmuró.

—Todos aquí somos conscientes de que, desde hace dos años, vivimos en una situación inédita, así como ilegal.

Ante estas palabras, Aleth se estremeció en su lugar. Émeline la interrogó con la mirada.

—La noche en que vino a verme el señor director le conté todo: mi matrimonio con Candre, el amor que sentía —y que aún siento— por Angelin, nuestro pecado, el día en que Henria nos descubrió. La lengua cortada… ¡Oh! Si supiera por lo que él ha pasado, si supiera lo culpable que me siento. No pude verlo ni visitarlo. Lo mantuvieron en cama, en la habitación de su madre, y yo me quedé en la mía, afligida. Un domingo fingí tener fiebre y, mientras mi esposo y Henria iban a la iglesia, fui a verlo; estaba pálido y sufría, tan frágil en su alcoba, y tan hermoso. Me quedé allí un largo rato, pidiéndole perdón cien veces, repitiéndole que lo amaba. Henria me descubrió, una vez más, y prometió echarme de aquella finca y de esa familia. Tres días después, estaba de camino a Villenz.

El director suspiró.

—Sabíamos que, de enviar a Aleth de vuelta a la finca de los

Marchère, después de esos lamentables sucesos, la estaríamos echando a los lobos; o más bien a la loba. Entiéndanos: o la resguardábamos aquí ilegalmente o la dejábamos ir, sabiendo que estaba en peligro. Tomamos, de común acuerdo, la decisión de convertirla en una de nuestras cuidadoras, en el pabellón más alejado a la vista.

Émeline abrió unos ojos enormes.

—Usted ha escondido a Aleth aquí durante dos años y la hizo pasar por muerta.

—Era la única forma de aplacar la furia de Henria —suspiró Aleth, la boca le temblaba.

—¿Cómo pudo el señor Marchère creer tal cosa?

El médico pasó las manos bajo su cuello.

—Enviamos a Francia un ataúd lleno y pesado, pero sin cuerpo.

—¿Candre no pidió velar a su esposa?

Émeline no entendía nada. Todo eso era demasiado.

—Candre vio morir a su madre y a su padre. Se niega a que se abran ataúdes en su casa para exponer a los difuntos. También les dijimos a los encargados de la funeraria que el cuerpo estaba en mal estado y que el viaje empeoraría las cosas.

—«La tumba está vacía…» —repitió Émeline para sí misma.

Aleth se sobresaltó.

—¿Qué ha dicho?

Quería explicarle todo: la nueva esposa, sus dudas y sus miedos; también su deseo, la piedra en la ventana, la carrera por el bosque, sí, quería contarle, durante horas, los meses que habían transcurrido en aquel castillo de hiedra donde la vida humana se asfixiaba bajo los árboles, donde las pieles ardían por la espera y por los sueños aterradores, pero se sentía culpable, lejos de Aimée, a quien había dejado allá lejos, en las manos de una bruja y en los brazos de un hombre que vivía para Dios, sin percibir siquiera, en su propia casa, la gran sonrisa del diablo.

—Si estoy aquí, Aleth, es porque la segunda esposa de Candre, Aimée Marchère, se ha enterado de que la tumba está vacía. Ella me lo dijo.

La joven palideció.

—¿Quién más sabe esto?

—Su primo, Claude. Fue él quien lo descubrió.

—Así que ya no estoy a salvo —tembló Aleth.

Y se derrumbó en su asiento, a la manera de un cuerpo que se convierte en fantasma, o como un fantasma fatigado de vagar tanto tiempo entre almas sombrías. Se derrumbó, de repente

hecha de tela y ya no de carne, de órganos. Angelin quería acercarse a ella, pero los guardias lo retuvieron: el secreto había sido descubierto.

Émeline dejó su asiento y se arrodilló, como frente a un niño, ante el cuerpo tembloroso de Aleth. Sostuvo, por largo tiempo, sus manos entre las suyas, sus cabellos sujetos mostraban mechas castañas en sus bucles; alrededor, los demás contenían la respiración, todo estaba quieto.

—Aimée eligió quedarse allí —susurró Émeline—, ¿lo comprende? Yo fui a buscarla y terminé yéndome con Angelin escondido debajo de mi carro. Su suerte no será la suya. Ella está con su marido y a usted su amante la ha encontrado. Está a salvo aquí, más que en cualquier lugar del mundo. Pero tiene que quedarse con este chico, o todo será revelado. Por el momento, Candre y Henria creen que está muerta, y que yo estoy enamorada de Angelin. Eso es bueno para todos. Asegurémonos de que siga siendo así.

Aleth permaneció un buen rato con la cabeza baja, escuchando aquella voz suave y profunda que la tranquilizaba, hablándole sobre un futuro extraño, sobre una vida que continuaría, en estas altas montañas, con otro nombre, otro paisaje.

—¿Qué será de ella, de esa joven? —preguntó Aleth—. ¿Por qué no va a buscarla? Podría salvarla de ese infierno.

Émeline se estremeció.

—Si regreso allá, todos sabrán que usted está viva. Sabrán que a Angelin le cortaron la lengua por voluntad de su propia madre. Que fue Claude quien abrió la tumba: y para un hombre de armas eso es una falta grave. Si vuelvo allí, la vida de Claude, de Candre y, sobre todo, la de Aimée, se derrumbarán. Sería yo quien la condenaría.

Aleth se encogió de hombros.

—Candre no ama más que a Dios.

—Entonces, que Dios sea bueno con ella.

—Está usted loca.

Una sonrisa amplia, temible por su profundidad y su victoria, atravesó el rostro de Henria.

—Señora, puedo estar loca, pero usted carece de conocimientos esenciales.

Aimée estaba perdiendo todo el sentido común, en tanto el cielo descendía sobre el pabellón de caza. El bien y el mal se mezclaban en su mente como gemelos monstruosos, unidos por un mismo miembro, danzando en su alma, casi como tarántulas, a la manera de bailarines enfermos y febriles. La atrapaban esos movimientos espasmódicos que surgían de entre los dientes y los ojos de Henria y que la instaban, como demonios, sí, demonios, gritando con ímpetu y rumor loco. Sin saber cuándo ni por qué, Aimée se había sentado, lo suficientemente lejos de la criada para tenerla a la vista, pero había abandonado su lugar y al mismo tiempo su rango, ahora caminaban en la misma línea, baja y peligrosa, donde las palabras están llenas de hiel.

—Yo le cambio las sábanas y la ropa de cama: no ha sangrado. Al estar cuidando su salud, he sentido su vientre endurecido. Todo el tiempo parece tener náuseas. Y a pesar de esto, por la mañana, come el doble que cuando llegó. A su edad, señora, eso significa que está usted esperando.

—¿Qué estoy esperando? —balbuceó Aimée.

Henria suspiró, como un maestro de escuela frente a una estudiante tonta.

—La vida, señora. Significa que está esperando una vida.

Instintivamente, Aimée puso una palma debajo de su pecho. Era verdad, su estómago estaba duro como una losa y tenía los senos de una mujer gorda, pero ¿un niño? ¿De verdad? No se atrevía a creerlo. Frente a ella, Henria la observaba con

benevolencia, como una madre, y aquella mirada le repugnaba.

—Eso no cambia nada —rugió, acercando el busto a las lámparas de aceite—. Usted mutiló a su propio hijo y mató a la esposa de Candre. Será castigada, Henria.

Entonces la criada se levantó, muy despacio, agobiada por la mentira que había durado tanto tiempo. Sus articulaciones crujieron: Aimée la vio transformarse, mientras se le acercaba en esa cocina de brujería, en una mujer muy vieja, fatigada por sus horrores. Se acercó a ella y se reclinó acercándose a su frente: Aimée no se movió. No temía nada, ni un golpe ni un respiro, nada.

—Señora, usted no va a denunciarme. Su hijo crecerá aquí, entre usted y Candre; será bien educado, bien alimentado, bien querido. Eso es lo que usted desea para él. Si dejo este lugar, sea cual sea la razón para irme, su esposo se derrumbará y su imperio con él. Usted piensa que despediría a una criada, cuando lo que estaría haciendo es quitarle una madre a su hijo. Piénselo, señora. Le faltan conocimientos esenciales, pero no es tonta. Si quiere vivir sana y plena, entonces vuelva con su marido para darle la gran noticia. Él será el más feliz de los hombres y usted, a su lado, la más amorosa de las mujeres. De lo contrario, hundirá a cada uno de los habitantes de esta finca en la pobreza, en la miseria del alma y del cuerpo.

Hablaba como Amand el día de su primera conversación en torno a Candre. Aimée reconoció en sus palabras y en la forma en que las envolvía alrededor de su lengua antes de proferirlas, el mismo énfasis, el mismo amor.

—¿Cree que fue fácil, para mí, castigar al hijo de mi sangre y alejar, para siempre, a esa mala mujer? Si hubiera sido usted, ¿qué habría hecho, señora? ¿A quién habría salvado de las bajezas de este mundo? Crie a dos hijos. Candre Marchère tiene un nombre, y es hombre de fe y de trabajo. Y si es mejor hombre que sus semejantes en esta tierra, entonces creo en él.

Luego besó la frente de su señora, firme y secamente, antes de regresar al cuarto trasero. Aimée quiso saltarle a la garganta, pero había escuchado la voz de su padre, sus palabras, exactamente las mismas, y aquel eco la abrumaba. Antes de que Henria desapareciera, tuvo la fuerza para preguntarle, como con una especia de gemido:

—¿Por qué guardar una cosa así en su casa?

Henria ni siquiera se dio vuelta.

—Para recordarme, siempre, lo que soy y lo que son los hombres.

Bajo la tierra y las zarzas

Había aquel día, sobre los árboles, una bruma lenta y mansa que a la distancia se podría haber confundido con el humo de un incendio ya sin llamas: hombres azules de golpes y negros de corteza pululaban en el bosque, viviendo por encima de las bestias como reyes, tan pobres e inconscientes, cortando, talando y tallando en el corazón de las maderas como en el corazón de las muchachas que tomaban y robaban para sí, para su vida, para sus futuros hijos. La bruma crecía, permanecía suspendida bajo el sol, velando rostros y andares, y mientras en el pabellón de caza lloraban por un hijo perdido, mientras en la capilla rezaban por una madre extinta y tan amada, mientras en otro lugar, más allá del Bosque Dorado, protegían el reencuentro de unos amantes, mientras alimentaban las penas y las alegrías de los días futuros, una joven mujer, temblando con su bata de casa, laceró con paso vivo los suntuosos y húmedos jardines. Pisoteó las flores y saqueó los macizos de pensamientos, y regresó a la casa silenciosa y preñada de secretos, porque ahí las almas enterraban sus pecados bajo las hojas y las ramas, entre la tierra y las zarzas, y así por siglos.

Acerca del autor

Cécile Coulon. Nació en Clermont-Ferrand en 1990. Autora revelación de la literatura francesa contemporánea, es articulista, novelista y poeta. Publicó su primer libro a los 16 años y desde entonces ha ganado algunos de los premios más importantes de Francia, como el Premio Guillaume Apollinaire en 2018 con su poemario *Les Ronces* y el Premio de Le Monde en 2019 con la novela *Una bestia en el paraíso*.

Título original: *Seule en sa demeure*

Cécile Coulon

© 2021, L'Iconoclaste, Paris

Traducción: Gustavo Osorio de Ita

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Christophe Prehu
Fotografías de portada: © iStock

Derechos reservados

© 2022, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial SEIX BARRAL M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: julio de 2022
ISBN: 978-607-07-8816-1

Primera edición en formato epub: julio de 2022
ISBN: 978-607-07-8981-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

Planeta

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE

PIERRE DE
COULEVAIN
JEANNE
LAPERCHE
EVA VICTORIOSA
DESTINO
REVELADAS

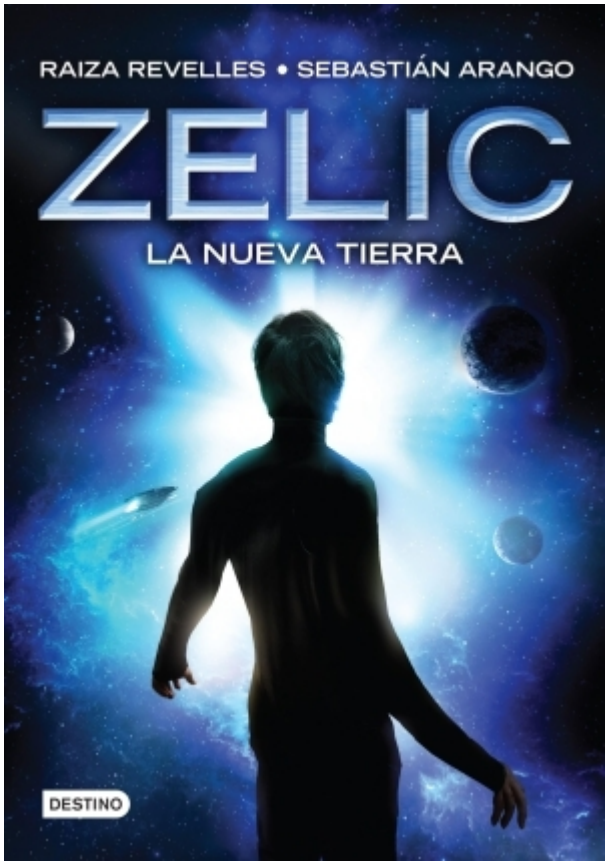
Eva victoriosa

Laperche, Jeanne
9786070774881
384 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Hélène está casada con un científico destacado y Dora, su sobrina, se halla a punto de contraer un conveniente matrimonio arreglado. Sin embargo, ninguna de las dos imagina que en su viaje conocerán a un apuesto duque italiano que volteará de cabeza su mundo. Jeanne Laperche (1853-1927) fue una autora prolífica y promotora del trabajo de las escritoras de su época. Por más de quince años fue miembro del jurado del premio Fémina, compuesto exclusivamente por mujeres. Cuando se encontraba en la cúspide de su carrera, su actividad literaria se vio abruptamente interrumpida debido a una tragedia familiar que la obligó a suspender su escritura y adoptar los roles que la época imponía a las personas de su sexo. A pesar de su lucha por abrir un espacio para las mujeres en la literatura, Laperche tuvo que adoptar un seudónimo masculino para publicar sin desventajas. La colección Reveladas restituye el nombre real de todas aquellas escritoras que ocultaron su identidad bajo una firma que no era la suya.

Cómpralo y empieza a leer


RAIZA REVELLES • SEBASTIÁN ARANGO
ZELIC
LA NUEVA TIERRA
DESTINO

Zelic. La nueva tierra

Arango, Sebastián

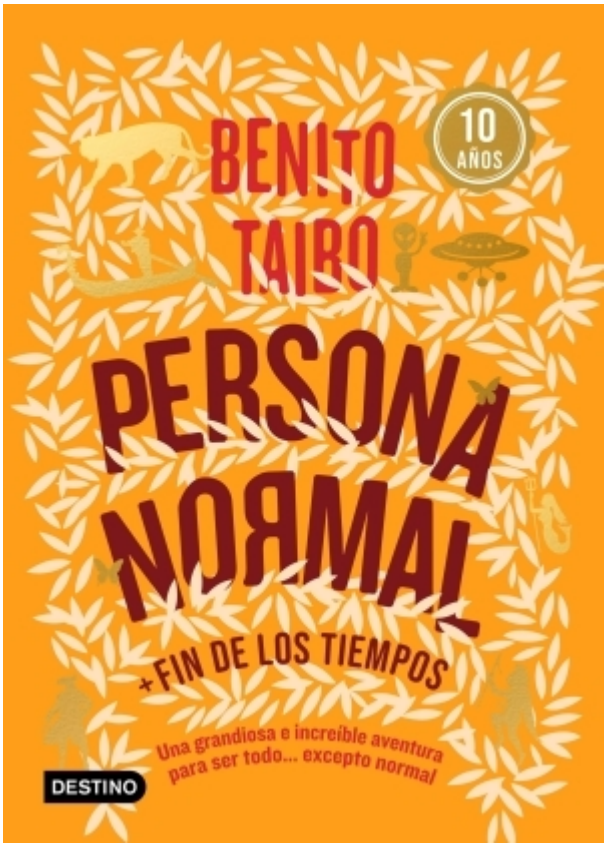
9786070731624

360 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Siete responde al nombre de «ciudadano Y017713937», vive en Hutrón, tiene veintiún rotaciones y es un experto diseñador de software que trabaja en el proyecto Zelic, un modelo único al que quiere darle un cuerpo. Para lograrlo deberá viajar a la Tierra, un antiguo planeta desgastado y consumido casi en su totalidad que, además de ofrecerle la formación que necesita para llevar a cabo su gran proyecto, lo liberará de las normas que han impuesto los comandantes que gobiernan su planeta, pues está cansado de ser una pieza más de esa maquinaria perfecta llamada Hutrón… Desea ser dueño de su vida y su destino. No obstante, tanto en Hutrón como en la Tierra, nada es lo que parece, así que deberá encontrar la manera de enfrentarse al paradigma que representa su nueva vida.

Cómpralo y empieza a leer


BENITO TAIBO
10 AÑOS
PERSONA NORMAL
+FIN DE LOS TIEMPOS
Una grandiosa e increíble aventura para ser todo... excepto normal
DESTINO

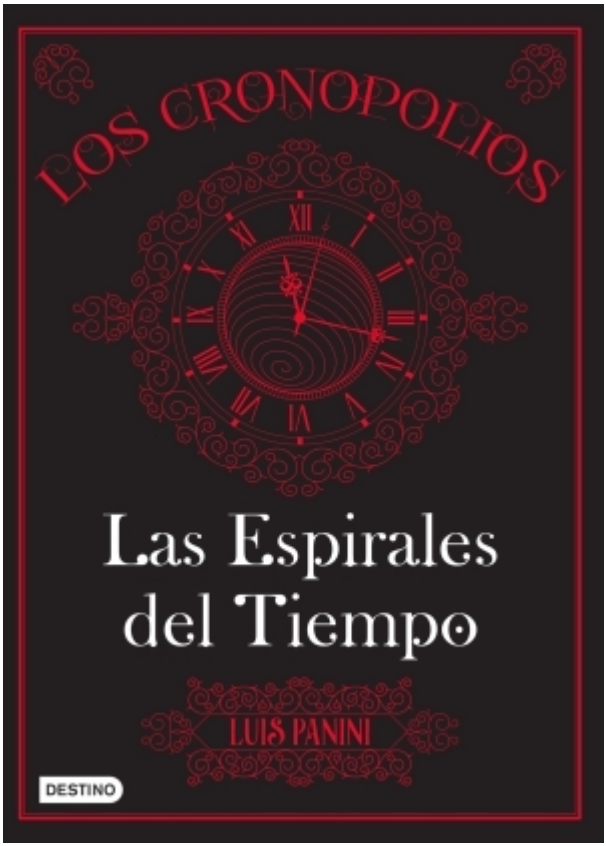
Persona normal (Naranja)

Taibo, Benito
9786070776557
280 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

«Un libro que te hace reír y llorar. Superó todas mis expectativas». «Una increíble historia que chicos y grandes deberían leer». «¡Quiero que todos lo lean! No dejo de comprarlo para regalarlo». «La historia de Sebastián es la excusa para llevarte de paseo a través de la literatura universal». El tío Paco y Sebastián llevan 10 años siendo parte de nuestras vidas y esta edición especial lo celebra reuniendo, por primera vez, los nuevos capítulos que conformaron el texto digital publicado por Planeta durante la pandemia en 2020. Las increíbles aventuras de Sebastián no terminan y hoy ocurren en un mundo que es todo... menos normal.

Cómpralo y empieza a leer


LOS CRONOPOLIOS
Las Espirales del Tiempo
LUIS PANINI
DESTINO

Los Cronopolios 1. Las espirales del tiempo

Panini, Luis
9786070735943
504 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Lucas Arcos tiene trece años, vive en Ciudad Atemporia con su familia y su pasatiempo favorito es encerrarse en el sótano para leer libros antiguos, sobre todo, esos que su padre vigila celosamente y que le ha prohibido tomar debido a los temibles secretos que sus páginas guardan.

Hasta ese momento, su curiosidad intelectual lo ha mantenido con los pies firmes en la tierra y se niega a creer en cualquier asunto que no pueda ser comprobado científicamente, como viajar en el tiempo; ¿quién en su sano juicio podría considerar que eso es posible?... ¿O lo es?

Un día Lucas despierta después de un sueño perturbador y, a partir de ese momento, su vida da un giro total que lo llevará a un mundo fantástico, repleto de personajes con poderes extraordinarios donde experimentará aventuras asombrosas que le harán darse cuenta de que el presente, sin lugar a dudas, no es la única realidad posible.

Las Espirales del Tiempo es la primera entrega de una trilogía fantástica en la que desfilan personajes tan humanos como sorprendentes en un mundo lleno de realidades alternas que desafían las rígidas leyes del tiempo para convertirlo en algo más elástico y navegable de distintas maneras.

Cómpralo y empieza a leer

Mirror mirror
CARA DELEVINGNE
CON
ROWAN COLEMAN
UNA NOVELA
CROSS BOOKS

Mirror, mirror (Edición mexicana)

Delevingne, Cara
9786070745928
368 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Quizá no soy la buena persona que creía ser. Quizá al final soy un monstruo. Red, Leo, Rose y Naomi son unos inadaptados. Red vive con su madre alcohólica y un padre casi siempre ausente. El hermano de Leo lo está arrastrando por un camino oscuro y violento. Rose alterna chicos y alcohol para anestesiar el dolor que siente por su pasado. Naomi escapa de casa para encontrar la libertad que necesita. Están solos frente al mundo, hasta que forman su propia familia con su banda Mirror, Mirror: el único lugar en el que pueden ser ellos mismos. De pronto, Naomi desaparece y es hallada casi muerta a orillas del Támesis. Aunque parece que lucha por mantenerse viva, la policía cree que fue ella misma quien intentó suicidarse. Sus amigos están destrozados: si deben cuidarse mutuamente, ¿por qué no percibieron los signos de alarma? ¿Realmente conocen a Naomi… y a sí mismos? Una serie de pistas lleva al grupo a sospechar que nada es lo que parece. Red, Leo y Rose deben enfrentarse a sus propios secretos y miedos. Será un viaje que pulverizará sus vidas, y nada volverá a ser lo mismo, porque cuando un espejo se rompe, ya nunca puede recomponerse. El impresionante debut literario de la actriz y modelo internacional Cara Delevingne: una poderosa novela sobre la amistad, la propia identidad y las apariencias engañosas.

Cómpralo y empieza a leer